3 1761 09545353 6

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/teatrolosamantes00hart

2034

(1)

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS

107

EX LIBRIS.

OBRAS

DE

D. JUAN E. HARTZENBUSCH

III

TEATRO

I

TIRADAS ESPECIALES

---

50 ejemplares en papel de hilo, del . . . . . 1 al 50.
10 » en papel China, del. . . . . I al X.

H 3386

TEATRO

DE

D. JUAN E. HARTZENBUSCH

I

LOS AMANTES DE TERUEL

DOÑA MENCÍA

LA REDOMA ENCANTADA

MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

Impresor de Cámara de S. M.

Don Evaristo, 8

1888

21204
E

LOS AMANTES DE TERUEL

DRAMA REFUNDIDO

EN CUATRO ACTOS EN VERSO Y PROSA.

Estrenado en Madrid en el teatro del Príncipe á 19 de enero de 1837.

PERSONAS.

Juan Diego Martínez Garcés de Marcilla ó Marsilla.
Isabel de Segura.
Doña Margarita.
Zulima.
Don Rodrigo de Azagra.
Don Pedro de Segura.
Don Martín Garcés de Marsilla.
Teresa.
Adel.
Osmín.

Soldados moros, cautivos, damas, caballeros, pajes, criados, criadas.

El primer acto pasa en Valencia y los demás en Teruel.
Año de 1217.

ACTO PRIMERO.

Dormitorio morisco en el alcázar de Valencia. Á la derecha del espectador una cama, junto al proscenio; á la izquierda, una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo y otras pequeñas á los lados.

ESCENA I.

ZULIMA, ADEL; JUAN DIEGO MARSILLA, adormecido en la cama: sobre ella un lienzo con letras de sangre.

ZULIMA.

No vuelve en sí.

ADEL.

Todavía
Tardará mucho en volver.

ZULIMA.

Fuerte el narcótico ha sido.

ADEL.

Poco há se lo administré.
Dígnate de oir, señora,
La voz de un súbdito fiel,

Que orillas de un precipicio
Te ve colocar el pie.

ZULIMA.

Si disuadirme pretendes,
No te fatigues, Adel.
Partir de Valencia quiero,
Y hoy, hoy mismo partiré.

ADEL.

¿Con ese cautivo?

ZULIMA.

Tú
Me has de acompañar con él.

ADEL.

¿Así al esposo abandonas?
¡Un Amir, señora, un Rey!

ZULIMA.

Ese Rey, al ser mi esposo,
Me prometió no tener
Otra consorte que yo.
¿Lo ha cumplido? Ya lo ves.
Á traerme una rival
Marchó de Valencia ayer.
Libre á la nueva sultana
Mi puesto le dejaré.

ADEL.

Considera...

ZULIMA.

Está resuelto.

El renegado Zaén,
El que aterra la comarca
De Albarracín y Teruel,
Llamado por mí ha venido,
Y tiene ya en su poder
Casi todo lo que yo
De mis padres heredé,
Que es demás para vivir
Con opulencia los tres.
De la alcazaba saldremos
Á poco de anochecer.

ADEL.

Y ese cautivo, señora,
¿Te ama? ¿Sabes tú quién es?

ZULIMA.

Es noble, es valiente; en una
Mazmorra iba á perecer
De enfermedad y de pena,
De frío, de hambre y de sed:
Yo le doy la libertad,
Riquezas, mi mano: ¿quién
Rehusa estos dones? ¡Oh!
Si ofendiera mi altivez
Con una repulsa, caro
Le costara su desdén
Conmigo. Tiempo hace ya
Que este acero emponzoñé,
Furiosa contra mi aleve
Consorte Zeit Abenzeit:
Quien es capaz de vengarse

En el príncipe, también
Escarmentara al esclavo,
Como fuera menester.

ADEL.

¿Qué habrá escrito en ese lienzo
Con su sangre? Yo no sé
Leer en su idioma; pero
Puedo llamar á cualquier
Cautivo...

ZULIMA.

Él nos lo dirá,
Yo se lo preguntaré.

ADEL.

¿No fuera mejor hablarle
Yo primero, tú después?

ZULIMA.

Le voy á ocultar mi nombre:
Ser Zoraida fingiré,
Hija de Merván.

ADEL.

¡Merván!
¿Sabes que ese hombre sin ley
Conspira contra el Amir?

ZULIMA.

Á él le toca defender
Su trono, en vez de ocuparse,
Contra la jurada fe,
En devaneos que un día

Lugar á su ruína den.
Mas Ramiro no recobra
Los sentidos: buscaré
Un espíritu á propósito... (*Vase.*)

ESCENA II.

OSMÍN, por una puerta lateral.—ADEL, MARSILLA.

OSMÍN.

¿Se fué Zulima?

ADEL.

Se fué.
Tú nos habrás acechado.

OSMÍN.

He cumplido mi deber.
Al ausentarse el Amir,
Con este encargo quedé.
Es más cauto nuestro dueño
Que esa liviana mujer.
El lienzo escrito con sangre,
¿Dónde está?

ADEL.

Allí. (*Señalando la cama.*)

OSMÍN.

Venga.

ADEL.

Ten.

(*Le da el lienzo y Osmín lee.*)

Mira si es que dice, ya
Que tú lo sabes leer,
Dónde lo pudo escribir;
Porque en el encierro aquel
Apenas penetra nunca
Rayo de luz: verdad es
Que rotas esta mañana
Puerta y cadenas hallé:
Debió, después de romperlas,
El subterráneo correr,
Y hallando el lienzo...

OSMÍN, *asombrado de lo que ha leído.*

¡Es posible!

ADEL.

¿Qué cosa?

OSMÍN.

¡Oh, vasallo infiel!
Avisar al Rey es fuerza,
Y al pérfido sorprender.

ADEL.

¿Es éste el pérfido? (*Señalando á Marsilla.*)

OSMÍN.

No:
Ese noble aragonés
Hoy el salvador será
De Valencia y de su Rey.

ADEL.

Zulima viene.

OSMÍN.

Silencio
Con ella, y al punto ve
Á buscarme. (*Vase.*)

ADEL.

Norabuena.
Así me harás la merced
De explicarme lo que pasa.

ESCENA III.

ZULIMA, ADEL, MARSILLA.

ZULIMA.

Déjame sola.

ADEL.

Está bien. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ZULIMA, MARSILLA.

ZULIMA.

Su pecho empieza á latir
Más fuerte; así que perciba...
(*Aplícale un pomito á la nariz.*)

MARSILLA.

¡Ah!

ZULIMA.

Volvió.

MARSILLA, *incorporándose.*

¡Qué luz tan viva!
No la puedo resistir.

ZULIMA, *corriendo las cortinas de la ventana.*

De aquella horrible mansión
Está á las tinieblas hecho.

MARSILLA.

No es esto piedra, es un lecho.
¿Qué ha sido de mi prisión?

ZULIMA.

Mira este albergue despacio,
Y abre el corazón al gozo.

MARSILLA.

¡Señora!... (*Reparando en ella.*)

ZULIMA.

Tu calabozo
Se ha convertido en palacio.

MARSILLA.

Dí (porque yo no me explico
Milagro tal), dí, ¿qué es esto?

ZULIMA.

Que eras esclavo, y que presto
Vas á verte libre y rico.

MARSILLA.

¡Libre! ¡Oh divina clemencia!
Y ¿á quién debo tal favor?

ZULIMA.

¿Quién puede hacerle mejor
Que la Reina de Valencia?
Zulima te proporciona
La sorpresa que te embarga
Dulcemente: ella me encarga
Que cuide de tu persona;
Y desde hoy ningún afán
Permitiré que te aflija.

MARSILLA.

¿Eres?...

ZULIMA.

Dama suya, hija
Del valeroso Merván.

MARSILLA.

¿De Merván? (*Aparte.* ¡Ah! ¡qué recuerdo!)
(*Busca y recoge el lienzo.*)

ZULIMA.

¿Qué buscas tan azorado?
¿Ese lienzo ensangrentado?

MARSILLA, *aparte.*

(Si ésta lo sabe, me pierdo.)

ZULIMA.

¿Qué has escrito en él?

MARSILLA.

No va
Esto dirigido á tí:
Es para el Rey.

ZULIMA.

No está aquí.

MARSILLA.

Para la Reina será.
Haz, pues, que á mi bienhechora
Vea: por Dios te lo ruego.

ZULIMA.

Conocerás aquí luego
Á la Reina tu señora.

MARSILLA.

¡Oh!...

ZULIMA.

No estés con inquietud.
Olvida todo pesar:
Trata sólo de cobrar
El sosiego y la salud.

MARSILLA.

Defienda próvido el cielo
Y premie con altos dones

Los piadosos corazones
Que dan al triste consuelo.
Tendrá Zulima, tendrás
Tú siempre un cautivo en mí:
Hermoso es el bien por sí,
Pero en una hermosa, más.
Ayer, hoy mismo, ¿cuál era
Mi suerte? Sumido en honda
Cárcel, estrecha y hedionda,
Sin luz, sin aire siquiera;
Envuelto en infecta nube
Que húmedo engendra el terreno;
Paja corrompida, cieno
Y piedras por cama tuve.
Hoy... si no es esto soñar,
Torno á la luz, á la vida,
Y espero ver la florida
Margen del Guadalaviar,
Allí donde alza Teruel,
Señoreando la altura,
Sus torres de piedra obscura
Que están mirándose en él.
No es lo más que me redima
La noble princesa mora:
El bien que me hace, lo ignora
Aún la propia Zulima.

ZULIMA.

Ella siempre algún misterio
Supuso en tí, y así espera
Que me des noticia entera
De tu vida y cautiverio.

Una vez que en tu retiro
Las dos ocultas entramos,
Te oímos... y sospechamos
Que no es tu nombre Ramiro.

MARSILLA.

Mi nombre es Diego Marsilla,
Y cuna Teruel me dió,
Pueblo que ayer se fundó
Y es hoy poderosa villa,
Cuyos muros, entre horrores
De lid atroz levantados,
Fueron con sangre amasados
De sus fuertes pobladores.
Yo creo que al darme sér
Quiso formar el Señor,
Modelos de puro amor,
Un hombre y una mujer;
Y para hacer la igualdad
De sus afectos cumplida,
Les dió un alma en dos partida,
Y dijo: Vivid y amad.
Al son de la voz creadora
Isabel y yo existimos,
Y ambos los ojos abrimos
En un día y una hora.
Desde los años más tiernos
Fuimos ya finos amantes;
Desde que nos vimos... antes
Nos amábamos de vernos;
Porque el amor principió
Á enardecer nuestras almas,

Al contacto de las palmas
De Dios cuando nos crió;
Y así fué nuestro querer,
Prodigioso en niña y niño,
Encarnación del cariño
Anticipado al nacer,
Seguir Isabel y yo,
Al triste mundo arribando,
Seguir con el cuerpo amando
Como el espíritu amó.

ZULIMA.

Inclinación tan igual
Sólo dichas pronostica.

MARSILLA.

Soy pobre, Isabel es rica.

ZULIMA, *aparte.*

(Respiro.)

MARSILLA.

Tuve un rival.

ZULIMA.

¿Sí?

MARSILLA.

Y opulento.

ZULIMA.

Y bien...

MARSILLA.

Hizo
Alarde de su riqueza...

ZULIMA.

¿Y qué? ¿Rindió la firmeza
De Isabel?

MARSILLA.

Es poco hechizo
El oro para quien ama.
Su padre, sí, deslumbrado...

ZULIMA.

¿Tu amor dejó desairado
Privándote de tu dama?

MARSILLA.

Le ví, mi pasión habló
Su fuerza exhalando toda,
Y, suspendida la boda,
Un plazo se me otorgó,
Para que mi esfuerzo activo
Juntara un caudal honrado.

ZULIMA.

¿Es ya el término pasado?

MARSILLA.

Señora, ya ves... aún vivo.
Seis años y una semana
Me dieron: los años ya
Se cumplen hoy; cumplirá
El primer día mañana.

ZULIMA.

Sigue.

MARSILLA.

Un adiós á la hermosa
Dí, que es de mis ojos luz,
Y combatí por la cruz
En las Navas de Tolosa.
Gané con brioso porte
Crédito allí de guerrero;
Luego, en Francia, prisionero
Caí del Conde Monforte.
Huí, y en Siria un francés
Albigense, refugiado
Á quien había salvado
La vida junto á Besiés,
Me dejó, al morir, su herencia:
Volviendo con fama y oro
Á España, pirata moro
Me apresó y trajo á Valencia.
Y en pena de que rompió
De mis cadenas el hierro
Mi mano, profundo encierro
En vida me sepultó,
Donde mi extraño custodio,
Sin dejarse ver ni oir,
Me prolongaba el vivir,
Ó por piedad ó por odio.
De aquel horrendo lugar
Me sacáis: bella mujer,

Sentir sé y agradecer:
Dí cómo podré pagar.

ZULIMA.

No borres de tu memoria
Tan debido ofrecimiento,
Y haz por escuchar atento
Cierta peregrina historia.
Un joven aragonés
Vino cautivo al serrallo:
Sus prendas y nombre callo;
Tú conocerás quién es.
Toda mujer se lastima
De ver padecer sonrojos
Á un noble: puso los ojos
En el esclavo Zulima,
Y férvido amor en breve
Nació de la compasión:
Aquí es brasa el corazón;
Allá entre vosotros, nieve.
Quiso aquel joven huir;
Fué desgraciado en su empeño:
Le prenden, y por su dueño
Es condenado á morir.
Pero en favor del cristiano
Velaba Zulima: ciega,
Loca, le salva; mas llega
Á brindarle con su mano.
Respuesta es bien se le dé
En trance tan decisivo:
Habla tú por el cautivo;
Yo por la Reina hablaré.

MARSILLA.

Ni en desgracia ni en ventura
Cupo en mi lenguaje dolo:
Este corazón es sólo
Para Isabel de Segura.

ZULIMA.

Medita, y concederás
Al tiempo lo que reclama.
¿Sabes tú si es fiel tu dama?
¿Sabes tú si la verás?

MARSILLA.

Me matara mi dolor
Si fuera Isabel perjura:
Mi constancia me asegura
La firmeza de su amor.
Con espíritu gallardo,
Si queréis, daré mi vida:
Dada el alma y recibida,
Fiel al dueño se la guardo.

ZULIMA.

Mira que es poco prudente
Burlar á tu soberana,
Que tiene sangre africana
Y ama y odia fácilmente.
Y si ella sabe que cuando
Yo su corazón te ofrezco,
Por ella el dolor padezco
De ver que le estás pisando,
Volverás á tus cadenas

Y á tu negro calabozo,
Y allí yo, con alborozo
Que más encone tus penas,
La nueva te llevaré
De ser Isabel esposa.

MARSILLA.

Y en prisión tan horrorosa
¿Cuántos días viviré?

ZULIMA.

¡Rayo del cielo! El traidor
Cuanto fabrico derrumba:
Defendido con la tumba,
Se ríe de mi furor.
Trocarás la risa en llanto.
Cautiva desde Teruel
Me han de traer á Isabel...

MARSILLA.

¿Quién eres tú para tanto?

ZULIMA.

Tiembla de mí.

MARSILLA.

Furia vana.

ZULIMA.

¡Insensato! La que ves
No es hija de Merván, es
Zulima.

MARSILLA.

¡Tú la Sultana!

ZULIMA.

La Reina.

MARSILLA.

Toma, con eso

(*Dándole el lienzo ensangrentado.*)

Correspondo á tu afición:
Entrega sin dilación
Á hombre de valor y seso
El escrito que te doy.
Sálvete su diligencia.

ZULIMA.

¡Cómo! ¿Qué riesgo?

MARSILLA.

Á Valencia
Tu esposo ha de llegar hoy;
Y en llegando, tú y él y otros
Al sedicioso puñal
Perecéis.

ZULIMA.

¿Qué desleal
Conspira contra nosotros?

MARSILLA.

Merván, tu padre supuesto.
Si tu cólera no estalla,
Mi labio el secreto calla
Y el fin os llega funesto.

ZULIMA.

¿Cómo tal conjuración
A tí?...

MARSILLA.

Frenético ayer,
La puerta pude romper
De mi encierro: la prisión
Recorro, oigo hablar, atiendo...
—Junta de aleves impía
Era: Merván presidía.—
Allí supe que volviendo
Á este alcázar el Amir,
Trataban de asesinarle.
Resuélvome á no dejarle
Pérfidamente morir,
Y con roja tinta humana
Y un pincel de mi cabello,
La trama en un lienzo sello
Y el modo de hacerla vana.
Poner al siguiente día
Pensaba el útil aviso
En la cesta que el preciso
Sustento me conducía.
Vencióme tenaz modorra,
Más fuerte que mi cuidado:
Desperté maravillado,
Fuera ya de la mazmorra.
Junta, pues, tu guardia, pon
Aquí un acero, y que venga
Con todo el poder que tenga
Contra tí la rebelión.

ZULIMA.

Dé á la rebelión castigo
Quien tema por su poder;
No yo, que al anochecer
Huir pensaba contigo.
Poca gente, pero brava,
Que al marchar nos protegiera;
Sumisa mi voz espera
Escondida en la alcazaba.
Con ellos entre el rebato
Del tumulto, partiré;
Con ellos negociaré
Que me venguen de un ingrato.
Teme la cuchilla airada
De Zaén el bandolero;
Tiembla más que de su acero,
De esta daga envenenada.
¡Ay del que mi amor trocó
En frenesí rencoroso!
¡Nunca espere ser dichoso
Quien de celos me mató!

MARSILLA.

¡Zulima!... ¡Señora!...

(Vase Zulima por la puerta del fondo y cierra por dentro.)

ESCENA V.

OSMÍN, MARSILLA.

OSMÍN.

Baste
De plática sin provecho.

Al Rey un favor has hecho:
Acaba lo que empezaste.

MARSILLA.

¡Cómo! ¿tú?...

OSMÍN.

El lienzo he leído
Que al Rey dirigiste: allí
Le ofreces tu brazo.

MARSILLA.

Sí,
Armas y riesgo le pido.

OSMÍN.

Pues bien, dos tropas formadas
Con los cautivos están:
Serás el un capitán,
El otro Jaime Celladas.

MARSILLA.

¡Jaime está aquí! Es mi paisano.
Es mi amigo.

OSMÍN.

Si hay combate,
Así tendrá su rescate
Cada cautivo en la mano.
Con ardimiento lidiad.

MARSILLA.

¿Quién, de libertad sediento,

No lidia con ardimiento
Al grito de libertad?

OSMÍN.

Cuanto á Zulima...

MARSILLA.

También
Libre ha de ser.

OSMÍN.

No debiera;
Pero llévesela fuera
De nuestro reino Zaén.

ESCENA VI.

ADEL, SOLDADOS MOROS, MARSILLA, OSMÍN.

ADEL.

Osmín, á palacio van
Turbas llegando en tumulto,
Y Zaén, que estaba oculto,
Sale aclamando á Merván.
Zulima nos ha vendido.

OSMÍN.

Ya no hay perdón que le alcance.

MARSILLA.

Después de correr el lance,
Se dispondrá del vencido.

Cuando rueda la corona
Entre la sangre y el fuego,
Primero se triunfa, luego...

OSMÍN.

Se castiga.

MARSILLA.

Se perdona.

VOCES DENTRO.

¡Muera el tirano!

MARSILLA.

¡Mi espada!
¡Mi puesto!

OSMÍN.

Ven, ven á él.
Guarda el torreón, Adel.

ADEL.

Ten tu acero. (*Dásele á Marsilla.*)

MARSILLA.

¡Arma anhelada!
¡Mi diestra te empuña ya!
Ella al triunfo te encamina.
Rayo fué de Palestina,
Rayo en Valencia será.

ACTO SEGUNDO.

Teruel.—Sala en casa de Don Pedro Segura.

ESCENA I.

DON PEDRO, entrando en su casa; MARGARITA, ISABEL y TERESA, saliendo á recibirle.

MARGARITA.

¡Esposo! (*Arrodillándose.*)

ISABEL.

¡Padre! (*Arrodillándose.*)

TERESA.

¡Señor!

PEDRO.

¡Hija! ¡Margarita! Alzad.

ISABEL.

Dadme á besar vuestra mano.

MARGARITA.

Déjame el suelo besar
Que pisas.

TERESA, *á Margarita.*

Vaya, señora,
Ya es vicio tanta humildad.

PEDRO.

Pedazos del corazón,
No es ese vuestro lugar.
Abrazadme. (*Levanta y abraza á las dos.*)

TERESA.

Así me gusta.
Y á mí luego.

PEDRO.

Ven acá,
Fiel Teresa.

TERESA.

Fiel y franca,
Tengo en ello vanidad.

PEDRO.

Ya he vuelto por fin.

MARGARITA.

Dios quiso
Mis plegarias escuchar.

PEDRO.

Gustoso á Monzón partí,
Comisionado especial
Para ofrecer á Don Jaime
Las tropas que alistará
Nuestra villa de Teruel
En defensa de la paz,
Que Don Sancho y Don Fernando
Nos quieren arrebatar:
Fué Don Rodrigo de Azagra,
Obsequioso y liberal,
Acompañándome al ir,
Y me acompaña al tornar;
Mas yo me acordaba siempre
De vosotras con afán.
Triste se quedó Isabel;
Mas triste la encuentro.

TERESA.

Ya.

MARGARITA.

¡Teresa!

ISABEL.

¡Padre!

PEDRO.

Hija mía,
Díme con sinceridad
Lo que ha pasado en mi ausencia.

TERESA.

Poco tiene que contar.

MARGARITA.

¡Teresa!

TERESA.

Digo bien. ¿Es
Por ventura novedad
Que Isabel suspire, y vos (*á Margarita*)
Recéis, y ayunéis á pan
Y agua, y os andéis curando
Enfermos por caridad?
Es la vida que traéis,
Lo menos, quince años há...

MARGARITA.

Basta.

TERESA.

Y hace seis cumplidos
Que no se ha visto asomar
En los labios de Isabel
Ni una sonrisa fugaz.

ISABEL, *aparte.*

(¡Ay, mi bien!)

TERESA.

En fin, señor,
Del pobrecillo Don Juan

Diego de Marsilla, nada
Se sabe.

MARGARITA.

Si no calláis,
Venid conmigo.

TERESA.

Ir con vos
Fácil es; pero callar...

(*Vanse Margarita y Teresa. Don Pedro se quita la espada y la pone sobre un bufete.*)

ESCENA II.

DON PEDRO, ISABEL.

PEDRO.

Mucho me aflige, Isabel,
Tu pesadumbre tenaz;
Pero, por desgracia, yo
No la puedo remediar.
Esclavo de su palabra
Es el varón principal;
Tengo empeñada la mía,
La debo desempeñar.
En el honor de tu padre
No se vió mancha jamás:
Juventud honrada pide
Más honrada ancianidad.

ISABEL.

No pretendo yo...

PEDRO.

Por otra
Parte, parece que están
De Dios ciertas cosas. Oye
Un lance bien singular,
Y dí si no tiene traza
De caso providencial.

ISABEL.

Á ver.

PEDRO.

En Teruel vivió
(No sé si te acordarás)
Un tal Roger de Lizana,
Caballero catalán.

ISABEL.

¿El templario?

PEDRO.

Sí. Roger
Paraba en Monzón. Allá
Es voz que penas y culpas
De su libre mocedad
Trajéronle una dolencia
De espíritu y corporal,
Que vino á dejarle casi
Mudo, imbécil, incapaz.

Pacífico en su idiotez,
Permitíanle vagar
Libre por el pueblo. Un día,
Sobre una dificultad
En mi encargo y sobre cómo
Se debiera de allanar,
Don Rodrigo y yo soltamos
Palabras de enemistad.
Marchóse enojado, y yo
Exclamé al verle marchar:
¿Ha de ser este hombre dueño
De lo que yo quiero más?
Si la muerte puede sola
Mi palabra desatar,
Lléveme el Señor, y quede
Isabel en libertad.

ISABEL.

¡Oh padre!

PEDRO.

En esto, un empuje
Tremendo á la puerta dan.
Se abre, y con puñal en mano

[illegible]EL.

¡Virgen del Pilar!
¿Quién?

PEDRO.

Roger. Llégase á mí,
Y en voz pronunciada mal,

Uno (dijo) de los dos
La vida aquí dejará.

ISABEL.

¿Y qué hicísteis?

PEDRO.

Yo, pensando
Que bien pudiera quizás
Mi muerte impedir alguna
Mayor infelicidad,
Crucé los brazos, y quieto
Esperé el golpe mortal.

ISABEL.

¡Cielos! ¿Y Roger?

PEDRO.

Roger,
Parado al ver mi ademán,
En lugar de acometerme
Se fué retirando atrás,
Mirándome de hito en hito,
Llena de terror la faz.
Asió con entrambas manos
El arma por la mitad,
Y señas distintas hizo
De querérmela entregar.
Yo no le atendí, guardando
Completa inmovilidad
Como antes; y él, con los ojos,
Fijos, y sin menear

Los párpados, balbuciente
Dijo: Matadme, salvad
En el hueco de mi tumba
Mi secreto criminal.

ISABEL.

¡Su secreto!

PEDRO.

En fin, de estarse
Tanto sin pestañear,
Él, cuyos sentidos eran
La suma debilidad,
Se trastornó, cayó, dió
La guarnición del puñal
En tierra, le fué la punta
Al corazón á parar
Al infeliz, y á mis plantas
Rindió el aliento vital.
Huí con espanto: Azagra,
Viniéndose á disculpar
Conmigo, me halló; le dije
Que no pisaba el umbral
De aquella casa en mi vida;
Y él, próvido y eficaz,
Avisó al Rey y mandó
El cadáver sepultar.
Ya ves, hija: por no ir
Yo contra tu voluntad,
Por no cumplir mi palabra,
Quise dejarme matar,
Y Dios me guardó la vida:

Su decreto celestial
Es sin duda que esa boda
Se haga por fin... y se hará,
Si en tres días no parece
Tu preferido galán.

ISABEL, *aparte.*

(¡Ay de él y de mí!)

ESCENA III.

TERESA, DON PEDRO, ISABEL.

TERESA.

Señor,
Acaba de preguntar
Por vos Don Martín, el padre
De Don Diego.

ISABEL, *aparte.*

(¿Si sabrá?...)

TERESA.

Como es enemigo vuestro,
Le he dejado en el zaguán.

PEDRO.

Á enemigo noble se abren
Las puertas de par en par.
Que llegue. (*Vase Teresa.*) Ve con tu madre.

ISABEL, *aparte.*

(Ella á sus pies me verá

Llorando hasta que consiga
Vencer su severidad.) (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO.

Desafiados quedamos
Al tiempo de cabalgar
Yo para Monzón: el duelo
Llevar á cabo querrá.
Bien. Pero él ha padecido
Una larga enfermedad.
Si no tiene el brazo firme,
Conmigo no lidiará.

ESCENA V.

DON MARTÍN, DON PEDRO.

MARTÍN.

Don Pedro Segura, seáis bien venido.

PEDRO.

Y vos, Don Martín Garcés de Marsilla,
Seáis bien hallado: tomad una silla.

(*Siéntase Don Martín mientras Don Pedro va á tomar su espada.*)

MARTÍN.

Dejad vuestra espada.

PEDRO, *sentándose.*

Con pena he sabido

La grave dolencia que habéis padecido.

MARTÍN.

Al fin me repuse del todo.

PEDRO.

No sé...

MARTÍN.

Domingo Celladas...

PEDRO.

¡Fuerte hombre es, á fe!

MARTÍN.

Pues aún á la barra le gano el partido.

PEDRO.

Así os quiero yo. Desde hoy, elegid
Al duelo aplazado seguro lugar.

MARTÍN.

Don Pedro, yo os tengo primero que hablar.

PEDRO.

Hablad en buen hora: ya escucho. Decid.

MARTÍN.

Causó nuestra riña...

PEDRO.

La causa omitid:
Sabémosla entrambos. Por vos se me dijo

Que soy un avaro, y os privo de un hijo.
De honor es la ofensa, precisa la lid.

MARTÍN.

¿Teneisme por hombre de aliento?

PEDRO.

Sí tal.
Si no lo creyera, con vos no lidiara.

MARTÍN.

Jamás al peligro le vuelvo la cara.

PEDRO.

Sí, nuestro combate puede ser igual.

MARTÍN.

Será por lo mismo...

PEDRO.

Sangriento, mortal.
Ha de perecer uno de los dos.

MARTÍN.

Oid un suceso feliz para vos...
Feliz para entrambos.

PEDRO.

Decídmele. ¿Cuál?

MARTÍN.

Tres meses hará que en lecho de duelo
Me puso la mano que todo lo guía.
Del riesgo asustada la familia mía,

Quiso en vuestra esposa buscar su consuelo.
Con tino infalible, con próvido celo
Salud en la villa benéfica vierte,
Y enfermo en que airada se ceba la muerte,
Le salva su mano, bendita del cielo.
Con vos irritado, no quise atender
Al dulce consejo de amante inquietud.
No cobre (decía) jamás la salud,
Si mano enemiga la debe traer.
Mayor mi tesón á más padecer,
La muerte en mi alcoba plantó su bandera
Por fin una noche... ¡Qué noche tan fiera!
Blasfemo el dolor hacíame ser;
Pedía una daga con furia tenaz,
Rasgar anhelando con ella mi pecho...
En esto á mis puertas, y luego á mi lecho,
Llegó un peregrino, cubierta la faz.
Ángel parecía de salud y paz...
Me habla, me consuela; benigno licor
Al labio me pone; me alivia el dolor,
Y parte, y no quiere quitarse el disfraz.
La noche que tuve su postrer visita,
Ya restablecido, sus pasos seguí.
Cruzó varias calles, viniendo hacia aquí.
Y entró en esa ruína de gótica ermita,
Que á vuestros jardines términos limita.
Detúvele entonces: el velo cayó,
Radiante la luna su rostro alumbró...
Era vuestra esposa.

PEDRO.

¡Era Margarita!

MARTÍN.

Confuso un momento, cobreme después.
Y vióme postrado la noble señora.
Con tal beneficio, no cabe que ahora
Provoque mi mano sangriento revés.
Don Pedro Segura, decid á quién es
Deudor este padre de verse con vida,
Que está la contienda por mí fenecida.
Tomad este acero, ponedle á sus pies.

(*Da su espada á Don Pedro, que la coloca en el bufete.*)

PEDRO.

¡Feliz yo, que logro el duelo excusar
Con vos, por motivo que es tan lisonjero!
Si pronto me hallásteis, por ser caballero,
Cuidado me daba el ir á lidiar.
Con tal compañera, ¿quién no ha de arriesgar
Con susto la vida que lleva, dichosa?
Ella me será desde hoy más preciosa,
Si ya vuestro amigo quereisme llamar.

MARTÍN.

Amigos seremos. (*Danse las manos.*)

PEDRO.

Siempre.

MARTÍN.

Siempre, sí.

PEDRO.

¿Y al cabo, qué nuevas tenéis de Don Diego?

En hora menguada, vencido del ruego
De Azagra, la triste palabra le dí.
Si antes vuestro hijo se dirige á mí,
¡Cuánto ambas familias se ahorran de llanto!
No lo quiso Dios.

MARTÍN.

Yo su nombre santo
Bendigo; mas lloro por lo que perdí.

PEDRO.

Pero ¿qué?...

MARTÍN.

Después de la de Maurel,
Donde cayó en manos del Conde Simón,
De nadie consigo señal ni razón,
Por más que anhelante pregunto por él.
Cada día al cielo con súplica fiel
Pido que me diga qué punto en la tierra
Sostiénele vivo, ó muerto le encierra:
Mundo y cielo guardan silencio cruel.

PEDRO.

El plazo otorgado dura todavía.
Un hora, un instante le basta al Eterno;
Y mucho me holgara si fuera mi yerno
Quien á mi Isabel tan fino quería.
Pero si no viene, y cúmplese el día,
Y llega la hora... por más que me pesa,
Me tiene sujeto sagrada promesa:
Si fuera posible, no la cumpliría.

MARTÍN.

Diligencia escasa, fortuna severa
Parece que en suerte á mi sangre cupo:
Quien á la desgracia sujetar no supo,
Sufrido se muestre cuando ella le hiera.
Adiós.

PEDRO.

No han de veros de aquesa manera.
Yo quiero esta espada; la mía tomad (*Dásela.*)
En prenda segura de fiel amistad.

MARTÍN.

Acepto: un monarca llevarla pudiera.
(*Vase Don Martín, y Don Pedro le acompaña.*)

ESCENA VI.

MARGARITA, ISABEL.

MARGARITA, *aparte, siguiendo con la vista á los dos que se retiran.*

(Aunque nada les oí,
Deben estar ya los dos
Reconciliados.)

ISABEL, *que viene tras su madre.*

Por Dios,
Madre, haced caso de mí.

MARGARITA.

No, que es repugnancia loca

La que mostráis á un enlace,
Que de seguro nos hace
Á todos merced no poca.
Noble sois; pero mirad
Que quien su amor os consagra
Es Don Rodrigo de Azagra,
Que goza más calidad,
Más bienes: en Aragón
Le acatan propios y ajenos,
Y muestra, con vos al menos,
Apacible condición.

ISABEL.

Vengativo y orgulloso
Es lo que me ha parecido.

MARGARITA.

Vuestro padre le ha creído
Digno de ser vuestro esposo.
Prendarse de quien le cuadre
No es lícito á una doncella,
Ni hay más voluntad en ella
Que la que tenga su padre.
Hoy día, Isabel, así
Se conciertan nuestras bodas.
Así nos casan á todas,
Y así me han casado á mí.

ISABEL.

¿No hay á los tormentos míos
Otro consuelo que dar?

MARGARITA.

No me tenéis que mentar
Vuestros locos amoríos.
Yo por delirios no abogo.
Idos.

ISABEL.

En vano esperé. (*Sollozando al retirarse.*)

MARGARITA.

¡Qué! ¿lloráis?

ISABEL.

Aún no me fué
Vedado este desahogo.

MARGARITA.

Isabel, si no os escucho,
No me acuséis de rigor.
Comprendo vuestro dolor
Y le compadezco mucho;
Pero, hija... cuatro años há
Que á nadie Marsilla escribe.
Si ha muerto...

ISABEL.

¡No, madre, vive!...
¡Pero cómo vivirá!
Tal vez, llorando, en Sión
Arrastra por mí cadenas;
Quizá gime en las arenas
De la líbica región.

Con aviso tan funesto
No habrá querido afligirme.
Yo trato de persuadirme,
Y sin cesar pienso en esto.
Yo me propuse aprender
Á olvidarle, sospechando
Que infiel estaba gozando
Caricias de otra mujer;
Yo escuché de su rival
Los acentos desabridos,
Y logré de mis oídos
Que no me sonaran mal.
Pero ¡ay! cuando la razón
Iba á proclamarse ufana
Vencedora soberana
De la rebelde pasión,
Al recordar la memoria
Un suspiro de mi ausente
Se arruinaba de repente
La fortaleza ilusoria,
Y con ímpetu mayor,
Tras el combate perdido.
Se entraba por mi sentido
Á sangre y fuego el amor.
Yo entonces á la virtud
Nombre daba de falsía,
Rabioso llanto vertía,
Y hundirme en el ataúd
Juraba en mi frenesí
Antes que rendirme al yugo
De ese hombre, fatal verdugo,
Genio infernal para mí.

MARGARITA.

Por Dios, por Dios, Isabel,
Moderad ese delirio:
Vos no sabéis el martirio
Que me hacéis pasar con él.

ISABEL.

¡Qué! ¿mi audacia os maravilla?
Pero estando ya tan lleno
El corazón de veneno,
Fuerza es que rompa su orilla.
No á vos, á la piedra inerte
De esa muralla desnuda;
Á esa bóveda que muda
Oyó mi queja de muerte;
Á este suelo donde mella
Pudo hacer el llanto mío,
Á no ser tan duro y frío
Como alguno que le huella,
Para testigos invoco
De mi doloroso afán;
Que, si alivio no le dan,
No les ofende tampoco.

MARGARITA.

¿Quién con ánimo sereno
La oyera? El dolor mitiga;
De una madre, de una amiga
Ven al cariñoso seno.
Conóceme, y no te ahuyente
La faz severa que ves:

Máscara forzosa es
Que dió el pesar á mi frente;
Pero tras ella te espera,
Para templar tu dolor,
El tierno, indulgente amor
De una madre verdadera.

ISABEL.

¡Madre mía! (*Abrázanse.*)

MARGARITA.

Mi ternura
Te oculté... porque debí...
¡Há quince años que hay aquí
Guardada tanta amargura!
Yo hubiera en tu amor filial
Gozado, y gozar no debo
Nada ya, desde que llevo
El cilicio y el sayal.

ISABEL.

¡Madre!

MARGARITA.

Temí, recelé
Dar á tu amor incentivo,
Y sólo por correctivo
Severidad te mostré;
Mas oyéndote gemir
Cada noche desde el lecho,
Y á veces en tu despecho
Mis rigores maldecir,
Yo al Señor, de silencioso
Materno llanto hecha un mar,

Ofrecí mil veces dar
Mi vida por tu reposo.

ISABEL.

¡Cielos! ¡Qué revelación
Tan grata! ¡Qué injusta he sido!
¿Que tanto me habéis querido?
¡Madre de mi corazón!
Perdonadme... ¡Qué alborozo
Siento, aunque llorar me veis!
Seis años há, más de seis,
Que tanta dicha no gozo.
Mi desgracia contemplad,
Cuando como dicha cuento
Que mis penas un momento
Aplaquen su intensidad.
Pero este rayo que inunda
En viva luz mi alma yerta,
¿Dejaréis que se convierta
En lobreguez más profunda?
Madre, madre á quien adoro,
El labio os pongo en el pie:
Mi aliento aquí exhalaré
Si no cedéis á mi lloro. (*Póstrase.*)

MARGARITA.

Levanta, Isabel; enjuga
Tus ojos; confía... Sí:
Cuando dependa de mí...

ISABEL.

Ya veis que en rápida fuga

El tiempo desaparece.
Si pasan tres días, ¡tres!
Todo me sobra después,
Toda esperanza fallece.
Mi padre, por no faltar
Á la palabra tremenda,
Le rendirá por ofrenda
Mi albedrío en el altar.
Vuestras razones imprimen
En su alma la persuasión:
En mí toda reflexión
Fuera desacato, crimen.
Y yo, señora, lo veo:
Podrá llevarme á casar;
Pero en vez de preparar
Las galas del himeneo,
Que á tenerme se limite
Una cruz y una mortaja;
Que esta gala y esta alhaja
Será lo que necesite.

MARGARITA.

No, no, Isabel; cesa, cesa;
Yo en tu defensa me empeño:
No será Azagra tu dueño,
Yo anularé la promesa.
Me oirá tu padre, y tamaños
Horrores evitará.
Hoy madre tuya será
Quien no lo fué tantos años.

ESCENA VII.

TERESA, MARGARITA, ISABEL.

TERESA.

Señoras, Don Rodrigo de Azagra pide licencia para visitaros.

MARGARITA.

Hazle entrar. Á buen tiempo llega. (*Vase Teresa.*)

ISABEL.

Permitid que yo me retire.

MARGARITA.

Quédate en la pieza inmediata y escucha nuestra conversación.

ISABEL.

¿Qué vais á decir?

MARGARITA.

Óyelo y acabarás de hacer justicia á tu madre. (*Vase Isabel.*)

ESCENA VIII.

DON RODRIGO, MARGARITA.

MARGARITA.

Ilustre Don Rodrigo...

RODRIGO.

Señora... al fin nos vemos.

MARGARITA.

Honrad mi estrado, ya que la prisa de venir á mi casa no os ha dejado sosegar en la vuestra.

RODRIGO.

Aquí vengo á buscar el sosiego que necesito. (*Siéntase.*) ¿Qué me decís de mi desdeñosa?

MARGARITA.

¿Me permitiréis que hable con toda franqueza?

RODRIGO.

Con franqueza pregunto yo. Hablad.

MARGARITA.

Mi esposo os prometió la mano de su hija única, y, por él, debéis contar de seguro con ella. Pero la delicadeza de vuestro amor y la elevación de vuestro carácter, ¿se satisfarían con la posesión de una mujer cuyo cariño no fuese vuestro?

RODRIGO.

El corazón de Isabel no es ahora mío, lo sé: pero Isabel es virtuosa, es el espejo de las doncellas: cumplirá lo que jure, apreciará mi rendida fe y será el ejemplo de las casadas.

MARGARITA.

Mirad que su afecto á Marsilla no se ha disminuído.

RODRIGO.

No me inspira celos un rival cuyo paradero se ignora, cuya muerte, para mí, es indudable.

MARGARITA.

¿Y si volviese aún? ¿Y si antes de cumplirse el término se presentara tan enamorado como se fué, y con aumentos muy considerables de hacienda?

RODRIGO.

Mal haría en aparecer ni antes ni después de mis bodas. Él prometió renunciar á Isabel si no se enriquecía en seis años; pero yo nada he prometido. Si vuelve, uno de los dos ha de quedar solo junto á Isabel. La mano que pretendemos ambos no se compra con oro: se gana con hierro, se paga con sangre.

MARGARITA.

Vuestro lenguaje no es muy reverente para usado en esta casa y conmigo; pero os le perdono, porque me perdonéis la pesadumbre que voy á daros. Yo, noble Don Rodrigo; yo, que hasta hoy consentí en vuestro enlace con Isabel, he visto, por último, que de él iba á resultar su desgracia y la vuestra. Tengo, pues, que deciros, como cristiana y madre; tengo que suplicaros por nuestro Señor y nuestra Señora, que desistáis de un empeño ya poco distante de la temeridad.

RODRIGO.

Ese empeño es público, hace muchos años que dura y se ha convertido para mí en caso de honor. Es imposible que yo desista. No os opongáis á lo que no podréis impedir.

MARGARITA.

Aunque habéis desairado mi ruego, tal vez no le desaire mi esposo.

RODRIGO.

Mucho alcanzáis con él: adora en vos, y lo merecéis, porque há quince años que os empleáis en la caridad y la penitencia... Pero... ¿os ha contado ya la muerte de Roger de Lizana?

MARGARITA.

¡Cómo! ¿Roger ha muerto?

RODRIGO.

Sí, loco y mudo, según estaba; desgraciadamente, según merecía, y á los pies de Don Pedro, como era justo.

MARGARITA.

¡Cielos! Nada sabía de ese infeliz.

RODRIGO.

Ese infeliz era muy delincuente, era el corruptor de una dama ilustre.

MARGARITA.

¡Don Rodrigo!

RODRIGO.

La esposa más respetable entre las de Teruel.

MARGARITA.

Por compasión... Si Roger ha muerto...

RODRIGO.

Casi espiró en mis brazos. Yo tendí sobre el féretro su cádaver, yo hallé sobre su corazón unas cartas...

MARGARITA.

¡Cartas!

RODRIGO.

De mujer... cinco... sin firma todas. Pero yo os las presentaré, y vos me diréis quién las ha escrito.

MARGARITA.

¡Callad! ¡callad!

RODRIGO.

Si no, acudiré á vuestro esposo: bien conoce la letra.

MARGARITA.

¡No! ¡Dádmelas, rompedlas, quemadlas!

RODRIGO.

Se os entregarán; pero Isabel me ha de entregar á mí su mano primero.

MARGARITA.

¡Oh!

RODRIGO.

Dios os guarde, señora.

MARGARITA.

Deteneos, oidme.

RODRIGO.

Para que os oiga, venid á verlas. (*Vase.*)

MARGARITA.

Escuchad, escuchadme. (*Vase tras Don Rodrigo.*)

ESCENA IX.

ISABEL, y después TERESA.

ISABEL.

¿Qué es lo que oí? No lo he comprendido, no quiero comprender ese misterio horrible: sólo entiendo que de infeliz he pasado á más. (*Sale Teresa.*)

TERESA.

Señora, un joven extranjero ha llegado á casa pidiendo que se le dejara descansar un rato...

ISABEL.

Recíbele y déjame.

TERESA.

Ya se le recibió, y le han agasajado con vino y magras; por señas que nada de ello ha probado.

como si fuera moro ó judío. Aparte de esto, es muy lindo muchacho: he trabado conversación con él y dice que viene de Palestina.

ISABEL.

¿De Palestina?

TERESA.

Yo me acordé al punto del pobre Don Diego. Como os figuráis que debe estar por allá...

ISABEL.

Sí. Llámale pronto. (*Vase Teresa.*) ¡Virgen piadosa! ¡Que haya sido sueño lo que pienso que oí! ¡Oh! Pensemos en el que viene de Palestina.

ESCENA X.

ZULIMA, en traje de noble aragonés; TERESA, ISABEL.

ZULIMA.

El cielo os guarde.

ISABEL.

Y á vos
También.

ZULIMA, *aparte.*

(Mi rival es ésta.)

ISABEL.

Mejor podéis descansar
En esta sala que fuera.

TERESA.

Este mancebo, señora,
Viene de lejanas tierras:
De Jerusalén, de Jope,
De Belén y de Judea.

ISABEL.

¿Cierto?

ZULIMA.

Sí.

TERESA.

Y ha conocido
Allá gente aragonesa.

ZULIMA.

Un caballero traté
De Teruel.

ISABEL.

¿Cuál? ¿Quién? ¿Quién era?
Su nombre.

ZULIMA.

Diego Marsilla.

ISABEL.

¡Os trajo Dios á mi puerta!—
¿Dónde le dejáis?

TERESA.

Entonces,
¿Era ya rico?

ZULIMA.

Una herencia

Cuantïosa le dejaron
Allí.

ISABEL.

Pero ¿dónde queda?

ZULIMA.

Hace poco era cautivo
Del Rey moro de Valencia.

ISABEL.

¡Cautivo! ¡Infeliz!

ZULIMA.

No tanto.
La esposa del Rey, la bella
Zulima, le amó.

ISABEL.

¿Le amó?

ZULIMA.

¡Sí! ¡mucho!

TERESA.

¡Qué desvergüenza!

ISABEL.

¡Y qué! ¿No viene por eso
Marsilla donde le esperan?

TERESA.

¿Se ha vuelto moro quizá?

ZULIMA, *aparte.*

(Ya que padecí, padezca.
Finjamos.)

ISABEL.

Hablad.

ZULIMA.

No es fácil
Resistir á una princesa
Hermosa y amante: al fin
Marsilla, para con ella,
Era un miserable.

TERESA.

Pero
Vamos, acabad...

ISABEL, *aparte.*

(¡Apenas
Vivo!)

ZULIMA.

El Rey llegó á saber
Lo que pasaba; la Reina
Pudo escapar, protegida
Por un bandido, cabeza
De la cuadrilla temible
Que hoy anda por aquí cerca:

Y Marsilla...

ISABEL.

¿Qué?

ZULIMA.

Rogad
A Dios que en vida le tenga.

ISABEL.

¡Ha muerto! ¡Jesús, valedme!
(*Desmáyase.*)

TERESA.

¡Isabel! ¡Isabel!—¡Buena
La habéis hecho!

ZULIMA, *aparte.*

(Sabe amar
Esta cristiana de veras;
Yo sé más: yo sé vengarme.)

TERESA.

¡Señora! ¡Paula! ¡Jimena!
(*Á Zulima.*)
Buscad agua, llamad gente.

ZULIMA, *aparte.*

(Salgamos.—Con esta nueva
Se casará.) (*Vase.*)

TERESA.

¡Dios confunda

La boca ruín que nos cuenta
Noticia tan triste!... Pero
Un prójimo que no prueba
Cerdo ni vino, ¿qué puede
Dar de sí?

(*Salen dos criadas que traen agua.*)

Pronto aquí, lerdas.
¿Dónde estábais? Á ver: dadme
El agua.

ISABEL.

¡Ay, Dios! ¡Ay, Teresa!

ESCENA XI.

MARGARITA, ISABEL, TERESA, CRIADAS.

MARGARITA.

¿Qué sucede?

ISABEL.

¡Ay, madre mía!
Ya no es posible que venga.
Murió.

MARGARITA.

¿Quién? ¿Marsilla?

TERESA.

¿Quién
Ha de ser?

ISABEL.

Y ha muerto en pena

De serme infiel.

TERESA.

Una mora,
Que dicen que no era fea,
La esposa del Reyezuelo
Valenciano, buena pieza
Sin duda, nos le quitó.

ISABEL.

¡En esto paran aquellas
Ilusiones de ventura
Que alimentaba risueña!
¡Conmigo nacieron, ay!
Se van, y el alma se llevan.
Ese infausto mensajero,
¿Dónde está? Díle que vuelva.

MARGARITA.

Sí: yo le preguntaré...

TERESA.

Pues como nos dé respuestas
Por el estilo... Seguidme.

(*Vanse Teresa y las criadas.*)

ESCENA XII.

MARGARITA, ISABEL.

ISABEL.

¿Quién figurarse pudiera
Que me olvidara Marsilla?

¡Qué sonrojo! ¡Qué vileza!
Pero ¿cómo ha sido, cómo
Fué que no lo presintiera
Mi corazón? No es verdad:
Imposible que lo sea.
Se engañó, si lo creyó,
La Sultana de Valencia.
Sólo por volar á mí,
Quebrantando sus cadenas,
Dejó soñar á la mora
Con esa falaz idea.
Mártir de mi amor ha sido,
Que desde el cielo en que reina,
De su martirio me pide
La debida recompensa.
Yo se la daré leal,
Yo defenderé mi diestra:
Viuda del primer amor
He de bajar á la huesa.
Llorar libremente quiero
Lo que de vivir me resta,
Sin que pueda hacer ninguno
De mis lágrimas ofensa.
No he de ser esposa yo
De Azagra: primero muerta.

MARGARITA.

¿Tendrás valor para?...

ISABEL.

Sí,
Mi desgracia me le presta.

MARGARITA.

¿Y si te manda tu padre?...

ISABEL.

Diré que no.

MARGARITA.

Si te ruega...

ISABEL.

No.

MARGARITA.

Si amenaza...

ISABEL.

Mil veces
No. Podrán en hora buena
De los cabellos asida
Arrastrarme hasta la iglesia,
Podrán maltratar mi cuerpo,
Cubrirle de áspera jerga,
Emparedarme en un claustro
Donde lentamente muera:
Todo esto podrán, sí; pero
Lograr que diga mi lengua
Un sí perjuro, no.

MARGARITA.

Bien,
Bien. Tu valor... me consuela.
(*Aparte.* Nada oyó: más vale así.
La culpa, no la inocencia,

Debe padecer.) Ten siempre
Esa misma fortaleza,
Y no te dejes vencer
Suceda lo que suceda.
Matrimonio sin cariño
Crímenes tal vez engendra.
Yo sé de alguna infeliz
Que dió su mano violenta...
Y... después de larga lucha...
Desmintió su vida honesta.
Muchos años lleva ya
De dolor y penitencia...
Y al fin le toca morir
De oprobio justo cubierta.

ISABEL.

¡Ah, madre! ¿Qué dije yo?
Me olvidé, con esa nueva,
De otra desdicha tan grande
Que á mi desdicha supera.

MARGARITA.

¡No te cases, Isabel!

ISABEL.

Sí, madre; mi vida es vuestra:
Dárosla me manda Dios,
Lo manda naturaleza.

MARGARITA.

¡Hija!

ISABEL.

Por fortuna mía,

Marsilla al morir me deja
El corazón sin amor
Y sin lugar donde prenda.
Por más fortuna, Marsilla
De mí se olvidó en la ausencia,
Y puso en otra mujer
El amor que me debiera.
Por dicha mayor, Azagra
Es de condición soberbia,
Celoso, iracundo: así
Mis lágrimas y querellas
Insufribles le serán;
Querrá que yo las contenga,
No podré, se irritará,
Y me matará.

MARGARITA.

¡Me aterras,
Hija, me matas á mí!

ISABEL.

Tengo yo cartas que lea:
Puede encontrármelas.

MARGARITA.

¡Oh!
Si como las tuyas fueran
Otras...

ISABEL.

Y tengo un retrato
En esta joya. (*Saca un relicario.*)
¿Son esas

Sus facciones? Pues sabed
Que, sin estudio ni regla,
De amor guiada la mano,
Al primer ensayo diestra,
Yo supe dar á ese rostro
Semejanza tan perfecta.
Me sirvió para suplir
De Marsilla la presencia;
No le necesito ya:
Más vale que no le vea.
¡Ah! dejadme que le bese
Una vez... la última es ésta.
Tomad. ¿Veis? el sacrificio
Consumo, y estoy serena,
Tranquila... como la tumba.
Imitad vos mi entereza,
Mi calma... y no me digáis
Una palabra siquiera.
De mí vuestra fama pende:
La conservaréis ilesa.
Yo me casaré: no importa,
No importa lo que me cuesta. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

MARGARITA.

Y ¿debo yo consentir
Que la inocente Isabel,
Por mi egoísmo cruel,
Se ofrezca más que á morir?

Pero ¿cómo he de sufrir
Que, perdida mi opinión,
Me llame todo Aragón
Hipócrita y vil mujer?
Mala madre me hace ser
Mi buena reputación.
Á todo me resignara
Con ánimo ya contrito,
Si al saberse mi delito
Yo sola me deshonrara.
Pero á mi esposo manchara
Con ignominia mayor.
¡Hija infeliz en amor!
¡Hija desdichada mía!
Perdona la tiranía
De las leyes del honor.

ACTO TERCERO.

Retrete ó gabinete de Isabel. Dos puertas.

ESCENA I.

ISABEL, TERESA.

Aparece Isabel ricamente vestida, sentada en un sillón junto á una mesa, sobre la cual hay un espejo de mano, hecho de metal. Teresa está acabando de adornar á su ama.

TERESA.

¿Qué os parece el tocado? Nada, ni me oye. Que os miréis os digo: tomad el espejo. (*Se le da á Isabel, que maquinalmente le toma, y deja caer la mano sin mirarse.*) Á esotra puerta. Miren ¡qué trazas éstas de novia!—¡Ved qué preciosa gargantilla voy á poneros! (*Isabel inclina la cabeza.*) Pero alzad la cabeza, Isabel. Si esto es amortajar á un difunto.

ISABEL.

¡Marsilla!

TERESA, *aparte.*

(Dios le haya perdonado.) Ea, se concluyó. Bien estáis. Ello, sí, me habéis hecho perder la paciencia treinta veces.

ISABEL.

¡Madre mía!

TERESA.

Si echáis menos á mi señora, ya os he dicho que no está en casa, porque para ella la caridad es antes que todo. El juez de este año, Domingo Celladas, tenía un hijo en tierra de infieles: Jaime, ya le conocéis. Hoy, sin que hubiese noticia de que viniera, se le han encontrado en el camino de Valencia unos mercaderes, herido y sin conocimiento. Por un rastro de sangre que iba á parar á un hoyo, se ha comprendido que debieron echarle dentro; y se cree que hasta poder salir habrá estado en el hoyo quizá más de un día, porque las heridas no son recientes. Vuestra madre ha sido llamada para asistirle; me ha encargado que os aderece; os he puesto hecha una imagen, y ni siquiera he logrado que deis una mirada al vestido para ver si os gusta.

ISABEL.

Sí: es el último.

TERESA.

¡El dulcísimo nombre de Jesús! No lo quiera Dios, Isabelita de mi alma; no lo querrá Dios: antes os hará tan dichosa como vos merecéis. Pero salid de ese abatimiento; mirad que ya van á venir los convidados á la boda, y es menester no darles que decir.

ISABEL, *con sobresalto.*

¿Qué hora es ya?

TERESA.

No tardarán en tocar á vísperas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió de Teruel Don Diego, y hasta que pase, mi señor no se considera libre de su promesa.

ISABEL.

Sí, á esa hora, á esa hora misma partió... para nunca volver. En este aposento, allí, delante de ese balcón, estaba yo, llorando sobre mi labor. como ahora sobre mis galas. Continuamente miraba á la calle por donde había de pasar, para verle; ahora no miro: no le veré. Por allí vino, dirigiendo el fogoso alazán enseñado á pararse bajo mis balcones. Por allí vino, vestida la cota, lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. Hasta la dicha ó hasta la tumba, me dijo. Tuya ó muerta, le dije yo; y caí sin aliento en el balcón mismo, tendidas las manos hacia la mitad de mi alma que se ausentaba.—¡Suya ó muerta! Y voy á dar la mano á Rodrigo. ¡Bien cumplo mi palabra!

TERESA.

Hija mía, desechad esas ideas. Yo ¿qué os he de decir para consolaros? Que os he visto nacer, que habéis jugado en mis brazos y en mis rodillas... y que diera yo porque recobráseis la paz del alma y fuérais feliz, ¡ay! diera yo todos los días que me faltan que vivir, menos uno para verlo.

ISABEL.

¿Feliz, Teresa? Con este vestido, ¿cómo he de

ser feliz? ¡Pesa tanto, me ahoga tanto!... Quítamele, Teresa. (*Levantándose.*)

TERESA.

Señora, que viene Don Rodrigo.

ISABEL.

¡Don Rodrigo! Busca pronto á mi madre. (*Vase Teresa.*)

ESCENA II.

DON RODRIGO, ISABEL.

RODRIGO.

Mis ojos por fin os ven
Á solas, ángel hermoso.
Siempre un amargo desdén
Y un recato rigoroso
Me han privado de este bien.
Trémula estáis: ocupad
La silla.

ISABEL.

¡Ante mi señor!

RODRIGO.

Esclavo diréis mejor.
Soberana es la beldad
En el reino del amor.

ISABEL.

¡Mentida soberanía!

RODRIGO.

De mi rendimiento fiel,
Que dudárais no creía.
¡Si á conocer, Isabel,
Llegáseis el alma mía!

ISABEL.

¿Para qué? Señas ha dado
Que indican su índole bella.

RODRIGO.

Mi destino desastrado
Sólo mostrar me ha dejado
Lo deforme que hay en ella.
Un Azagra conocéis
Orgulloso y vengativo;
Y otro por fin hallaréis,
Que en vuestro rigor esquivo
Figuraros no podéis.
El Azagra que os adora,
El Azagra para vos,
Aún no le vísteis, señora,
Y nos conviene á los dos
Una explicación ahora.

ISABEL.

Mis padres pueden mandar,
Yo tengo que obedecer;
Nada pretendo saber:
Hiciera bien en callar
Quien ha logrado vencer.

RODRIGO.

El vencedor, que aparece
Lleno ante vos de amargura.
Manifestaros ofrece
Que sabe lo que merece
Doña Isabel de Segura.
Os ví, y en vos admiré
Virtud y belleza rara,
Digno de vos me juzgué,
Y uniros á mí juré
Costara lo que costara.
Maldición más espantosa
No pudo echarme jamás
Una lengua venenosa,
Que decir:—No lograrás
Hacer á Isabel tu esposa.
—Lidiaré, si es necesario,
Por ella con todo el orbe,
Clamaba yo de ordinario.
¡Infeliz el que me estorbe,
Competidor ó contrario!
En mi celoso furor
Cabe hasta lo que denigre
Mi calidad y mi honor.
Amo con ira de tigre...
Porque es muy grande mi amor.
—No el vuestro, tan delicado,
Me pintéis para mi mengua:
Quizá no lo haya expresado
En seis años vuestra lengua,
Sin que me lo hayan contado.

Cuantas cartas escribió
Marsilla ausente, leí;
Él su retrato no vió,
Yo sí: junto á vos aquí
Siempre tuve un guarda yo.
Ha sido mi ocupación
Observaros noche y día,
Y abandonaba á Monzón
Siempre que lo permitía
La marcial obligación.
Viéndoos al balcón sentada
Por las noches á la luna,
Mi fatiga era pagada:
Jamás fué mujer ninguna
De amante más respetada.
Para romper mis prisiones,
Para defectos hallaros
Fueron mis indagaciones,
Y siempre para adoraros
Encontré nuevas razones.
Seducido el pensamiento
De lisonjeros engaños,
Un favorable momento
Espero hace ya seis años,
Y aún llegado no lo cuento.
Pero, por dicha, quizá
No deba estar muy distante.

ISABEL.

¡Qué! ¿Pensáis que cesará
Mi pasión, muerto mi amante?
No: lo que yo viviré.

RODRIGO.

Pues bien, amad, Isabel,
Y decidlo sin reparo;
Que con ese amor tan fiel,
Aunque á mí me cueste caro,
Nunca me hallaréis cruel.
Mas si ese afecto amoroso,
Cuya expresión no limito,
Mantener os es forzoso,
Yo, mi bien, yo necesito
El nombre de vuestro esposo.
No más que el nombre, y concluyo
De desear y pedir;
Todas mis dichas incluyo
En la dicha de decir:
Me tienen por dueño suyo.
Separada habitación,
Distinto lecho tendréis...
¿Queréis más separación?
Vos en Teruel viviréis,
Yo en la corte de Aragón.
¿Teméis que la soledad
Bajo mi techo os consuma?
Vuestros padres os llevad
Con vos; mudaréis en suma
De casa y de vecindad.
Nunca sin vuestra licencia
Veré esos divinos ojos...
¡Ay! dádmela con frecuencia.
Si os oprimen los enojos,
Hablad, y mi diligencia

Ya un festín, ya una batida,
Ya un torneo dispondrá.
Si lloráis... ¡Prenda querida!
Cuando lloréis, ¿qué os dirá
Quien no ha llorado en su vida?
Míseros ambos, hacer
Con la indulgencia podemos
Menor nuestro padecer.
Ahora, aunque nos casemos,
¿Me podréis aborrecer?

ISABEL.

¡Don Rodrigo! ¡Don Rodrigo! (*Sollozando.*)

RODRIGO.

¡Lloráis! ¿Es porque me muestro
Digno de ser vuestro amigo?
¿No sufrí del odio vuestro
Bastante el duro castigo?

ISABEL.

¡Oh! no, no: mi corazón
Palpitar de odio no sabe.

RODRIGO.

Ni al mirar vuestra aflicción
Hay fuerza en mí que no acabe
Rindiéndose á discreción.
Es ya el caso de manera
Que el infausto desposorio
Viene á ser obligatorio
Para ambos: lo demás fuera

Dar escándalo notorio.
Pero el amor que os consagro
Se ha vuelto á vos tan propicio,
Que si Dios en su alto juicio
Quiere obrar hoy un milagro...
Contad con un sacrificio.
Ayer, si resucitara
Mi aciago rival Marsilla,
Sin compasión le matara,
Y sin limpiar la cuchilla
Corriera con vos al ara.
Hoy, resucitado ó no,
Si antes que me deis el sí
Viene... que triunfe de mí.

ISABEL.

¡Vos sí que triunfáis así
De esta débil mujer!

(*El llanto le ahoga la voz por unos instantes; luego, al ver á Don Pedro y á los que le acompañan, se contiene, exclamando:*)

¡Oh!

ESCENA III.

DON PEDRO, DON MARTÍN, DAMAS, CABALLEROS, PAJES.—ISABEL, DON RODRIGO. Después, TERESA.

PEDRO.

Hijos, el sacerdote que ha de bendecir vuestra unión ya nos está esperando en la iglesia. Tanto mis deudos como los de Azagra me instan á que

apresure la ceremonia; pero aún no ha fenecido el plazo que otorgué á Don Diego. Al toque de vísperas de un domingo salió de su patria el malogrado joven, seis años y siete días hace: hasta que suene aquella señal en mi oído, no tengo libertad para disponer de mi hija. (*Á Don Martín.*) Porque veáis de qué modo cumplo mi promesa, os he rogado que viniérais aquí.

MARTÍN.

¡Inútil escrupulosidad! No os detengáis. No romperá mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

ISABEL, *aparte.*

(¡Infeliz!)

PEDRO.

Fiel á lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaría viviendo. (*Sale Teresa.*)

RODRIGO.

Isabel deseará la compañía de su madre: pudiéramos pasar por casa del juez...

TERESA.

Ahora empezaba el herido á volver en su conocimiento. Si antes de vísperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir á los desposorios: esto me ha dicho.

PEDRO.

La esperaremos en el templo. (*Á Don Martín.*) Si la pesadumbre os permite acompañarnos, venid...

MARTÍN.

Excusadme el presenciar un acto que debe serme tan doloroso.

PEDRO.

Estad seguro de que mientras no oigáis las campanas, no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeros podrán atestiguar que se esperó hasta el cabal vencimiento del plazo. Marchemos.

ISABEL, *aparte.*

(¡Morada de mi pasado bien, adiós para siempre!)

(*Vanse todos, menos Don Martín.*)

ESCENA IV.

DON MARTÍN.

Con pena, con celos veo yo á Isabel dirigirse al altar. Hubo un tiempo en que la tuve por hija: hoy me quitan su filial cariño, y ella consiente. Pero ¿qué falta hace al mísero cadáver de mi hijo la constancia de la que él amó? ¡Si su sombra necesita lágrimas, bien se puede satisfacer con las mías!

ESCENA V.

ADEL, DON MARTÍN.

ADEL.

Cristiano, busco á Martín Marsilla, que está aquí, según se me dice. ¿Eres tú?

MARTÍN.

Yo soy.

ADEL.

¿Qué sabes de tu hijo?

MARTÍN.

¡Moro!... su muerte.

ADEL.

Esa noticia... ¿quién la ha traído?

MARTÍN.

Un joven forastero.

ADEL.

¿En dónde para?

MARTÍN.

Apenas se detuvo en Teruel: yo no pude verle.

ADEL.

¿Qué ha pasado con Jaime Celladas?

MARTÍN.

Le han herido gravemente al llegar á la villa: en su lecho yace todavía sin voz ni conocimiento.

ADEL.

¿Luego tú nada sabes?

MARTÍN.

¿Qué vas á decirme?

ADEL.

Acabo de averiguar que disfrazada con traje de hombre, ha entrado en Teruel Zulima, la esposa del Amir de Valencia.

MARTÍN.

¿La que fué causa de la pérdida de mi hijo?

ADEL.

Él la desdeñó, y ella se ha vengado mintiendo.

MARTÍN.

¿Mintiendo?

ADEL.

¡Anciano! Bendice al Señor: aún eres padre.

MARTÍN.

¡Dios poderoso!

ADEL.

Tu hijo libró de un asesinato pérfido al Amir de Valencia, y el Amir le ha colmado de riquezas y honores. Herido en un combate no se le permitió caminar hasta reponerse. Jaime venía delante para anunciar su vuelta. Sígueme, y no pararé hasta poner á Marsilla en tus brazos. (*Vase.*)

MARTÍN, *alzando las manos al cielo, arrebatado de júbilo.*

¡Señor! ¡Señor!

ESCENA VI.

MARGARITA, DON MARTÍN.

MARGARITA, *dentro.*

¡Isabel! ¡Isabel! (*Sale y repara en Don Martín, que se retiraba con Adel.*) Don Martín...

MARTÍN, *deteniéndose.*

Margarita, sabedlo...

MARGARITA.

Sabedlo el primero. Jaime Celladas...

MARTÍN.

Ese moro que veis...

MARGARITA.

Ha vuelto en sí.

MARTÍN.

Viene de Valencia.

MARGARITA.

Jaime también.

MARTÍN.

Vive mi hijo.

MARGARITA.

Lo ha dicho Jaime. Corred, impedid ese casamiento.

(*Oyese el toque de vísperas.*)

MARTÍN.

¡Ah! ya es tarde.

MARGARITA.

¡Dios ha rechazado mi sacrificio!

MARTÍN.

¡Hijo infeliz!

MARGARITA.

¡Hija de mis entrañas! (*Vase.*)

ESCENA VII.

Bosque inmediato á Teruel.

MARSILLA, *atado á un árbol.*

Infames bandoleros,
Que me habéis á traición acometido,
Venid y ensangrentad vuestros aceros:
La muerte ya por compasión os pido.
Nadie llega, de nadie soy oído:
Vuelve el eco mis voces, y parece
Que goza en mi dolor y me escarnece.
Me adelanté á la escolta que traía:
Su lento caminar me consumía.
Yo vengo con amor, ellos con oro.
Enemigos villanos,
Los ricos dones del monarca moro
No como yo darán en vuestras manos:

Tienen quien los defienda.
Pero las horas pasan, huye el día.
¿Qué vas á imaginar, Isabel mía?
¿Qué pensarás, idolatrada prenda,
Si esperando abrazar al triste Diego,
Corrido el plazo ves y yo no llego?
Mas por Jaime avisados
En mi casa estarán: pronto, azorados
Con mi tardanza... Sí, ya se aproxima
Gente. ¿Quién es?

ESCENA VIII.

ZULIMA, en traje de hombre.—MARSILLA.

ZULIMA.

Yo soy.

MARSILLA.

¡Cielos! ¡Zulima!
¡Tú aquí! (*Aparte.* ¡Presagio horrendo!)

ZULIMA.

Vecinos de Teruel vienen corriendo
Á quienes más que á mí toca librarte:
Yo sólo en esta parte
Me debo detener mientras te digo
Que Isabel es mujer de Don Rodrigo.

MARSILLA.

¡Gran Dios! Mas no: me engañas, impostora.

ZULIMA.

Zaén, que llega de Teruel ahora,
Zaén ha visto dar aquella mano
Tan ansiada por tí.

MARSILLA.

Finges en vano.
Tú ignoras que mi próxima llegada
Previno un mensajero.

ZULIMA.

Tú no sabes
Que un tirador certero
Supo dejar tu previsión burlada,
Saliéndole al camino al mensajero.
Yo hablé con Isabel; yo de tu muerte
La noticia le dí, y á los bandidos
Encargué que tu viaje detuvieran.
Yo, celebradas de Isabel las bodas,
Te las vengo á anunciar.

MARSILLA.

¿Con que es ya tarde?

ZULIMA.

Mírame bien, y dúdalo si puedes.
Inútiles mercedes
El Rey te prodigó: más he podido
Prófuga yo que mi real marido.
Yo mi amor te ofrecí, bienes y honores,
Y te inmolé mi fe y el sér que tengo;

Tú preferiste ingrato mis rencores:
Me ofendiste cruel, cruel me vengo.
Adiós: en mi partida
Te dejo por ahora con la vida,
Mientras padeces en el duro potro
De ver á tu Isabel en brazos de otro. (*Vase.*)

ESCENA IX.

MARSILLA.

Monstruo, por cuya voz ruge el abismo,
Vuelve y dí que es engaño
Todo lo que te oí. (*Forcejea para desatarse.*)
Lazos crueles,
¿Cómo me resistís? ¡Ligan cordeles
Al que hierros quebró! ¿No soy el mismo?
¡Ah! no. Mujer fatal, cortos instantes
Me quedan que vivir, si no has mentido;
¡Pero permita Dios que mueras antes!

ESCENA X.

ADEL, pasando por una altura.—MARSILLA.

ADEL.

Rumor aquí he sentido.
Atraviesan el valle bandoleros
Con Zulima á caballo.
Yo, cueste lo que cueste,
La tengo de prender: voy á ver si hallo
Cerca mis compañeros.

MARSILLA.

¿Quién va?

ADEL.

Marsilla es éste.

(*A voces.*)

¡Aquí! ¡Por este lado, caballeros! (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON MARTÍN, CABALLEROS, CRIADOS.—MARSILLA.

MARTÍN, *dentro.*

Él es.

MARSILLA.

¡Mi padre!

VOCES, *dentro.*

Él es.

MARSILLA.

¡Padre!

MARTÍN, *dentro.*

¡Hijo mío!
Subid, corred, volad: libradle pronto.

Salen caballeros y criados.

MARSILLA.

Desatadme, decidme... (*Desatan á Marsilla.*)

MARTÍN, *saliendo.*

¡Hijo querido!

MARSILLA.

¡Padre!

MARTÍN.

Por fin te hallé.

MARSILLA.

Decid... ¿Es tarde?
Yo quisiera dudar... Mi mal ¿es cierto?

MARTÍN.

Respóndante las lágrimas que vierto.
Hijo del alma, á quien su hierro ardiente
La desgracia al nacer marcó en la frente,
Tu triste padre, que por verte vive,
Con dolor en sus brazos te recibe.
¿Quién tu llegada ha retardado?

MARSILLA.

El cielo...
El infierno... No sé... Facinerosos...
Una mujer... Dejadme.

MARTÍN.

¿La Sultana?
¿Esos bandidos que cobardes huyen
De los guerreros que conmigo traje?
¿Te han herido?

MARSILLA.

¡Ojalá!

MARTÍN.

¿Te han despojado?

MARSILLA.

Nada he perdido. La esperanza solo.

MARTÍN.

¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido
De la campana término ponía...

MARSILLA.

¡Esa tigre anunció la muerte mía!

MARTÍN.

¿Lo sabes?

MARSILLA.

De ella.

MARTÍN.

¡Horror! Entonces era
Cuando Jaime, el sentido recobrando,
La traidora noticia desmentía.
Corro al templo á saber... Miro, enmudezco...
¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste...
Dios lo ha querido así... Pero aún te quedan
Padres que lloren tu destino triste.

MARSILLA.

El ajeno dolor no quita el mío.
¿Con qué llenáis el hórrido vacío
Que el alma siente, de su bien privada?
¡Padre! sin Isabel, para Marsilla
No hay en el mundo nada.
Por eso en mi doliente desvarío

Sed bárbara de sangre me devora.
Verterla á ríos para hartarme quiero,
Y cuando más que derramar no tenga,
La de mis venas soltará mi acero.

MARTÍN.

Hijo, modera ese furor.

MARSILLA.

¿Quién osa
Hijo llamarme ya? ¡Fuera ese nombre!
La desventura quiebra
Los vínculos del hombre con el hombre
Y con la vida y la virtud. Ahora,
Que tiemble mi rival, tiemble la mora.
Breve será su victorioso alarde:
Para acabar con ambos aún no es tarde.

MARTÍN.

¡Desgraciado! ¿qué intentas?

MARSILLA.

Con el crimen
El crimen castigar. Una serpiente
Se me enreda en los pies: mi pie destroce
Su garganta infernal. Un enemigo
Me aparta de Isabel: desaparezca.

MARTÍN.

Hijo...

MARSILLA.

Perecerá.

MARTÍN.

No...

MARSILLA.

¡Maldecido
Mi nombre sea, si la sangre odiosa
De mi rival no vierto!

MARTÍN.

Es poderoso...

MARSILLA.

Marsilla soy.

MARTÍN.

Mil deudos le acompañan...

MARSILLA.

Mi furia á mí.

MARTÍN.

Merézcate respeto
Ese lazo...

MARSILLA.

Es sacrílego, es aleve.

MARTÍN.

En presencia de Dios formado ha sido.

MARSILLA.

Con mi presencia queda destruído.

ACTO CUARTO.

Habitación de Isabel en la casa de Don Rodrigo. Dos puertas á la izquierda del espectador, una en el fondo, y una ventana sin reja á la derecha.

ESCENA I.

DON PEDRO, DON MARTÍN.

PEDRO.

Ya cesó la vocería.

MARTÍN.

Ya se tranquiliza el pueblo.
Zaén en la cárcel queda
Con los demás bandoleros.

PEDRO.

Milagro ha sido salvarlos
Mayor que lo fué prenderlos.

MARTÍN.

Y no los prenden quizá,
Si no acuden tan á tiempo
Los moros que de Valencia

Con los regalos vinieron
De su Rey para mi hijo.
¡Regalos ya sin provecho!
¡Castigue Dios á quien tiene
La culpa!

PEDRO.

¡Oh! lo hará. Primero
Que vayamos esta noche
Los dos al Ayuntamiento,
Donde ya deben hallarse
Juntos el juez y mi yerno,
¿Tendréis, Don Martín, á bien
Que los dos conferenciemos
Un rato?

MARTÍN.

Hablad.

PEDRO.

Aqui está
Zulima.

MARTÍN.

Bien me dijeron
Los moros.

PEDRO.

En esta calle
Arremetió con los presos
Un tropel de gente; y ella,
Puesta en libertad en medio
Del tumulto, se arrojó
Por estas puertas adentro.

MARTÍN.

Confesad que Don Rodrigo
La salvó.

PEDRO.

No lo confieso...
Porque no lo ví.

MARTÍN.

Yo, en suma,
No diré que fué mal hecho:
Él debe á la mora estar
Agradecido en extremo.
Por ella logra la mano
De Isabel.

PEDRO.

Resentimiento
Justo mostráis; pero yo,
Que he sido enemigo vuestro,
Necesito de vos hoy.

MARTÍN.

Aquí me tenéis, Don Pedro.

PEDRO.

Sois quien sois. Esa mujer
Nos pone en terrible aprieto.
Ya veis, los moros reclaman
Su entrega con mucho empeño.

MARTÍN.

Y mientras el juez resuelve,

Cercada se ve por ellos
Esta casa.

PEDRO.

Y bien, ¿quisiérais
Que entre vos y yo, de un riesgo
Libráramos á Teruel?

MARTÍN.

Crimen fuera no quererlo.

PEDRO.

Si en la junta de la villa
Negamos, como debemos,
La entrega de la Sultana,
Va á ser enemigo nuestro
El Rey de Valencia, y puede
Gravísimo daño hacernos.

MARTÍN.

Y el que recibimos ambos
De su mujer, ¿es pequeño?

PEDRO.

Pero es mujer, y nosotros
Cristianos y caballeros.

MARTÍN.

Proseguid.

PEDRO.

El compromiso

Queda evitado, si hacemos
Que huya en el instante.

MARTÍN.

Hagámoslo.
Págueme Dios el esfuerzo
Que me cuesta no vengarme.
Disponed.

PEDRO.

Con un pretexto
Llevad los moros de aquí.
De vos harán caso.

MARTÍN.

Creo
Que sí.

PEDRO.

Lo demás es fácil.
Puesta ya en salvo, diremos
Que ella huyó por sí.

MARTÍN.

Voy, pues,
Y ya que la mano tiendo
Al uno de los autores
De mi desventura, quiero
Dársela también al otro.
Decid al dichoso dueño
De esta casa y de Isabel,
Que mire en estos momentos
Por su vida; que mi hijo

Va, loco de sentimiento
Y de furor, en su busca
Por Teruel; y ¡vive el cielo
Que, doliente como está,
Valor le sobra al mancebo
Para vengar!... Perdonadme.
Adiós. Voy á complaceros,
Y á buscarle y conducirle
Esta noche misma lejos
De unos lugares en donde
Vivimos los dos muriendo.

(*Vase por la puerta de la izquierda más cercana al proscenio.*)

PEDRO.

Id con Dios. ¡Padre infeliz!
¿Y nosotros? Me estremezco
Al pensar en Isabel,
Cuando de todo el suceso
Llegue á enterarse.

ESCENA II.

TERESA, DON PEDRO.

TERESA, *dentro.*

¡Favor!
¡Que me vienen persiguiendo! (*Sale.*)

PEDRO.

¡Teresa! ¿Qué hay? ¿Quién te sigue?

TERESA.

Las ánimas del infierno...
Las del purgatorio... No
Sé cuáles; pero las veo,
Las oigo...

PEDRO.

Mas ¿qué sucede?

TERESA.

¡Ay! Muerta de susto vengo.
¡Ay! Isabel me ha enviado
Por mi señora corriendo,
Que volvió, no sé por qué,
Á la casa del enfermo;
Y antes de llegar, he visto
En un callejón estrecho,
Junto á la ermita caída...
¡Jesús! convulsa me vuelvo
Á casa.

PEDRO.

¿Qué viste? Dí.

TERESA.

Una fantasma, un espectro
Todo parecido, todo,
Al pobrecito Don Diego.

PEDRO.

Calla: no te oiga Isabel.
Guarda con ella silencio.

Marsilla ha venido, y ella
No lo sabe.

TERESA.

Pero ¿es cierto
Que vive?

PEDRO.

¿No ha de ser?

TERESA.

¡Ay!
Pues otra desgracia temo.

PEDRO.

¿Cuál?

TERESA.

No lo aseguraré,
Por si es aprensión del miedo;
Sin embargo, yo creí
Ver que se llevaba el muerto
Asido del brazo al novio.

PEDRO.

¿Qué dices?

TERESA.

Aún traigo el eco
De su voz en los oidos.
Con alarido tremendo
Decía:—Vas á morir,
Has de morir.—Lo veremos,—
Replicaba Don Rodrigo;

Y echando votos y retos,
Iban los dos como rayos
Camino del cementerio.
Yo, señor, ya les recé
La salve y el padre nuestro
En latín.

PEDRO.

Se han encontrado
Y van á tener un duelo.
Esto es antes.

ESCENA III.

ISABEL, por la segunda puerta del lado izquierdo; DON PEDRO, TERESA.

ISABEL.

¡Padre!

PEDRO.

Aguárdame
Aquí: pronto volveremos
Tu madre, tu esposo y yo.
Venid, Teresa. (*Vanse los dos.*)

ISABEL.

¿Qué es esto?
¡Mi padre me deja sola,
Cuando con tanto secreto
Un moro me quiere hablar!

Sin duda están sucediendo
Cosas extrañas aquí.

(*Acércase á la segunda puerta.*)

Llegad. Al mirarle, tiemblo.

ESCENA IV.

ADEL, ISABEL.

ADEL.

Cristiana, brillante honor
De las damas de tu ley,
Yo imploro, en nombre del Rey
De Valencia, tu favor.

ISABEL.

¿Mi favor?

ADEL.

Tendrás noticia
De que salió de su corte
Zulima, su infiel consorte,
Huyendo de su justicia.

ISABEL.

Sí.

ADEL.

Mi señor decretó
Con rectitud musulmana
Castigar á la Sultana,
Ya que á Marsilla premió.

ISABEL.

¡Premiar!... ¿Ignoras, cruel,
Que le dió muerte sañuda?

ADEL.

Tú no le has visto, sin duda,
Entrar como yo en Teruel.

ISABEL.

¿Marsilla en Teruel?

ADEL.

Sí.

ISABEL.

Mira
Si te engañas.

ADEL.

Mal pudiera.
Infórmate de cualquiera,
Y mátenme si es mentira.

ISABEL.

No es posible. ¡Ah! ¡sí! que siendo
Mal, no es imposible nada.

ADEL.

Por la villa alborotada
Tu nombre va repitiendo.

ISABEL.

¡Eterno Dios! ¡Qué infelices

Nacimos! ¿Cuándo ha llegado?
¿Cómo es que me lo han callado?
Y tú, ¿por qué me lo dices?

ADEL.

Porque estás, á mi entender,
En grave riesgo quizá.

ISABEL.

Perdido Marsilla, ya
¿Qué bien tengo que perder?

ADEL.

Con viva lástima escucho
Tus ansias de amor extremas;
Pero aunque tú nada temas,
Yo debo decirte mucho.
Marsilla á mi Rey salvó
De unos conjurados moros,
Y el Rey vertió sus tesoros
En él, y aquí le envió.
Él despreció la liviana
Inclinación de la infiel...

ISABEL.

¡Oh! ¡Sí!

ADEL.

Y airada con él,
Vino, y se vengó villana
Contando su falso fin.

ISABEL.

¡Ella!

ADEL.

Con una gavilla
De bandidos, á Marsilla
Detuvo, ya en el confín
De Teruel, donde veloces
Corriendo en tropel armado,
Le hallamos á un tronco atado,
Socorro pidiendo á voces.

ISABEL.

Calla, moro: no más.

ADEL.

Pasa
Más, y es bien que te aperciba.
La Sultana fugitiva
Se ha refugiado en tu casa:
En ésta.

ISABEL.

¡Aquí mi rival!

ADEL.

Tu esposo la libertó.

ISABEL.

¡Ella donde habito yo!

ADEL.

Guárdate de su puñal.

Por celos allá en Valencia
Matar á Marsilla quiso.

ISABEL.

Á tiempo llega el aviso.

ADEL.

Confirma tú la sentencia
Que justo lanzó el Amir.
Por esa mujer malvada,
Para siempre separada
De Marsilla has de vivir.
Ella te arrastra al odioso
Tálamo de Don Rodrigo.
Envíala tú conmigo
Al que le apresta su esposo,
Pena digna del ultraje
Que siente.

ISABEL.

Sí, moro: salga
Pronto de aquí, no le valga
El fuero del hospedaje.
Como perseguida fiera
Entró en mi casa: pues bien,
Al cazador se la den,
Que la mate donde quiera.
Mostrarse de pecho blando
Con ella, fuera rayar
En loca: voy á mandar
Que la traigan arrastrando.
Sean de mi furia jueces

Cuantas pierdan lo que pierdo.
¡Jesús! Cuando yo recuerdo
Que hoy pude... ¡Jesús mil veces!
No le ha de valer el llanto,
Ni el ser mujer, ni ser bella,
Ni Reina. ¡Si soy por ella
Tan infeliz! ¡Tanto, tanto!...
Dime, pues, dí: tu señor,
¿Qué suplicio le impondrá?

ADEL.

Una hoguera acabará
Con su delincuente amor.

ISABEL.

¡Su amor! ¡Amor desastrado!
Pero es amor...

ADEL.

Y ¿es bastante
Esa razón?...

ISABEL.

¡Es mi amante
Tan digno de ser amado!
Le vió, le debió querer
En viéndole. ¡Y yo, que hacía
Tanto que no le veía...
Y ya no le puedo ver!
Moro, la víctima niego
Que me vienes á pedir:
Quiero yo darle á sufrir
Castigo mayor que el fuego.

Ella con feroz encono
Mi corazón desgarró...
Me asesina el alma... yo
La defiendo, la perdono. (*Vase.*)

ESCENA V.

ADEL.

He perdido la ocasión.
Suele tener esta gente
Acciones, que de un creyente
Propias en justicia son.
Yo dejara con placer
Este empeño abandonado;
Pero el Amir lo ha mandado,
Y es forzoso obedecer. (*Vase.*)

ESCENA VI.

MARSILLA, por la ventana.

Jardín... una ventana... y ella luego.
Jardín abierto hallé y hallé ventana;
¿Mas dónde está Isabel? Dios de clemencia,
Detened mi razón, que se me escapa;
Detenedme la vida, que parece
Que de luchar con el dolor se cansa.
Siete días hace hoy, ¡qué venturoso
Era en aquel salón! ¡Sangre manaba
De mi herida, es verdad! Pero agolpados
Alrededor de mi lujosa cama,
La tierna historia de mi amor oían

Los guerreros, el pueblo y el monarca,
Y entre piadoso llanto y bendiciones,
—Tuya será Isabel,—juntos clamaban
Súbditos y Señor. Hoy no me ofende
Mi herida, rayos en mi diestra lanza
El damasquino acero... No le traigo...
¡Y hace un momento que con dos me hallaba!
Salvo en Teruel y vencedor, ¿qué angustia
Viene á ser ésta que me rinde el alma,
Cuando acabada la cruel ausencia,
Voy á ver á Isabel?

ESCENA VII.

ISABEL, MARSILLA.

ISABEL.

Por fin se encarga
Mi madre de Zulima.

MARSILLA.

¡Cielo santo!

ISABEL.

¡Gran Dios!

MARSILLA.

¿No es ella?

ISABEL.

¡Él es!

MARSILLA.

¡Prenda adorada!

ISABEL.

¡Marsilla!

MARSILLA.

¡Gloria mía!

ISABEL.

¿Cómo, ¡ay! cómo
Te atreves á poner aquí la planta?
Si te han visto llegar... ¿Á qué has venido?

MARSILLA.

Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no basta,
Para que hacia Isabel vuele Marsilla,
Querer, deber, necesitar mirarla?
¡Oh! ¡qué hermosa á mis ojos te presentas!
Nunca te ví tan bella, tan galana...
Y un pesar, sin embargo, indefinible
Me inspiran esas joyas, esas galas.
Arrójalas, mi bien; lana modesta,
Cándida flor, en mi jardín criada,
Vuelvan á ser tu virginal adorno:
Mi amor se asusta de riqueza tanta.

ISABEL, *aparte.*

(¡Delira el infeliz! Sufrir no puedo
Su dolorida, atónita mirada.)
¿No entiendes lo que indica el atavío,
Que no puedes mirar sin repugnancia?
Nuestra separación.

MARSILLA.

¡Poder del cielo!

Sí. ¡Funesta verdad!

ISABEL.

¡Estoy casada!

MARSILLA.

Ya lo sé. Llegué tarde. Ví la dicha,
Tendí las manos, y voló al tocarla.

ISABEL.

Me engañaron: tu muerte supusieron
Y tu infidelidad.

MARSILLA.

¡Horrible infamia!

ISABEL.

Yo la muerte creí.

MARSILLA.

Si tú vivías,
Y tu vida y la mía son entrambas
Una sola no más, la que me alienta,
¿Cómo de tí sin tí se separara?
Juntos aquí nos desterró la mano
Que gozo y pena distribuye sabia:
Juntos al fin de la mortal carrera
Nos toca ver la celestial morada.

ISABEL.

¡Oh! ¡Si me oyera Dios!...

MARSILLA.

Isabel, mira,

Yo no vengo á dar quejas: fueran vanas.
Yo no vengo á decirte que debiera
Prometerme de tí mayor constancia,
Cumplimiento mejor del tierno voto
Que invocando á la Madre inmaculada,
Me hiciste amante la postrera noche
Que me apartó de tu balcón el alba.
—Para tí (sollozando me decías),
¡Ó si no, para Dios!—¡Dulce palabra,
Consoladora fiel de mis pesares
En los ardientes páramos del Asia
Y en mi cautividad! Hoy ni eres mía,
Ni esposa del Señor. Dí, pues, declara
(Esto quiero saber) de qué ha nacido
El prodigio infeliz de tu mudanza.
Causa debe tener.

ISABEL.

La tiene.

MARSILLA.

Grande.

ISABEL.

Poderosa, invencible: no se casa
Quien amaba cual yo, sino cediendo
Á la fuerza mayor en fuerza humana.

MARSILLA.

Dímelo pronto, pues, dilo.

ISABEL.

Imposible.

No has de saberlo.

MARSILLA.

Sí.

ISABEL.

No.

MARSILLA.

Todo.

ISABEL.

Nada.
Pero tú en mi lugar también el cuello
Dócil á la coyunda sujetaras.

MARSILLA.

Yo no, Isabel, yo no. Marsilla supo
Despreciar una mano soberana
Y la muerte arrostrar, por quien ahora
La suya vende y el por qué le calla.

ISABEL, *aparte.*

(¡Madre, madre!)

MARSILLA.

Responde.

ISABEL, *aparte.*

(¿Qué le digo?)
Tendré que confesar... que soy culpada.
¿Cómo no lo he de ser? Me ves ajena.
Perdóname... Castígame por falsa (*Llora*);

Mátame, si es tu gusto... Aquí me tienes,
Para el golpe mortal arrodillada.

MARSILLA.

Idolo mío, no; yo sí que debo
Poner mis labios en tus huellas. Alza.
No es de arrepentimiento el lloro triste
Que esos luceros fúlgidos empaña:
Ese llanto es de amor, yo lo conozco;
De amor constante, sin doblez, sin tacha,
Ferviente, abrasador, igual al mío.
¿No es verdad, Isabel? Dímelo franca:
Va mi vida en oírtelo.

ISABEL.

¿Prometes
Obedecer á tu Isabel?

MARSILLA.

¡Ingrata!
¿Cuándo me rebelé contra tu gusto?
Mi voluntad, ¿no es tuya? Dispón, habla.

ISABEL.

Júralo.

MARSILLA.

Sí.

ISABEL.

Pues bien... Yo te amo. Vete.

MARSILLA.

¡Cruel! ¿Temiste que ventura tanta
Me matase á tus pies, si su dulzura

Con venenosa hiel no iba mezclada?
¿Cómo esas dos ideas enemigas
De destierro y de amor hiciste hermanas?

ISABEL.

Ya lo ves, no soy mía; soy de un hombre
Que me hace de su honor depositaria,
Y debo serle fiel. Nuestros amores
Mantuvo la virtud libres de mancha:
Su pureza de armiño conservemos.
Aquí hay espinas, en el cielo palmas.
Tuyo es mi amor y lo será: tu imagen
Siempre en el pecho llevaré grabada,
Y allí la adoraré: yo lo prometo,
Yo lo juro; mas huye sin tardanza.
Libértame de tí, sé generoso:
Libértame de mí...

MARSILLA.

No sigas, basta.
¿Quieres que huya de tí? Pues bien, te dejo.
Valor... y separémonos. En paga,
En recuerdo si no, de tantas penas
Con gozo por tu amor sobrellevadas,
Permite, Isabel mía, que te estrechen
Mis brazos una vez...

ISABEL.

Deja á la esclava
Cumplir con su señor.

MARSILLA.

Será el abrazo

De un hermano dulcísimo á su hermana,
El ósculo será que tantas veces
Cambió feliz en la materna falda
Nuestro amor infantil.

ISABEL.

No lo recuerdes.

MARSILLA.

Ven...

ISABEL.

No: jamás.

MARSILLA.

En vano me rechazas.

ISABEL.

Detente... ó llamo...

MARSILLA.

¿Á quién? ¿Á Don Rodrigo?
No te figures que á tu grito salga.
No lisonjeros plácemes oyendo,
Su vanidad en el estrado sacia,
No: lejos de los muros de la villa,
Muerde la tierra que su sangre baña.

ISABEL.

¡Qué horror! ¿Le has muerto?

MARSILLA.

¡Pérfida! ¡te afliges!
¿Si lo llego á pensar, quién le librara?

ISABEL.

¿Vive?

MARSILLA.

Merced á mi nobleza loca,
Vive: apenas cruzamos las espadas,
Furiosa en él se encarnizó la mía:
Un momento después, hundido estaba
Su orgullo en tierra, en mi poder su acero.
¡Oh! ¡maldita destreza de las armas!
¡Maldito el hombre que virtudes siembra,
Que le rinden cosecha de desgracias!
No más humanidad, crímenes quiero.
Á ser cruel tu crueldad me arrastra,
Y en tí la he de emplear. Conmigo ahora
Vas á salir de aquí.

ISABEL.

¡No, no!

MARSILLA.

Se trata
De salvarte, Isabel. ¿Sabes qué dijo
El cobarde que lloras desolada,
Al caer en la lid?—Triunfante quedas;
Pero mi sangre costará bien cara.

ISABEL.

¿Qué dijo? ¿Qué?

MARSILLA.

—Me vengaré en Don Pedro,

En su esposa, en los tres: guardo las cartas.

ISABEL.

¡Jesús!

MARSILLA.

¿Qué cartas son?...

ISABEL.

¡Tú me has perdido!
La desventura sigue tus pisadas.
¿Dónde mi esposo está? ¡Dímelo pronto,
Para que fiel á socorrerle vaya,
Y á fuerza de rogar venza sus iras!

MARSILLA.

¡Justo Dios! ¡Y decía que me amaba!

ISABEL.

¿Con su pasión funesta reconvienes
Á la mujer del vengativo Azagra?
¡Te aborrezco! (*Vase.*)

ESCENA VIII.

MARSILLA.

¡Gran Dios! Ella lo dice.
Con furor me lo dijo: no me engaña.
Ya no hay amor allí. ¡Mortal veneno
Su boca me arrojó, que al fondo pasa
De mi seno infeliz, y una por una
Rompe, rompe, me rompe las entrañas!

Yo con ella, por ella, para ella
Viví... Sin ella, sin su amor, me falta
Aire que respirar... ¡Era amor suyo
El aire que mi pecho respiraba!
Me le negó, me le quitó: me ahogo,
No sé vivir.

VOCES, *dentro.*

Entrad, cerrad la casa.

ESCENA IX.

ISABEL, trémula y precipitada; MARSILLA.

ISABEL.

Huye, que viene gente, huye.

MARSILLA, *todo trastornado.*

No puedo.

VOCES, *dentro.*

¡Muera, muera!

MARSILLA.

Eso sí.

ISABEL.

Ven.

MARSILLA.

¡Dios me valga!

(*Isabel le ase la mano y se entra con él por la puerta del fondo.*)

ESCENA X.

ADEL, huyendo de varios CABALLEROS con espadas desnudas; DON PEDRO, MARGARITA, CRIADOS.—ISABEL y MARSILLA, dentro.

CABALLEROS.

¡Muera, muera!

PEDRO Y MARGARITA.

Escuchad.

ADEL.

Aragoneses,
Yo la sangre vertí de la Sultana;
Pero el Rey de Valencia, esposo suyo,
Tras ella me envió para matarla.
Consorte criminal, amante impía,
La muerte de Marsilla maquinaba,
La muerte de Isabel...

ISABEL, *dentro.*

¡¡¡Ay!!!

ADEL.

Ved en prueba
Esta punta sutil envenenada.
(*Muestra el puñal de Zulima.*)
Marsilla lo que digo corrobore.
Cerca de aquí ha de estar.

(*Ábrese la puerta del fondo y sale por ella Isabel, que se arroja en brazos de Margarita. Marsilla aparece caído en un escaño.*)

ESCENA XI.

ISABEL, DICHOS.

ISABEL.

¡Madre del alma!

ADEL.

Vedle allí...

MARGARITA.

¡Santo Dios!

PEDRO.

Inmóvil...

ISABEL.

¡Muerto!

ADEL.

Cumplió Zulima su feroz venganza.

ISABEL.

No le mató la vengativa mora.
¿Donde estuviera yo, quién le tocara?
Mi desgraciado amor, que fué su vida...
Su desgraciado amor es quien le mata.
Delirante le dije:—Te aborrezco;—
Él creyó la sacrílega palabra,
Y espiró de dolor.

MARGARITA.

Por todo el cielo...

ISABEL.

El cielo que en la vida nos aparta,
Nos unirá en la tumba.

PEDRO.

¡Hija!

ISABEL.

Marsilla
Un lugar á su lado me señala.

MARGARITA.

¡Isabel!

PEDRO.

¡Isabel!

ISABEL.

Mi bien, perdona
Mi despecho fatal. Yo te adoraba.
Tuya fuí, tuya soy: en pos del tuyo
Mi enamorado espíritu se lanza.

(*Dirígese á donde está el cadáver de Marsilla; pero antes de llegar, cae sin aliento con los brazos tendidos hacia su amante.*)

DOÑA MENCÍA

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO

Estrenado en el teatro del Príncipe á 9 de noviembre de 1838

PERSONAS.

Doña Mencía.
Doña Inés.
Don Gonzalo.
Don Gutierre.
Chacón.
Salomé.

Seis damas, una tornera de un convento, religiosas, un comisario de la Inquisición, alguaciles de la Inquisición, una criada, criados.

La escena es en Madrid: el primer acto en un jardín y el segundo en una sala de casa de Doña Mencía; el último en un convento.

La acción pasa á principios del siglo XVII.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardín. Por la derecha del actor se va á una puerta que da á la calle; por la izquierda, á la que comunica con la casa. Un cenador en el fondo, y dos mesas de piedra en el proscenio, una á cada lado. Es de noche.

ESCENA I.

DOÑA MENCÍA, DON GUTIERRE, CHACÓN.

(*Salen los tres por la izquierda: Doña Mencía en traje como de beata, y Don Gutierre con el escudo de la Inquisición.*)

MENCÍA.

¿Es aquí la cita?

CHACÓN.

Aquí.

MENCÍA.

¡Gentil enredo averiguo!
Y un criado tan antiguo
Como tú, ¡me vende así!

CHACÓN.

Yo nunca traiciones hago.
Cuando de Madrid partió

Vuesarced, ¿á quién dejó
Por ama?

MENCÍA.

Aquí y en Santiago
Yo era siempre la señora,
Y en tí mi hermana debía...

CHACÓN.

¡Haber tenido un espía
De sus pasos! En buen hora,
Si se me hubiese mandado.
Mandóseme obedecer:
¿Qué me tocaba?

GUTIERRE.

Oir y ver...

CHACÓN.

Y callar, como he callado.

GUTIERRE.

Y denunciarnos el nombre
Y señas...

CHACÓN.

¿Sé yo escribir
Acaso?

GUTIERRE.

Y no recibir
Dinero de ese buen hombre.

CHACÓN.

¡Yo!

GUTIERRE.

Vaya, hermano Chacón,
No me lo quiera negar:
Sabe que soy familiar
De la santa Inquisición.
Adelante, pues, confiesa
La culpa de fautoría.

CHACÓN.

Ya dije cuanto sabía.

GUTIERRE.

Mala escapatoria es esa.

MENCÍA.

Vamos, declara...

CHACÓN.

Sin fruto
Me atosigan usarcedes;
Que á no mentir...

GUTIERRE.

No te quedes
Confidente diminuto.

MENCÍA.

Ese galán, dí, ¿quién es?

GUTIERRE.

Trata de espontanearte.

CHACÓN.

Es un hombre de buen arte
Que pretende á Doña Inés,
Y se llama Don Gonzalo.
¿No lo he dicho ya? ¡Qué afán!

MENCÍA.

Prosigue... ó pierdes mi pan.

GUTIERRE.

Prosigue... y te haré un regalo.

CHACÓN.

No me trastornen el juicio.

GUTIERRE.

Canta por bien...

CHACÓN.

Don Gutierre,
Si sé más, que se me encierre
Mañana en el santo oficio.

MENCÍA.

¿Y hay en ese galanteo
Cada día su papel
De él á ella?

CHACÓN.

Y de ella á él.

GUTIERRE.

Y Chacón es el correo.

MENCÍA.

¿Es cierto que no ha tenido
Nunca del jardín la llave
Don Gonzalo, y que no sabe
Mi casa ni mi apellido?

CHACÓN.

Primera vez que trasnocha
Es ésta: no se han hablado
Sino en el Parque, en el Prado...
En el Soto... y en Atocha.

GUTIERRE.

Mira...

CHACÓN.

Usarcedes recelan
Sin causa de mí.

MENCÍA.

Veremos.

GUTIERRE.

Por ahora le daremos
Absolución *ad cautelam*,
Si fiel y debidamente
Nos sirve.

CHACÓN.

Gallego soy.

MENCÍA.

Ve por ese galán.

CHACÓN.

Voy,
Que ya le tendré impaciente.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA II.

DOÑA MENCÍA, DON GUTIERRE.

MENCÍA.

¡Amoríos en mi casa,
Templo de la honestidad!

GUTIERRE.

Ahora determinad,
Ya que os dije cuanto pasa.
De vuestra hermana y de vos
He tenido la tutela,
Y os puede servir de escuela
Mi conducta con las dos.
La templanza en caso igual
Hace...

MENCÍA.

Pecáis de indulgente.

GUTIERRE.

Aprende uno á ser clemente

De aquel santo tribunal.
Yo, cuando la fe se salva,
Disculpo cualquier error,
¡Ay! y para los de amor
Fuí siempre como una malva.

MENCÍA.

Yo más rígida seré.

GUTIERRE.

Vos sois joven todavía:
No digáis, Doña Mencía,
«De este agua no beberé.»

MENCÍA.

Quien los veinticinco cuenta
Sin que al amor se sujete...

GUTIERRE.

Puede amar de veintisiete,
Y aun pudiera de cuarenta.

MENCÍA.

Vos sabéis que amar no debo,
Y me conocéis á fondo.

GUTIERRE.

Pues yo de mí no respondo,
Y no soy ningún mancebo.

MENCÍA.

Pronto mi pecho vestido

Veréis de un hábito ya,
Y él mi defensa será
Contra el arco de Cupido.
¿Habrá quien mi gusto tilde
Que en lo mejor se ha cifrado?

GUTIERRE.

Toda ambición es pecado:
Debiérais ser más humilde.

MENCÍA.

Si presumo, es de constante.

GUTIERRE.

Quisiera, por esos fieros,
Bien enamorada veros,
Siendo á mi gusto el amante.

MENCÍA.

Desde niña vocación
Tuve yo de religiosa...
Vos...

GUTIERRE.

Hízomela dudosa
Lo verde de la razón.
Es al mundano Babel
Santo y bueno renunciar;
Mas antes conviene entrar
Y ver lo que pasa en él;
Que si luego con fervor
Pide una doncella el velo,
Elegida está en el cielo

Para esposa del Señor.
Vuestro carácter adusto,
Que yo no supe regir,
Os hizo en casa vivir
Cautiva de vuestro gusto;
Y acosábame la idea
De que pudieran un día
Pesaros en demasía
El hábito y la correa,
Y que diríais quizá:
«Yo jamás el mundo ví,
Yo no sé lo que hay allí,
Pero me consumo acá;
Y en tentación horrorosa,
El ánimo vacilante,
Me recuerda cada instante
Que fuí rica y soy hermosa.»
Por eso fué empeño mío
(Y fué empeño de prudencia)
Negaros siempre licencia
Para el ansiado monjío.
Ya que estáis en libertad,
Cumplid vuestro anhelo santo;
Mas no exijáis otro tanto
De Inés en su corta edad.
Es niña, y en esto fundo
De su yerro la disculpa,
Que á los diez y seis no es culpa
Tener afición al mundo;
Y su mísera orfandad
Y el feo doble borrón
Que mancha su frente, son

Harto dignos de piedad.
Yo, en ese galante trato,
Por más que en su examen entro,
Ni aun leve sospecha encuentro
De herejía de recato.
Voto que una monición
Hagáis á Inés, y solemne;
Pero ha de quedarle indemne
Toda vuestra protección.

MENCÍA.

Y bien que yo compadezca
De Inés el amor fatal,
¿No debo cortar el mal
Sin dar lugar á que crezca?
¿Es mi hermana por ventura
Libre de elegir estado,
Cuando su destino airado
La condena á la clausura?
Vos mismo, ¿no convenís
En que ésta la noche sea
Que por vez última vea
Inés á su Belianís;
Y que antes que la pasión
Aumente dificultades,
Del siglo las vanidades
Inmole á la religión?
Pues si en mí no hay más rigores
Para Inés que los que en ella
Vierte su enemiga estrella,
¿De qué son vuestros temores?
¿Sentís que sus ojos bellos

Se humedezcan si la riño,
Ó teméis que yo el cariño
La saque por los cabellos?

GUTIERRE.

Severo es quien nunca erró.

MENCÍA.

¿Es reprensión ó lisonja?

GUTIERRE.

Es verdad.

MENCÍA.

Yo he de ser monja:
No es Inés mejor que yo.

GUTIERRE.

Eso hace que os aconseje
Olvidar por un momento
Su bastardo nacimiento,
Y que fué su madre hereje.

MENCÍA.

Ya vienen aquí por fin
(*Mirando á la izquierda.*)
Dama y dueña. Las oiré.

GUTIERRE.

Yo tengo llave: saldré
Por la puerta del jardín.

(*Don Gutierre se va por la derecha; Doña Mencía se retira al cenador.*)

ESCENA III.

DOÑA INÉS, ataviada con esmero; SALOMÉ.

INÉS.

Salomé, pisa más quedo.

SALOMÉ.

¡Ánimas del purgatorio!
Si está de aquí el dormitorio
De la señora...

INÉS.

No puedo
Desechar mi sobresalto.
Temo... siento haber venido,

SALOMÉ.

Entonces...

INÉS.

Este vestido,
¿No tiene el talle muy alto?

SALOMÉ.

¿Á estas horas reparáis
En el talle?

INÉS.

Ya se ve.
¿Cómo le pareceré?

SALOMÉ.

Bien pronto á saberlo vais.

INÉS.

Pero ¿hay desventura tal?
La única vez de mi vida
Que me he visto bien prendida,
¡Enredarme en un rosal
La cabeza! ¿Se conoce?...

SALOMÉ.

No, que estáis hecha un lucero.

INÉS.

Salomé... ¡Cuánto te quiero!
¿Verdad que hoy hasta las doce
Nos detendremos?

SALOMÉ.

Es mucho.

INÉS.

Media hora, poco más.

SALOMÉ.

No, no.

INÉS.

Rigorosa estás.
¡Soy tan feliz cuando escucho
De Don Gonzalo el acento!
Y esta noche que es preciso
Decirle, según tu aviso,
Que trate mi casamiento;
Que ya de su romería
Vino mi hermana y tutora;

Que soy... ¿Quién en media hora
Encaja esa letanía?

SALOMÉ.

Ya veréis como yo igualo
La plática al tiempo bien.

INÉS.

Á raya mi lengua ten;
Mas deja hablar á Gonzalo.

SALOMÉ.

¡Mucho habremos conseguido!
¡Apenas soléis decirle
Sí ó no!

INÉS.

Si para oirle
Me falta tiempo y sentido.

SALOMÉ.

Ya; pero esa timidez
Tanto de cartuja peca,
Que sospechoso la trueca
Don Gonzalo en esquivez.

INÉS.

¡Oh! no tal: cuerdo varón
Es él, y mi amor primero:
Conocerá que le quiero
Con todo mi corazón.
Nunca el día olvidaré
Cuando un astro que bendigo,

Le trajo á encontrar conmigo
En aquel auto de fe.
¡Con qué arrogante ademán
Me abrió paso entre la gente!

SALOMÉ.

Traza tiene de valiente
Sin duda el buen capitán.

INÉS.

¡Con qué dulzura afeó,
Sacándome del tropel,
La curiosidad cruel
Que á la función me llevó!

SALOMÉ.

Esta noche hay que tratar
De función más importante:
De cuándo con vuestro amante
Iréis al pie del altar.
Con mi señora en Madrid,
Es imposible que siga
El galanteo.

INÉS.

¡Ay, amiga!
Yo tiemblo...

SALOMÉ.

¿De qué? Decid.

INÉS.

De mi destino tirano,
Cuyo rigor me acobarda.

¿Querrá á la pobre bastarda
Gonzalo entregar su mano?

SALOMÉ.

Sólo debe un caballero
Ver la palabra que dió;
Que nadie se enamoró
Que fuese á mirar primero,
Para dar vuelo á su llama,
Si el parroquial testimonio
Daba fe del matrimonio
De los padres de la dama.
Lunares pueden más negros
Que el que á vos os incomoda,
Perdonarse en una boda
Que al novio no le da suegros.

INÉS.

¡Qué has dicho, loca de tí!
¿Gimiera yo como gimo
Si tuviese el dulce arrimo
De la madre que perdí?
Yo me arrojara en su seno,
Y al revelar mi pasión,
De maternal compasión
Sé que lo encontrara lleno.
También por su daño supo
Lo que es amar la infeliz,
Y por un leve desliz
Baldón eterno le cupo.
Ella la muda elocuencia
Comprendiera de mi llanto;

Pero ¡ay! ¡cuánto temo, cuánto,
La rígida indiferencia
De una hermana que latir
Jamás con tierno desvelo
Sintió su pecho de hielo;
Que me destinó á vestir
La mortaja por adorno;
Que de monja me ensayó,
Y claustro en casa me dió
Sin locutorio y con torno!
¿Qué hará conmigo al saber
Que inobediente á su imperio
Abjuré del monasterio?

ESCENA IV.

DOÑA MENCÍA, saliendo rápidamente del cenador; DOÑA INÉS, SALOMÉ.

MENCÍA.

Ella viene á responder.

INÉS.

¡Cielos!

MENCÍA.

Idos. (*Á Salomé.*)

SALOMÉ.

¡Oh Dios! (*Vase.*)

MENCÍA.

Ven á este lado;

Ven aquí, donde rota la espesura
Del frondoso jardín, plácida vierte
Sus resplandores mágicos la luna;
Ven, que admirar á mi placer deseo
Tu gentil atavío y apostura.
¡Traje rico y galán! Parda estameña
No el brillo ya de tu beldad ofusca;
Tornasolada seda y albo encaje
Realzan de tu tez la rosa pura,
Y compartida en rizos y trenzado
Tu cabellera con primor se anuda.
¡Mal empleado afán! Sólo á mis ojos
Tu gala lucirás y tu hermosura.

INÉS.

Mencía, compasión: eres mi hermana.
Si conoces mi error, oye mi excusa.

MENCÍA.

Quien voluntario en el peligro cae,
¿Cómo de su imprudencia se disculpa?
Cuando yo, de mi voto en cumplimiento,
Fuí del apóstol á besar la tumba,
¿Qué me oiste decir? «Sola te quedas:
El que de tí cuidó y en mí renuncia
Su cargo tutelar, conmigo parte;
De tí fiamos la custodia tuya.
Si tu sosiego, si tu dicha quieres,
No quebrantes la rígida clausura
Que guardamos las dos. Sólo el camino
Que desde casa al templo te conduzca
Debes saber, y atravesarle sólo

Cuando principie á derramar confusa
Su luz el alba: con tupido velo
Tu semblante solícito se cubra,
Y cerrados á plática liviana
Ten los oídos, y la boca muda,
Pues mujer que del hombre ser no puede,
Fuerza es, Inés, que de los hombres huya.»
¿No fueron estas mis palabras?

INÉS.

Ellas
Acaso de mi eterna desventura
La sentencia serán. ¿No adivinaste
Que al decirme: «De hacer lo que te cumpla
Te doy poder; pero de usarlo tiembla,
Porque á grave peligro te aventuras,»
Iba á exclamar mi voluntad curiosa:
«Quiero ese riesgo ver con que me asustan?»
De nuestra patria Méjico en los años
En que la luz de la razón despunta
Vine aquí; y en domésticas labores
Ocupada y en místicas lecturas,
Yo de la corte del tercer Felipe
Bien lejos de gozar la pompa nunca,
Sólo la casa ví que nos encierra,
Una calle, un altar y una tribuna.
Árida sí, pero tranquila el alma,
No anhelaba quebrar las ligaduras
Que no echaba de ver: á conocerlas,
Á romperlas, tu voz inoportuna
Me enseñó y alentó. Tú me vedaste
Ver, y por eso ví: tuya es mi culpa.

MENCÍA.

¿Fuí yo quien á los brazos de Gonzalo?...

INÉS.

Me puso en ellos mi cruel fortuna.
Yo, muerta de terror...

MENCÍA.

Debió por cierto,
Sí, debió ser gravísima tu angustia
En aquella ocasión. ¿Y no has pensado
Por qué á tí sola, de la inmensa turba
Que el tremendo espectáculo miraba,
Piedad causó la descreída chusma?
¿Cómo no recordaste que enemigos
De Dios, á cuya fe con loca furia
Traidora guerra entre tinieblas hacen,
Órganos del infierno y sus hechuras,
La pena de morir ardiendo vivos
Aun para tanto crimen no era mucha?
En tanto que sardónicos apodos
Excitaba el color, la catadura
De cetrinos sectarios de Mahoma,
Sucios hebreos y arrugadas brujas,
¿Qué viste tú que de dolor y asombro
Te derribó en el suelo moribunda?

INÉS.

Ví una mujer ¡oh Dios! joven, hermosa,
Suelta la larga cabellera rubia,
Sobre la frente la coroza llena

De emblemáticas, hórridas figuras,
Atrás sujetas con rigor las manos,
Sujeto el labio con mordaza ruda,
Por el temor quizá de que sus ayes
Hasta en el alma de sayón más dura
Despertasen piedad. Cuando los ojos
Puse en aquella faz cárdena y mustia;
Cuando el lloro entendí que le arrancaba
El reciente dolor de la tortura;
Cuando cayó la triste, y arrastrando
Ví llevarla á quemar casi difunta...

MENCÍA.

La imagen propia de tu madre viste.

INÉS.

¡De mi madre! ¡Gran Dios!

MENCÍA.

Secuaz ilusa
Beatriz de los errores de Lutero...

INÉS.

¡Luterana!

MENCÍA.

Así en Méjico su culpa
Fué al brasero á expiar.

INÉS.

¡Madre infelice!
Y yo ignorante de su fin...

MENCÍA.

Y oculta

Siempre su suerte para tí quedara
Sin la insana afición que se conjura
Contra mi cuerdo plan. El desgraciado
Qué un traidor á la fe cuenta en su alcurnia,
Resentido, defectos á los jueces
De rectitud ó de saber imputa;
Cegado ya con tan falaz idea,
Disculpar al apóstata procura;
De las disculpas al examen pasa
Del contagioso error; le ve, le gusta,
Le da su sangre pérfido consejo,
Brillante la mentira le deslumbra,
Y tenaz abrazándose con ella
De su linaje el crimen perpetúa.
Crimen que si perdón jamás alcanza,
Sólo es porque quizá jamás se purga.

INÉS.

¡Bárbara proscripción! ¡Horrible pena!

MENCÍA.

Horrible, Inés, y sin embargo justa.
Un traidor, un falsario, un asesino,
Una consorte desleal, se acusan
De su crimen al cielo que perdona,
Y su infamia con ellos se sepulta,
Y el mundo á las virtudes de los hijos
El yerro de los padres disimula;
Mas cuando Dios condenación eterna
Contra el impío pertinaz pronuncia,
Si el hombre compasivo le mirara,
¿No escarneciera la Justicia Suma?

Por eso, Inés, el mísero que nace
Con esa mancha original impura
Causa á todos horror: temen la lepra
Que retoñar en él puede fecunda;
Témenla con razón, húyenle todos,
Un mendigo famélico le insulta,
Y este anatema general impide
Que la herética peste se difunda.

INÉS.

Pero ¿con qué delito los rigores
De ese anatema merecí?

MENCÍA.

Pregunta,
Pregúntame ¿por qué la sacra toca
Quiero en tu frente colocar? ¿Quién busca,
Quién, dí, de una mujer la mano acepta,
Si el sambenito vil se alza en su cuna?

INÉS.

¡Hija de luterana!

MENCÍA.

No imagines
Que el peso de tu afrenta no me abruma.
De nuestro padre en el cristiano pecho,
Sí, Beatriz Coronel sembró la duda;
Sábelo, y á oprobiosa penitencia
El noble Don Alfonso de Lanuza
Se hubo de sujetar.

INÉS.

Todo á mi daño

Concurre.

MENCÍA.

Y todo contra mí se junta.
Los cinco lustros de cumplir acabo,
Mis vanidades el espejo adula,
Y las rejas de hierro de mi calle
De oro las puedo hacer. ¿Y qué disfruta
De tantos dones tu infeliz hermana?
Traje humilde su cuerpo desfigura...
Soledad y oración sus horas llenan...
Y con todo la sangre que circula
Por mis venas es llama, y en mi pecho
Tal vez el corazón pide ternura.
Pretendientes también tuvo mi dote;
Pero ¿qué suerte la nupcial coyunda
Me podía ofrecer?

INÉS.

Si eras amada...

MENCÍA.

Inés, el himeneo desanuda
La venda del amor. Viera mi esposo
En sus parientes esquivez adusta,
Viera en los superiores menosprecio,
Viera en el vulgo desacato y burla;
Y al hallar de su afrenta y abandono
La causa en su mujer, cual leve espuma
Su amor, ya de deber, se disipara,
Y vendría el desdén, la queja injusta,
Y el triste al fin, el sepulcral olvido.

Del vicio entonces en el ara inmunda
Su corazón y su caudal pusiera,
Y raro huésped en la casa suya,
En ella sólo con placer entrara
De su esposa á mandar la sepultura.
Si esta vida me diera el matrimonio,
¿Cuál puedes esperar?

INÉS.

¡Oh! ¡cómo injurias
De Gonzalo el amor! Las opiniones
Tú del mundo sabrás; yo sé la suma
De cariño que el pecho de Gonzalo
Fiel atesora para mí.

MENCÍA.

No dura
Ese cariño, Inés.

INÉS.

Durará el mío,
Que es el primero.

MENCÍA.

Es fuerza que concluya,
Y que el velo de esposa del Eterno
La ignominiosa marca nos encubra.

INÉS.

Si puedo con Gonzalo ser dichosa,
¿Por qué han de arrebatarme mi ventura?

MENCÍA.

Yo tengo autoridad...

INÉS.

Es imposible
Que un mandato cruel mi pecho cumpla.

MENCÍA.

¡Inés! ¡Inés! á mi furor te expones.

INÉS.

Mi orfandad propia contra tí me escuda.

MENCÍA.

Me debes el vivir...

INÉS.

Esclava...

MENCÍA.

¿Sabe
Mi pupila que tal desenvoltura,
Nada por cierto de su sangre ajena,
Puedo yo escarmentar? ¿Que si se escucha
Cerca de aquí mi voz, mis gentes llegan,
Y á una seña esas galas le desnudan,
Se las truecan en áspero cilicio,
Y cortado el cabello, la sepultan
Donde olvide que hay sol?

INÉS.

Allí á Gonzalo
Conservaré mi fe.

MENCÍA.

¿Con que rehusas
Mis órdenes cumplir?

INÉS.

Yo no respeto
Caprichos de una hermana furibunda,
Que envidiosa quizá...

MENCÍA.

¿De tí? Te juro
Que ha de costarte cara la calumnia.

INÉS.

Prueba á arrancar, si quieres, de mi pecho
La imagen que hay en él.

MENCÍA, *aparte.*

(Valga la astucia:
Finjamos.) Bien: y si Gonzalo fuera...

INÉS.

¿Qué? ¿Infiel?

MENCÍA.

Infiel á Dios.

INÉS.

No me confundas.
¿Cómo?...

MENCÍA.

Si fuera hereje...

INÉS.

¡Santo cielo!
¡Hereje!

MENCÍA.

Si encargada su captura
Don Gutierre tuviera...

INÉS.

¡Oh! que le salve,
Que le salve por Dios. Corro en su busca.

MENCÍA.

Va á venir al momento: aquí á Gonzalo
Prenderá.

INÉS.

Compadece mi amargura.
Si peligra mi bien, anonadada,
Gimiendo imploro tu favor y ayuda.
Libra á mi amante, líbrale.

MENCÍA.

¿Prometes?...

INÉS.

¿Qué? Dí.

MENCÍA.

Dar al olvido esa locura.

INÉS.

Si no lo he de cumplir, ¿á qué ofrecerlo?

MENCÍA.

Pues Gonzalo será...

INÉS.

¡Suerte iracunda!

MENCÍA.

Tú lo quieres.

INÉS.

Me rindo.

MENCÍA.

¿Á todo?

INÉS.

Á todo.

MENCÍA.

Escríbele un papel...

INÉS.

¡Una repulsa!

MENCÍA.

Clara, indudable.

INÉS.

¡Hermana!

MENCÍA.

De otra suerte...

INÉS.

Basta, yo escribiré. Mienta la pluma,
Que es virtud el mentir. ¡Me sacrifico
Por él! ¡y él creerá que soy perjura!

MENCÍA.

Vete, y sin dilación la carta escribe:
Por ella enviaré. Fía en mi industria
La suerte de Gonzalo.

INÉS.

¿Y no he de verle?

MENCÍA.

Jamás. Importa que con presta fuga
Salga de España.

INÉS.

Sí, y á mí entre tanto
Que mi dolor agudo me consuma.

MENCÍA.

En breve el tiempo curará esa pena.

INÉS.

La mía sin la muerte no se cura.

MENCÍA.

Pena que da el amor, ofende poco.

INÉS.

¡Permita Dios que como yo la sufras! (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA MENCÍA; después CHACÓN.

MENCÍA.

Creo que no la reduzco
Sin esta superchería.
Discúlpeme la intención
Del uso de la mentira. (*Sale Chacón.*)

CHACÓN.

Don Gonzalo está á la puerta.

MENCÍA.

No le habrás dicho...

CHACÓN.

Ni pizca.
El recado que le dí
Es el de Doña Inesita.

MENCÍA.

Dile que venga, y después...

CHACÓN.

Después dejaré que riñan
Vuesas mercedes á gusto,
Y salvaré mi costilla.

MENCÍA.

Has de traerme un papel

De Inés, y una luz.

CHACÓN.

¿Misiva
Tenemos?

MENCÍA.

Y me la entregas
Con sigilo.

CHACÓN, *aparte.*

(Dios me asista,
Y entre tantos enemigos
Me libre de una paliza.) (*Vase.*)

MENCÍA, *sola.*

Quiero conocer al hombre
Que tiene tan derretida
Y tan briosa á mi hermana.
Tal vez será un estantigua;
Pero ella, que sólo ha visto
Al tutor...

ESCENA VI.

DON GONZALO, DOÑA MENCÍA.

GONZALO.

¡Inés querida!

MENCÍA.

No es Inés á quien habláis,
Ni vendrá.

GONZALO.

Señora mía...

MENCÍA.

Señor Don Gonzalo, creo
Que os habrá dado noticia
Inés de mí.

GONZALO.

¿Sois su hermana?

MENCÍA.

Sí: perdonad la visita
Que, sin desearlo vos,
Os hace Doña Mencía.

GONZALO.

No la esperaba por cierto,
Y no sé qué vaticina.
Falta á vuestro lado, falta
La estrella que aquí me guía,
Y entre esperanza y temor
Incierta el alma vacila.

MENCÍA.

Por las palabras que os oigo
Y el tono que las anima,
Veo que amáis... Digo, creo
Que el amor así se indica,
Pues como yo nunca amé,
No tengo en esto pericia.

GONZALO.

¿No amásteis? ¿Qué empleo dais
Á las gracias peregrinas
Que os atribuye la fama?

MENCÍA.

Cuales sean, ofrecidas
Están á Dios.

GONZALO.

Se le deben
Las prendas de más valía.

MENCÍA.

Mejor, según esa regla,
Las de mi hermana debían
Consagrársele. Yo soy
La noche, y ella es el día.

GONZALO.

Señora, ¿qué me anunciáis?
Cruel recuerdo me agita.
Inés creo que me habló
De un arreglo de familia
Que al claustro la destinaba.

MENCÍA.

Fué resolución precisa,
Y así...

GONZALO.

¿Me vais á mandar

Que de su amor me despida?
¿Me llamáis con ese fin?
Hablad: ¿sois vos quien me priva
De su cariño, ó es ella
Quien mis promesas olvida?

MENCÍA.

Quisiera que me escucháseis
Con el alma más tranquila.

GONZALO.

Si á una nueva dolorosa
Con reflexiones prolijas
Me pretendéis preparar,
Excusad esa fatiga.
La costumbre de sufrir
Con el mal familiariza,
Y yo debo al infortunio
Muy frecuente compañía.

ESCENA VII.

CHACÓN, con una carta y una luz; DOÑA MENCÍA, DON GONZALO.

CHACÓN.

Señora.

MENCÍA.

Si dais licencia...

GONZALO.

Vos no debiérais pedirla.

(*Hablan bajo Doña Mencía y Chacón.*)

MENCÍA.

¿Traes la carta de Inés?

CHACÓN.

Llorando á lágrima viva
Me la entregó.

MENCÍA.

Dame, y vete.

(*Da una ojeada al billete á la luz de la bujía, puesta por Chacón en una de las mesas de piedra.*)

Está como yo quería.

CHACÓN, *aparte.*

(¿En qué parará el enredo?) (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA MENCÍA, DON GONZALO.

MENCÍA.

Decidme: ¿os es conocida
La letra de Inés?

GONZALO.

Sí.

MENCÍA.

Ved

Á la luz de la bujía
Esa carta. (*Se la da.*)

GONZALO, *abre y lee la carta.*

Es de su mano.

MENCÍA.

Inés de Lanuza firma.

GONZALO.

¡Me abandona!

MENCÍA.

(Pues no tuvo
(*Aparte, mirando á Don Gonzalo mientras éste lee.*
Tan mal gusto mi hermanita.)

GONZALO.

Ya lo comprendo: por esto
Á mi lado la veía
Confusa, callada... Bien.

MENCÍA, *aparte.*

(Quiere vencerse.)

GONZALO.

¡Ah!

MENCÍA, *aparte.*

(Suspira.)

GONZALO.

Sí, de tres lustros á ocho

La distancia es infinita.
Niña al fin. Sea en el claustro
Feliz.

MENCÍA, *aparte.*

(¡Cómo se querían!
¿Y un hombre de su edad ama
Así?)

GONZALO, *leyendo.*

«Olvidadme: movida
De noble impulso...» (*Rasga la carta.*)
Se habrá
Figurado que está linda
Con la toca, y esto basta.

MENCÍA, *aparte.*

(Pena da...)

GONZALO.

¿Mas por qué había
De ser la joven que amé
Del vulgo de ellas distinta?
Presuntuosas, falaces
Y volubles, todas miran
El amor cual pasatiempo,
Que cansa si no varía.
Quien las conoce y las ama,
Que de juguete les sirva.

MENCÍA.

Males hay que bienes hacen.

Quizá ese papel os libra
De algún arrepentimiento.

GONZALO.

¿De qué me arrepentiría?

MENCÍA.

Es bastarda Inés.

GONZALO.

Bastardo
Ha sido un rey de Castilla,
Y no el peor.

MENCÍA.

Tiene luego
Contra sí...

GONZALO.

¿Qué?

MENCÍA.

La ignominia
De...

GONZALO.

¿Cuál?

MENCÍA.

La del aspa roja,
Que no es una niñería.

GONZALO.

No os escandalice oir

Que eso poco significa
Para mí.

MENCÍA.

Me huelgo mucho
De vuestra filosofía.

GONZALO.

Yo no me dejo arrastrar
De la opinión que domina,
Si justa no me parece.
Virtud y amor necesita
Mi corazón, no blasones,
Que más que ilustren, engrían.
Por eso á Inés adoré:
Me la figuré sencilla,
Capaz de amarme... Lo supo
Fingir bien. He de hacer trizas
La imagen que mis pinceles...

MENCÍA.

¿Pintar sabéis?

GONZALO.

Yo servía
En Flandes; fuí prisionero
Muchos años, y reunidas
Necesidad y afición...

MENCÍA.

Entonces no es maravilla.
Y ¿habéis retratado á Inés?...

GONZALO.

Pintaba una alegoría,
Y dí á la *Felicidad*
El rostro de mi querida.

MENCÍA.

Si vos feriarme quisiérais
Ese cuadro...

GONZALO.

No es artista
En España, es capitán
Don Gonzalo de Mejía,
Y su obra sin interés,
Si os agrada, os la dedica.

MENCÍA.

Mil gracias. Si las facciones
Que trazásteis con delicia
Ya os atormentan, podéis
Con otras sustituirlas.
Borráis la cara de Inés,
Y en su lugar...

GONZALO.

Temería,
Si no tuviese delante
Un modelo, repetirla.
Un modelo hermoso.

MENCÍA.

Tanto
Como Inés.

GONZALO.

Más todavía.

MENCÍA.

Y ¿dónde hallaréis tan rara
Beldad?

GONZALO.

La tengo á la vista.

MENCÍA.

Es de noche: no veis bien;
Las sombras os alucinan.

GONZALO.

Si entre las sombras erré,
La luz mi engaño corrija.

(*Toma de la mesa la luz, y contempla el rostro de Doña Mencía.*)

MENCÍA.

Quitad.

GONZALO.

Permitid que admire
Ese rostro, donde unidas
La modestia y la belleza
Respeto plácido inspiran.
Ó son memorias ó sueños
Míos; pero esa caída
Dulce de ojos, ese tierno
Rosicler de las mejillas,

Esos labios agitados
Por la ligera sonrisa
De un goce interno, inocente,
Me ofrecen la imagen viva
Que de la felicidad
Se creó mi fantasía.

MENCÍA.

Acabad, no estáis ahora
Retratándome.

(*Le quita la luz y la apaga.*)

GONZALO.

Consiga
Yo de vos ese favor.
Con una sola visita
Que os dignéis de concederme...

MENCÍA.

¿No fuera descortesía
Tachar el rostro de Inés
En presencia de ella misma?

GONZALO.

¿En su presencia? ¿Pensáis
Que á verme se atrevería?

MENCÍA.

Además, el barrio sabe
Que sólo mi estrado pisa
Un anciano, y si venís
Á casa, lo notarían.

GONZALO.

Pasar á la mía vos
Fuera bondad excesiva;
Pero...

MENCÍA.

Yendo disfrazada
Nada el recato peligra.

GONZALO.

¡Tanta merced!

MENCÍA.

Quiero ver
Si Inés está parecida.

GONZALO.

Es retrato de memoria.
¿Cuándo os espero? Querría
Concluir pronto mi cuadro,
Y ofrecérosle en primicias
De mi amistad.

MENCÍA.

Decid vos
Cuándo os acomodaría
Que os visitase.

GONZALO.

Mañana,
Si no hay cosa que os lo impida.

MENCÍA.

Iré con mi camarera
Mañana después de misa.

GONZALO.

Dobláis mi agradecimiento.

MENCÍA.

Basta ya de cortesías.
Perdonad, tengo cuidados
Que á despediros me obligan.

GONZALO.

Culpad vos á vuestra suma
Bondad, que al abuso incita,
Si ya no me retiré.

MENCÍA.

Venid, seré vuestra guía,
(*Dándole la mano.*)
Porque es de esos emparrados
La hojarasca tan tupida,
Que no veréis el camino.

GONZALO.

Vuestros ojos lo iluminan.

MENCÍA.

Entonces excuso daros
La mano. (*Suelta la de Don Gonzalo.*)

GONZALO.

Yo puedo asirla. (*Lo hace.*)

MENCÍA.

Quedo, que la tratáis mal.

GONZALO.

Sujeto á una fugitiva.

MENCÍA.

Si os viera en este momento
Inés...

GONZALO.

¡Ah! me vengaría...

MENCÍA.

¿Cómo?

GONZALO.

¿Cómo? Así.

(*Besa la mano á Doña Mencía.*)

MENCÍA, *con dignidad.*

¿Qué es eso?

GONZALO.

Un desquite de justicia,
Un tributo á la virtud.

MENCÍA.

Una licencia atrevida.

GONZALO.

Perdonad...

MENCÍA.

Respetuoso
Os quiero.

GONZALO.

Yo á vos benigna.
(*Se encaminan á la puerta.*)

MENCÍA, *aparte.*

(Galán es el Don Gonzalo.)

GONZALO, *Aparte.*

(Hermosa es Doña Mencía.) (*Vanse.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala con dos ventanas, una en el fondo, que cae á un jardín, y otra á la derecha, que da á la calle; ambas adornadas con cortinas de damasco. Tres puertas, dos á la izquierda y una á la derecha. Tapices, sillería guarnecida también de damasco, mesa y escritorio de nogal, etc.

ESCENA I.

DOÑA INÉS, DON GUTIERRE, SEIS DAMAS JÓVENES.

(*Doña Inés, bizarramente vestida, y Don Gutierre, sentados. Tres de las damas aparecen agrupadas alrededor de Inés; otra tañe la vihuela, y las dos últimas bailan.*)

GUTIERRE, *acabado el baile.*

Gallardamente bailado.

DAMA 1.ª

Muy bien, amigas.

OTRAS DAMAS.

Muy bien.

DAMA 2.ª

Muchas gracias, Don Gutierre.

DAMA 3.ª

Nada dice Doña Inés.

INÉS.

¿Qué he de decir yo de baile,
Si no sé mover un pie?

DAMA 1.ª

Pues eso más os harán
En el convento aprender.

DAMA 3.ª

¿También en los monasterios
Se usa la danza?

GUTIERRE.

También
Se gozan ratos allí
De desahogo y placer.

DAMA 3.ª

El padrino del monjío
Parece que sabe...

GUTIERRE.

Sé
Lo que hay de verjas adentro,
Porque administro...

(*Habla bajo con la dama* 3.ª)

DAMA 1.ª

Tened

Valor, Doña Inés: mirad,
Nosotras, toditas seis,
Tarde ó pronto religiosas
Como vos hemos de ser,
Y sin embargo vivimos
Más contentas que un Belén.

INÉS.

Soy yo poco bulliciosa,
Y este día...

DAMA 4.ª

Ya se ve;
Día de mudar estado,
¿No ha de dar en qué entender?
Loca estoy de discurrir,
Y eso que me falta un mes
Para entrar en el convento,
Qué padrino elegiré.

TODAS.

Un buen mozo.

GUTIERRE.

Niñas, dar
Viso de ridiculez
Á estas materias, no es justo.
¡Qué diantre! ya que charléis...

DAMA 5.ª

Para misereres, harto
Tiempo nos queda después.

DAMA 1.ª

Hoy que entra Doña Inesita
En religión, es de ley,
Por despedida del mundo,
Loquear cuanto nos dé
La gana.

(*Levántanse las seis jóvenes y rodean á Don Gutierre.*)

DAMA 2.ª

Señor padrino,
Respete vuestra merced
Nuestros derechos.

DAMA 4.ª

Señor
Padrino, hay que conceder
Alguna cosa á los pobres
Que, mal su grado tal vez,
Se encierran en una celda
Sólo por obedecer.

GUTIERRE.

Pero escuchad.

DAMA 1.ª

Nada escucho.
Yo, tuerta como me veis,
Y corcovada y sin novio
(¿Quién diablos me ha de querer?),
Tenía una repugnancia
Feroz al santo fardel;

Y ¿sabéis cómo me han hecho
Decir que lo tomaré?
Arguyendo á mi joroba
Mi madre con un cordel.

DAMA 6.ª

Yo fuí destinada al velo
Un mes antes de nacer.

DAMA 2.ª

Las tres somos segundonas.
(*Señalando á las Damas 4.ª y 5.ª*)

DAMA 3.ª

Yo soy noble como el rey,
Bien que pobre: me quería
Un ricote portugués;
Pero fué su quinto abuelo
Mesonero en Santarén,
Y adiós boda: otra no sale;
Paso ya de veintitrés:
¿Qué han de hacer conmigo?

GUTIERRE.

Pero...

DAMA 1.ª

Callad.

DAMA 2.ª

No nos repliquéis.

GUTIERRE.

Es que...

DAMA 3.ª

Dejadnos en paz.

DAMA 4.ª

Echarle de aquí.

TODAS.

Eso es.

DAMA 1.ª

¿Para qué queremos viejos?

TODAS.

Afuera, afuera con él.

(*Asen de Don Gutierre y le empujan entre las seis hacia la puerta.*)

INÉS.

Señoras, oid.

GUTIERRE.

Soltadme,
Familia de Lucifer.

TODAS.

Fuera estorbos.

ESCENA II.

DOÑA MENCÍA, UNA CRIADA, los mismos.

MENCÍA.

¿Qué sucede
Por aquí?

GUTIERRE.

Mirad...

DAMA 2.ª

Sabed...

DAMA 3.ª

Don Gutierre se desmanda
Con nosotras.

GUTIERRE.

¡Yo!

TODAS.

¿Pues quién?

MENCÍA.

¡Eh! basta de necedades.
Decid, ¿dónde dispondré
Que os sirvan el agasajo?
¿En el jardín, en aquel
Cenador, ó en esta sala?

TODAS.

En el jardín.

MENCÍA, *á la criada.*

¿Lo entendéis?
Avisad al punto. (*Vase la criada.*)

DAMA 1.ª

Vamos,
Vamos todas en tropel

Al jardín. Inés conmigo.

INÉS, *aparte.*

(¡Qué infeliz es la mujer!)

DAMA 1.ª

Dios os guarde, Don Gutierre.

TODAS.

Padrinito, hasta después.

(*Vanse Doña Inés y las seis damas.*)

ESCENA III.

DOÑA MENCÍA, DON GUTIERRE.

MENCÍA.

¡Buena gavilla de locas
Me fuísteis vos á traer!
¡Y que ofrezcan al Señor
Muñecas de este jaez!

GUTIERRE.

¿Qué tiene de singular?
El claustro es el almacén
De los frutos conyugales
Difíciles de vender.

MENCÍA.

No decís mal.

GUTIERRE.

Por supuesto;

Y aunque vuestra hermana esté...

MENCÍA.

Inés se llama.

GUTIERRE.

Costumbre
Vieja, mala de perder.
Y eso que infinitas veces
He leído ese papel
Que, muerta ya vuestra madre,
Con los suyos encontré.

MENCÍA.

Desde que lo he recibido
De vos, lo he vuelto á leer
Veinte veces hoy. ¡Qué dama
La tal Beatriz Coronel!

GUTIERRE.

Esa sumaria dejad
Suspensa, y sobreseed
En el asunto. Yo dije:
¿Quiere en religión poner
Doña Mencía á Inesita?
Vea el escrito, y después
Que la dote como quiera.
Yo mi obligación haré
De este modo, aunque Dios sabe...

MENCÍA.

¿Qué razón hay de temer?
¿Qué hay allí que deje duda?

GUTIERRE.

Pues yo sí dudo.

MENCÍA.

Atended.

(*Saca de un escritorio un papel y lee.*)

Cuando llegue á Méjico esta carta, Beatriz hermosa, ya habré pisado yo las playas europeas. Mi único consuelo, al separarme para siempre de la mujer que adoro, es la certeza de que su reputación queda salva; pero ¡cuántas penas acibaran esta idea consoladora! Hay en Méjico un hombre, un caballero, cruelmente engañado; un hombre que llama hija suya á la que tú sabes que es mía, fruto de mi oculto amor. Este recuerdo me envilece á mis ojos hasta el punto de desconocer que de aquel engaño pende quizá nuestra vida. Adiós, Beatriz: borra de tu memoria los vínculos que nos unen, y sé tan feliz como yo me ausento desgraciado.

¿Á quién escribe este amante
Que se firma *Don Guillén*
Herrera?

GUTIERRE.

Á la luterana
Beatriz, la madre de Inés.

MENCÍA.

¿Y el hombre que llama hija
Á la que no ha dado el sér?...

GUTIERRE.

Parece que es Don Alfonso
Lanuza.

MENCÍA.

Sí, con soez
Artificio, de mi padre
Burlaron la buena fe
Beatriz y el galán oculto
Por su común interés.

(*Pone el papel en el escritorio.*)

Misterios del sentimiento
Vengo al fin á comprender:
Esos renglones explican
El origen del desdén
Que hacia Inés mal de mi grado
Sentí desde la niñez.
Mi corazón rehusaba,
Sin que supiese por qué,
Sangre de origen extraño
Por mía reconocer.
Nada me toca.

GUTIERRE.

Con todo,
Yo vuelvo á mi pesadez.
Vuestra madre Doña Juana
Leonor de Villarroel;
Vuestra madre, que debía
Ese secreto saber,
¿Por qué razón lo calló?

MENCÍA.

Porque un tiempo amiga fué
De Beatriz.

GUTIERRE.

Porque temió
Un engaño padecer;
Porque, como yo, dudaba
Mucho lo que vos creéis.
Á pesar de todo, vos
Dotáis con esplendidez
Á esa muchacha, la dais
Estado...

MENCÍA.

¿Qué puedo hacer
Más?

GUTIERRE.

Quemar ese billete.
Ya ¿para qué lo queréis?
Sin fecha de lugar, ni año...
Y ha de ser falso también.
¿Quién escribe á una querida
Con tan seca rigidez,
Sin doscientos ay-de-míes,
Sin lo de ingrata, cruel,
Fiera?...

ESCENA IV.

SALOMÉ, con un bolsillo vacío en la mano; DOÑA MENCÍA, DON GUTIERRE.

SALOMÉ.

Señor Don Gutierre,
Doña Brígida Garcés,
La corcovadita, os ruega
Que de pasar os dignéis
Un rato al jardín, y añade
Que ya podéis recoger
Este bolsillo.

GUTIERRE, *tomándolo.*

¡Es el mío!
Por la cara de Jaén
Que me le quitaron.

SALOMÉ.

¡Huy!
¡Jesús qué desfachatez!

GUTIERRE.

Y sin blanca me le vuelven.

MENCÍA.

¡Lindo juego!

SALOMÉ, *á Don Gutierre.*

No os quejéis.
Veinte pobres á la puerta

La generosa merced
Agradecen...

GUTIERRE.

Pues he sido
Generoso sin querer.

SALOMÉ.

Hacer bien nunca se pierde.

GUTIERRE.

¡Maldita de Dios amén
La tuerta! El chasco sabrá
Su confesor; y pardiez,
Que ha de tenerla ocho días
Á cilicio y sin comer. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA MENCÍA, SALOMÉ.

SALOMÉ.

¡Qué niñas éstas de hogaño!
¡Miren qué damas de prez!
Desenvueltas, bellaconas,
Bachilleras... Pues volved
La vista á los mancebitos.
El mejor no vale tres
Ardites. ¡Tan estragados!
Sin respeto á la vejez...
Ni á la juventud tampoco;
Porque en diciendo que ven

Dos ojos negros, al punto
Á minar, á corromper
La lealtad de las criadas,
Para que tercien...

MENCÍA.

¿Y qué?
¿Venís con carta de algún
Almibarado doncel?

SALOMÉ.

¡Para esos tratos soy yo!

MENCÍA.

Acabad.

SALOMÉ.

¡Buena sandez
Fuera! ¿No me despedísteis
Por Don Gonzalo? Al revés:
Aunque supiera que vos
Me habíais de agradecer
La mensajería...

MENCÍA.

¿Cómo?

SALOMÉ.

Entereza es menester,
Eso sí; pero primero
Soy yo.—Que tengo interés
Grande en hablar con tu ama.—
No, señor, no soy infiel.—
Que me importa honor y vida

Verla.—Pues no la veréis.—
Que voy á salir al punto
De Madrid.—Marchad, y buen
Viaje.—Que no es Inesita
Con quien deseo tener
Esta explicación forzosa,
Que es Doña Mencía.—Bien;
Que lo sea.

MENCÍA.

¿Quién te hablaba
De esa manera? ¿Se fué?
¿Qué le has dicho?

SALOMÉ.

Yo le dije:
Tan embozada traéis
La cara, que no conozco
Si sois Don Gonzalo ó quién.

MENCÍA.

¡Gonzalo!

SALOMÉ.

Me dió un anillo
Y me ofreció un puntapié,
Y, para quejarme á vos,
Eché de miedo á correr.
Ponédmele de atrevido...

MENCÍA.

Sí, yo le reprenderé.
Marcha á buscarle al momento.

SALOMÉ.

Si tuvo la avilantez
De seguirme. (*Llama.*) Don Gonzalo.

MENCÍA.

¿Está aquí? (*Sale Don Gonzalo.*)

SALOMÉ.

Miradle.

MENCÍA.

Ved
Que á nadie...

SALOMÉ.

¡Jesús! ¡Poquito
Me lo habrá encargado él!

MENCÍA.

Salid ahora.

SALOMÉ.

Sí, voy
Al jardín con Doña Inés. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON GONZALO, DOÑA MENCÍA.

GONZALO.

¡Mencía!

MENCÍA.

¡Qué atrevimiento!

¡Qué imprudencia! Pero vienes
Turbado. ¿De qué? ¿Qué tienes?

GONZALO.

Mencía, de tí me ausento.

MENCÍA.

Cuando mi afición honesta
En deber se va á trocar;
Cuando me vas á llamar
Esposa, ¿qué ausencia es ésta?
¿Es verdad, Gonzalo mío?
¡Tú me dejas, inhumano!

GONZALO.

Contra mí se alza una mano
Que puede más que mi brío.

MENCÍA.

Contra cualquiera poder
Que te amenace sañudo,
Mi amor te ofrece un escudo
Que nadie podrá romper.
En mi casa encontrarás
Seguridad y regalo.
¿No me quieres ya, Gonzalo?
No, si de Madrid te vas.

GONZALO.

¡Si te quiero me preguntas!
¿No es ésta tu mano blanca
La que de mi pecho arranca

Mil emponzoñadas puntas,
Que en él me clavó el pesar
Desde mis años primeros?
Hasta que ví tus luceros,
¿Supe de veras amar?
¿Amar con afecto blando,
Sin conocer inquietud,
Descansando en la virtud
Y en la dicha descansando?
Creía yo que era amor
Un fuego ardiente y voraz,
Una guerra en que la paz
Disgusto daba y temor;
Mas tú descubrir me has hecho,
Estrella de mi ventura,
Del amor la parte pura
Que estaba oculta en mi pecho;
Y me parece el amarte
Tan justo y santo deber,
Como el de adorar al Sér
Que la vida nos reparte.
No es mi amor llama que oscila
Movida de viento vario:
Es luz que en un santuario
Arde callada y tranquila;
Es la afección natural
Que se tienen dos gemelos
Trasladados á los cielos
Desde el seno maternal.

MENCÍA.

¡Y me abandonas, infiel!

Quédate: no me abandones.

GONZALO.

Con ocultarme te expones
Á persecución cruel.

MENCÍA.

Venga la persecución
Como te deje á mi lado.

GONZALO.

¿Sabes que estoy denunciado?...

MENCÍA.

¿Á quién?

GONZALO.

Á la Inquisición.

MENCÍA.

¿Es posible? Tú me engañas.

GONZALO.

Á ser otro el enemigo,
¿Huyera yo de él?

MENCÍA, *aparte.*

(Castigo
Parece de mis marañas.)
Mas ¿cómo supiste?...

GONZALO.

Aviso
Me ha dado mi delator.

MENCÍA.

Prémiele Dios el favor.

GONZALO.

Pero anduvo tan remiso,
Que yo el piadoso billete
Todavía repasaba,
Y ya en centinela estaba
Frente á mi casa un corchete.

MENCÍA.

En grave peligro estás.

(*Corre las cortinas de la ventana del fondo.*)

GONZALO.

Me salvaré: no te azores.

MENCÍA.

Pero á los inquisidores,
¿Por qué sospecha les das?
¿Por qué temes que el severo
Tribunal su rayo lance?

GONZALO.

Tengo una Biblia en romance...
Y un retrato de Lutero.

MENCÍA.

¡Ay, Gonzalo de mi vida!

GONZALO.

Y por esto se me acusa.

MENCÍA.

No tienes ninguna excusa.
Perdido estás, yo perdida.
Mas yo para tí soy mucho.
¿Harás lo que yo te ruegue?

GONZALO.

¿Qué habrá que mi amor te niegue?

MENCÍA.

Ve y denúnciate...

GONZALO.

¡Qué escucho!
¡Que doble yo la rodilla
Al santo oficio!

MENCÍA.

El monarca
Se la dobla, y cuanto abarca
La corona de Castilla,
Círculo entero del sol.
¿Serás hombre de más cuenta?...

GONZALO.

La Inquisición es la afrenta
Del claro nombre español.

MENCÍA.

¿Qué has dicho? Sin duda fué
Ilusión lo que entendí.

Ningún cristiano habla así
Del tribunal de la fe.

GONZALO.

Codicia y pérfida saña
Crearon ese instituto,
Que á cien reinos dando luto
Despuéblaselos á España.
Con la sospecha por guía,
Ciego tribunal sentencia
Rigores á la inocencia,
Perdón á la hipocresía.
Propicio al denunciador,
Contrario del acusado,
Allí el triste calumniado
Perece sin defensor.
Piérdele su noble aliento
Al que sin crimen está,
Y á morir al fuego va
Quien no miente en el tormento.
Poder que al abrigo crece
Del altar y del dosel,
Á los dos se finge fiel
Y á los dos desobedece.
Queriendo á la fe servir,
Su moral desacredita;
Queriendo vengarla, irrita
En lugar de convertir;
Y con disculpa menor
Que la ceguedad indiana,
Banquetes de carne humana
Da por culto al Criador.

MENCÍA.

Cierra ese labio blasfemo,
Porque oyéndote desmayo,
Y ante mis ojos un rayo
Que te haga ceniza temo.
Yo misma, yo, que te adoro,
Yo ya me debo acusar
De que te pude escuchar.
Parte. ¿Necesitas oro?
¿Necesitas un caballo?
Uno y otro te daré,
Y un guía, y te salvaré.

GONZALO.

Si hay voces, yo no las hallo
Para pintar la efusión
De este pecho agradecido.

MENCÍA.

Ibas á ser mi marido:
Cumplo con mi obligación.
Pide, si quieres, mi fama,
Mi caudal, más: mi existencia;
Pero de mí mi conciencia
Deber más alto reclama.
Huye, pues quieres huir:
Yo imploraré tu perdón
Aquí de la Inquisición.

GONZALO.

Nunca lo he de permitir.

De culpa que no cometo
Á nadie perdón le pido.

MENCÍA.

Si culpa no has cometido,
¿Por qué temes el decreto
Del tribunal? Él sabrá...

GONZALO.

¿Y me juzgará inocente
Si escucha mi voz valiente,
Que quizá le acusará?
Furioso de que acrimine
Sus fanáticos excesos,
Astillas me hará los huesos
Para que Dios me ilumine.

MENCÍA.

De la vergüenza y del potro
Te libras según indico.

GONZALO.

Yo ni miento ni suplico,
Y allí es preciso uno y otro.
Pasar yo por delincuente
Y respetar el error,
Es vileza, es deshonor
Que mi sangre no consiente.
Dejemos, pues, de consuno
Este mísero confín:
En él de los dos al fin
No tuvo cuna ninguno.

¿Quién quiere vivir tampoco
De tanto riesgo cercado,
Como pájaro entregado
Á los caprichos de un loco,
Donde hace la tiranía
Que pone á las almas yugo,
De un sacerdote un verdugo,
De cada fiel un espía?
Las palabras del contento,
Las figuras del decir,
El saludarse, el vestir,
El holgar, el alimento,
Todo bajo aspecto falso
Aquí se manda mirar,
Y todo puede llevar
Al español al cadalso.
¿Qué sosiego no alborota
La fama tener, la vida,
De los labios suspendida
De un escrupuloso idiota?

MENCÍA.

No más, Gonzalo, no más:
Harto sufrí tus extremos.
Vete.

GONZALO.

¡Nos separaremos!

MENCÍA.

Para no vernos jamás.
Tú no me has amado; tú

No eres noble ni cristiano,
Ni es tu origen castellano,
Ni has nacido en el Perú.
¿Á Dios humillarte dudas,
Rogándotelo tu amada?
Contigo, ¿no puedo nada?

GONZALO.

No á las lágrimas acudas
Para vencer mi entereza.

MENCÍA.

¿Y es sacrificio pequeño
Reconocerte por dueño,
Rindiéndote mi aspereza?
Yo que de la sociedad
Repelida me miraba,
Y en el claustro me encerraba
Por despecho y vanidad;
Yo que al amor en buen hora
Renunciaba por no oir
Á mi marido decir:
«Soy mejor que vos, señora;»
Yo que bajo el peso enorme
De un baldón, acaso justo,
Vivía, si no con gusto,
Con mi ignominia conforme;
Y apelando á noble ardid
Que la ignominia cubriese,
Quería que me debiese
Un rico templo Madrid,
Donde entre vírgenes puras,

Modelos de caridad,
Hallase yo la igualdad
Y de la paz las dulzuras;
¡Yo nada te sacrifico!
¡De mi opinión la mudanza
Nada merece ni alcanza
De aquél á quien la dedico!
¿Nada es atraerme toda
La befa del vulgo atroz,
Que sin piedad á una voz
Escarneciera mi boda?
¿Por qué en el pérfido halago
De tus palabras creí?
¡Desventurada de mí!
¡Á tanto amor este pago!

(*Al decir Doña Mencía el verso «yo nada te sacrifico,» se han asomado con precaución Doña Inés y Salomé á la ventana del fondo, entreabriendo las cortinas.—Doña Mencía se apoya en un sillón, volviendo la espalda á Don Gonzalo para ocultar sus lágrimas; Don Gonzalo se acerca á ella con ternura.*)

ESCENA VII.

DOÑA INÉS y SALOMÉ, á la ventana; DOÑA MENCÍA y DON GONZALO, sin verlas.

INÉS, *bajo á Salomé.*

Ves ¡qué hermana!

SALOMÉ, *bajo á Doña Inés.*

Reprimíos.

GONZALO, *á Doña Mencía.*

¿Así de mi amor te atreves
Á dudar?

INÉS, *aparte.*

(¡Aleve! ¡Aleves!
No puedo ver más.)

SALOMÉ, *bajo á Doña Inés.*

Veníos.
(*Quítanse de la ventana.*)

ESCENA VIII.

DOÑA MENCÍA, DON GONZALO.

GONZALO.

Resuélvete á la partida.

MENCÍA.

¿Dónde piensas ir?

GONZALO.

Á Flandes.

MENCÍA.

Sí, son alicientes grandes
La creencia y la querida.

GONZALO.

Me injurias.

MENCÍA.

Mucho labró

El trato herético en tí.

GONZALO.

No; pero la contra oí,
Y tú sabes sólo el pro.

MENCÍA.

Si tu fe viviera aún
Tan pura como debía...

GONZALO.

En España es herejía
Tener sentido común.

MENCÍA.

Dí tú que nunca me amaste,
Y cese el disimular.
Á Flandes vas á buscar
Á la dama que dejaste.

GONZALO.

¡Yo!

MENCÍA.

Tú. ¿No me has confesado?...

GONZALO.

El amor de que te hablé
Una vez, en Lima fué.

MENCÍA.

De Lima te has ausentado,
Y hacerlo tu dama pudo.

GONZALO.

Sólo á Méjico pasó:
Allí cruel la llevó...

MENCÍA.

¿Quién?

GONZALO.

Un padre testarudo.

MENCÍA.

Tú sin duda la seguiste.

GONZALO.

Era mi primer cariño,
Y yo entonces casi niño.

MENCÍA.

¿Con que en Méjico viviste?

GONZALO.

Poco tiempo, y encubierto
Con otro nombre.

MENCÍA.

¿Cuál era?

GONZALO.

El de Don Guillén...

MENCÍA.

¿Herrera?

GONZALO.

¿Por dónde lo has descubierto?

MENCÍA.

¡Qué oigo! Beatriz Coronel
¿Fué acaso?...

GONZALO.

Fué la que dió...
He sabido que murió.

MENCÍA.

¿Has escrito este papel?
(*Preséntale el que antes á Don Gutierre*)

GONZALO.

Sí, para ella. ¿Dónde está
Mi hija? De esa infeliz
¿Sabes como de Beatriz?

MENCÍA.

Sí, sí.

GONZALO.

Dime...

DAMAS 1.ª Y 2.ª

¡Ah, ah, ah!
(*Riendo dentro.*)

MENCÍA.

Vienen: ocúltate.
(*Tómale el papel, y se lo guarda en el pecho.*)

GONZALO.

Quiero
Saber...

MENCÍA.

Que vas á perderte.

GONZALO.

No: revélame la suerte...

MENCÍA.

Retirarte es lo primero.
Ven.

(*Conduce á Don Gonzalo hasta la primera puerta de la izquierda, y desde el umbral le señala el aposento donde debe ocultarse.*)

Allí.

ESCENA IX.

LAS DAMAS 1.ª y 2.ª, DOÑA MENCÍA.

DAMA 1.ª

Señora, trate
De hacerse menos huraña;
Venga en amor y compaña
Á tomar el chocolate.

MENCÍA.

Yo tenía que hacer...

DAMA 2.ª

Uno
Mi ruego, si es necesario.

DAMA 1.ª

Si rezábais el rosario,
Después...

MENCÍA, *aparte.*

(¡Empeño importuno!)
Estaré un instante.

DAMA 1.ª

¡Bueno!
Veréis allí, ¡qué alborozo!
Don Gutierre está hecho un mozo;
Pero al pobre le condeno.

MENCÍA.

Juicio.

DAMA 1.ª

Cuando el caso llega,
Le tengo.

MENCÍA.

¡Valiente loca!

DAMA 1.ª

La más fruncida de boca
Es la que mejor la pega.

(*Vanse por la derecha.*)

ESCENA X.

DOÑA INÉS, saliendo por la segunda puerta de la izquierda.

Ninguno está. Se llevaron
Á la traidora de aquí.
¿Es cierto que yo le ví?
Mis ojos ¿no me engañaron?
Ellos eran: me burlaron;
Y aquel riesgo tan temido
Villano artificio ha sido
Para que sumisa diera
Mi cabello á la tijera,
Mis amores al olvido.
¿Ésta de un hombre es la fe?
¿Merecía tal traición
Mi sencillo corazón?
Yo, que ciega le adoré,
¿Le ofendí jamás? ¿En qué?
Nací con fatal estrella.
¿Será mi hermana más bella?
¿Es que á Gonzalo engañó
Como á mí? No importa, no:
Perjuro es él, vil es ella.

(*Llégase á la puerta por donde se entró Don Gonzalo.*)

Cerrado. Aquí está el infiel.
¿Para qué le quiero hablar?
Me está esperando el altar.
¡Bien dispuesta voy á él!
No es mi corazón cruel;
Mas ¿puede tener templanza

La mujer que á ver alcanza
Su candor escarnecido,
Ajeno su bien querido?
Venganza, celos, venganza.

ESCENA XI.

DON GUTIERRE, DOÑA INÉS.

GUTIERRE.

¿Sola aquí Inesita? Sí,
Que ya basta de bureo.
Que me place el encontrarte.

INÉS.

Yo de que vengáis me alegro.
Necesito consultaros.

GUTIERRE.

Yo preguntarte. Sentémonos.

(*Siéntanse.*)

Inés, quien impune deja
Un delito, se hace reo
De aquel delito.

INÉS.

Es verdad.

GUTIERRE.

¡Friolera! Si es proverbio
Inquisitorial. ¡Oh! y es

Cuanto cabe encarecerlo,
Porque el santo oficio debe
Á Dios su establecimiento,
Que antes de crear el mundo
Le puso...

INÉS.

¿Dónde?

GUTIERRE.

En el cielo.
Allí en auto general
Dios, inquisidor primero,
Condenó al ángel hereje
Con sus cómplices al fuego.
Él á Adán heretizante,
Porque del castigo impuesto
Se atrevió á dudar, formó
Secretamente proceso;
Y el padre de las naciones
Oyó el judicial decreto,
Vestido un saco de piel,
Sambenito de su tiempo,
Y confiscados sus bienes,
Inhábil para el empleo
De guardián del Paraíso,
Pena sufrió de destierro,
Y toda su vida tuvo
Por cárcel el universo.

INÉS.

Yo no dudo, Don Gutierre...

GUTIERRE.

Si consta del Pentateuco.
Sara, mujer de Abraham [1],
Fué contra Ismael protervo
Inquisidora...

INÉS.

Esa Sara
Que me decís, ¿tuvo celos?

GUTIERRE.

Moisés inquisitorió
Á Faraón y á su pueblo,
Samuel al Rey gordo Agag,
David á los filisteos,
Y Nabucodonosor...

INÉS.

¿No os parece un sacrilegio
Que á una huérfana infeliz?...

GUTIERRE.

Después que vió á los mancebos
Del horno de Babilonia
Salir de la llama ilesos...

1 *Officio inquisitoris Sara functa est, cum Ismaelem ob idolatriam à domo Abrahæ expulit.*

Casi todos los despropósitos que hacina aquí Don Gutierre están copiados de la obra del inquisidor Luis de Páramo, titulada: *De origine et progressu Inquisitionis.*

INÉS.

¿Á dónde vais á parar
Con tal preámbulo?

GUTIERRE.

Á esto:
Á decir que la herejía
Es crimen de privilegio;
Crimen, digo, que á la regla
General no está sujeto;
Que es obligación forzosa
De todo fiel verdadero
Delatar á los herejes
Que sepa lo son de cierto;
Delatar á los que dude
Si lo son ó si lo fueron,
Ó tema que lo serán
Si no se pone remedio;
Y delatarse á sí mismo
Si en herético concepto
Desplegar el labio pudo
Por malicia ó desacuerdo.

INÉS.

Don Gutierre, me asustáis.

GUTIERRE.

Aunque el temerario acento
Suene en retirada estancia
Sin testigos, no por eso
Se libra el que le profiere

Del anatema tremendo
De la excomunión.

INÉS.

¡Jesús!

GUTIERRE.

Inés, en este momento
Se me encarga que descubra
De un hereje el paradero.

INÉS, *con ironía amarga.*

¿De un hereje? ¡Ahora!

GUTIERRE.

Inés,
En esta casa le vieron
Entrar; á verte ha venido...

INÉS, *levantándose.*

Mienten, mienten; ese pérfido
No viene por mí.

GUTIERRE.

¿Tú sabes?...

INÉS.

Otros ojos le rindieron,
¡Ay! y por eso los míos
Se llenan de lloro acerbo.

GUTIERRE.

¿Te olvidas de que hoy sus puertas

Abre para tí el convento,
Y que hay entredicho allí
Para profanos recuerdos?

INÉS.

Yo quise bien, quiero aún.
Mi hermana...

GUTIERRE.

Obra con acierto...

INÉS.

¿Usurpándome mi amor?
¡Qué infamia!

GUTIERRE.

Pasmado quedo.

INÉS.

Á ella busca Don Gonzalo:
Requebrándose estuvieron
Aquí.

GUTIERRE.

¿Le quiere Mencía?

INÉS.

¿Si le quiere? Con extremo.
Menos que yo, sin embargo.

GUTIERRE.

¿Y le oculta?...

INÉS.

Por supuesto...

De vos, de la Inquisición.

GUTIERRE.

¡Cómo! ¿Á un secuaz de Lutero?
Brujo es sin duda el hereje,
Y os ha barajado el seso
Con hechizos.

INÉS.

Sí, señor,
Bien decís, es hechicero.

GUTIERRE.

¿Y dónde está?

INÉS.

No os lo digo,
Si no me hacéis juramento
De que no peligrará
En la Inquisición.

GUTIERRE.

Prometo
Que le tendrán... bien seguro.

INÉS.

Que se ha de salvar.

GUTIERRE.

Haremos
Que se averigüe con él
El mejor padre maestro.

Un alma vale... Y ¿está
En la casa?...

INÉS.

Sólo quiero
Que Mencía no se case
Con él, ya que yo le pierdo.

GUTIERRE.

¡Casarse con él Mencía!
¿Soy acaso yo tan viejo?
¡Buen lance fuera que al fin
De diez años de silencio,
Cuando ella más madurez,
Cuando yo más prisa tengo,
Viniera ¿quién? un hereje
Á trastornar mis proyectos!

INÉS.

¿Vos amábais á mi hermana?

GUTIERRE.

¿Cuánto há que en un monasterio
Estaría ella si no?

INÉS.

Haced que sus devaneos
Renuncie, y os dé la mano.

GUTIERRE.

Lo intentaré por lo menos.

INÉS.

¡Yo, pobre de mí!...

GUTIERRE.

Durante
Tu noviciado, veremos
Qué se puede hacer...

INÉS.

¿Por quién?

GUTIERRE.

Por tí.

INÉS.

Mi agradecimiento...
¿Qué haréis conmigo? ¿Sacarme
De allí?

GUTIERRE.

Si ese caballero...

INÉS.

Es un traidor, un aleve...

GUTIERRE.

Malo.

INÉS.

Pero amable...

GUTIERRE.

Bueno.

INÉS.

Sano corazón...

GUTIERRE.

Mejor.

INÉS.

Hombre de chapa, discreto,
Bizarro...

GUTIERRE.

Un mozo sin tacha,
Como se reduzca al gremio
De la Iglesia.

INÉS.

Yo en el coro
Pasaré el día pidiendo
Su conversión al Señor.
Por él ceñiré mi cuerpo
De agudas puntas; por él
Será una losa mi lecho;
Mis rodillas abrirán
Huella profunda en el suelo,
Y la bóveda celeste
Penetrarán mis lamentos.

GUTIERRE.

Y él se reconocerá,
Él abjurará en secreto,
Nadie lo sabrá, Mencía
Cederá, y os casaremos.

INÉS.

¡Ah! ¡mi bienhechor, mi amigo!

GUTIERRE.

Con que no perdamos tiempo.
Dime: ¿dónde?...

INÉS.

Debe estar
Sin duda en el aposento
Que hay al fin de este pasillo.

GUTIERRE.

Chit, chit.

(*Salen varios alguaciles de la Inquisición.*)

Aquí le tenemos.

(*Don Gutierre va á abrir la puerta que le ha designado Doña Inés.*)

INÉS.

Está cerrada.

GUTIERRE, *echando el cerrojo.*

Se pasa
El cerrojo, y queda preso
Por aquí.

INÉS.

Del otro lado...

GUTIERRE.

Como la llave conservo

Del jardín, y es la maestra,
Si es menester, abro y entro.
Vamos, en nombre de Dios, (*Santíguase.*)
Hijos. Por allá saldremos.

INÉS, *con ahinco.*

Tratádmele bien.

GUTIERRE.

Descuida.
Nuestro pío ministerio
Tiene por obligación
La dulzura y miramiento,
Y con la gorra en la mano
Al coche le llevaremos.

(*Vanse Don Gutierre y los alguaciles por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA XII.

DOÑA INÉS.

Si se acercase á esta puerta...

(*Llégase á la puerta del pasillo y llama blandamente.*)

Si yo...—Gonzalo.—Está lejos.
Y ¿qué me puede decir?
Me engañaría de nuevo.
Huiría, le perdería.
Bien hice, no me arrepiento.

ESCENA XIII.

DOÑA MENCÍA, DOÑA INÉS.

MENCÍA.

La hora llegó de que tu adiós reciba
Esta mansión en que viví contigo:
Te llama el claustro á su feliz abrigo,
Y llega ya por tí la comitiva.

INÉS, *agitada.*

Un instante, un instante.

MENCÍA.

Don Gutierre...

INÉS.

No le llames: vendrá.

MENCÍA.

Tu ánimo esfuerza.
Mengua es que ya tu voluntad se tuerza.
Tu guía es la virtud; nada te aterre.

INÉS.

Calla. ¿No oiste?

MENCÍA.

¿Qué?

INÉS.

Rumor lejano.

MENCÍA.

¿Dónde?

INÉS.

Aquí... por aquí.
(*Señalando la puerta del pasillo*)

MENCÍA.

Todo reposa.

INÉS.

No: percibo la marcha silenciosa...

MENCÍA.

¡Qué agitación, Inés!

INÉS.

Y no es en vano.
¿Cómo no tiemblas si mi susto miras?

MENCÍA.

¿Temblar? ¿De qué?

INÉS.

Con frialdad lo dices;
Mas pierden tus mejillas sus matices,
Vagan tus ojos, con afán respiras.
Testimonio me dan á tí contrario
Tu seno, tus mejillas y tus ojos.
Para todos, hermana, tiene abrojos
De la vida mortal el campo vario.

MENCÍA.

¿Qué me quieres decir?
(*Dando una ojeada furtiva á la puerta que cerró.*)

INÉS.

¡Ah! ¡tus miradas
Ya esa puerta hacia sí también atrae!
Sus hojas por tu mano están cerradas;
Mas la víctima al fin tras ellas cae.
Sé tus amores.

MENCÍA, *asustada y suplicante.*

Compasión, silencio.

INÉS.

Yo compasión en el jardín pedía:
¿Qué respondió la bárbara Mencía?

MENCÍA.

Por el Señor...

INÉS.

Su nombre reverencio
Mas su justicia en mi favor imploro.
Sí, su justicia, que vengarme debe
De una mujer feroz, de un hombre aleve
Que me sumieron en eterno lloro.

MENCÍA.

¡Ah! si el peligro de Gonzalo sabes,
No reveles, Inés, que aquí se esconde.

INÉS.

Imposible de mí que lo recabes.
Á perfidia, perfidia corresponde.

MENCÍA.

Sus pasos ya la Inquisición acecha...

INÉS.

Lo sé.

MENCÍA.

Y si pasa del umbral tremendo...

INÉS.

Pasará...

MENCÍA.

Un día le verás ardiendo
En hoguera voraz.

INÉS, *aparte.*

(¡Oh! ¡qué sospecha!)

MENCÍA.

Enemigo tenaz del santo oficio
Gonzalo, y orgulloso como noble,
Primero que á la súplica se doble,
Ha de hacer de su vida sacrificio.

INÉS.

¿Cielos! ¿Será verdad? ¿Ni habrá clemencia,
Ni es de Gonzalo que vencer se deje?

MENCÍA.

Él para el tribunal será un hereje,
Y su tesón á muerte le sentencia.

INÉS.

¡Á muerte!

MENCÍA.

Sí.

INÉS.

¡Gran Dios!

MENCÍA.

Inés, aparta
De tí el rencor; que del puñal que vibres
No hay medio, no, de que tu pecho libres.
Mira lo que descubro en esa carta
De Gonzalo á tu madre. (*Se la da.*)

INÉS, *viendo la firma.*

Guillen dice,

MENCÍA.

Es Gonzalo.

INÉS.

¡Es su letra! No comprendo...
(*Lee.*)
«Fruto de oculto amor...» Todo lo entiendo.
No soy tu hermana.

MENCÍA.

No.

INÉS.

¡Qué es lo que hice!

MENCÍA, *con terror.*

¡Inés!

INÉS.

Abre esa puerta: todavía
Puede...

MENCÍA.

¿Fuiste capaz?...

(*Se oye un coche que arranca.*)

INÉS.

¡Una carroza!
Ya es tarde.

MENCÍA.

¡Le prendieron! Goza, goza
(*Asomándose á la ventana de la derecha.*)
Tu venganza, cruel, ella es la mía.

INÉS.

¡Desdichada!

MENCÍA.

Buscó tu enojo ciego
Dos víctimas: hay tres.

GONZALO, *dentro.*

Sirve de madre
Á mi hija, Mencía.

MENCÍA.

Oye á tu padre,

Al que conduces á morir al fuego.

GONZALO.

Abrázala por mí.

(*Dentro, ya á mayor distancia.*)

MENCÍA.

No: la maldigo.
Vil instrumento de mi suerte esquiva,
Mancha mi nombre, de mi bien me priva.
Si la dejo vivir, es por castigo.

INÉS.

Padre, ¡perdón!

(*Yendo hacia la ventana.*)

MENCÍA.

Su muerte y mi tormento
Caigan...

INÉS.

¡Piedad!

(*Arrojándose á los pies de Doña Mencía.*)

MENCÍA.

Sobre tu frente impura.

INÉS.

Ábreme aquí á tus pies la sepultura.

MENCÍA.

Ven á espirar de angustia en el convento.

(*Cógela violentamente de un brazo y llévasela consigo.*)

ACTO TERCERO.

El teatro representa un locutorio. Á la línea de la penúltima caja, una verja que cruza el ancho de la escena, dejando una puerta grande en el medio; en el fondo la de la portería, y una ventanilla para ver quién llama. El espacio comprendido entre la verja y el telón de foro, da paso por la derecha á la huerta ó jardín del convento, y por la izquierda á las piezas de oficio. Otra puerta, colocada entre las primeras cajas de la izquierda, comunica con el claustro. Una mesa á la derecha. Sillas y cuadros devotos.

ESCENA I.

CHACÓN y varios criados; LA TORNERA del convento y algunas hermanas legas, todos en la portería.

(*Las legas transportan á las piezas de oficio varios azafates, fuentes de dulces y garrafas que reciben de los criados.*)

CHACÓN, *á las legas.*

Tomen esos azafates,
¡Pese á su flema!

TORNERA.

¡Qué humor!

CHACÓN.

¡Por vida de mi señora!
(*Mirando hacia el portal.*)

TORNERA.

No jure el escuderón.

CHACÓN, *irritado.*

¡Madre tornera!

TORNERA.

No debo...

CHACÓN.

Hacer de predicador.
¿Qué le importa que yo jure
Ó cante el kyrieleisón?
Cuide de cobrar la sisa
De las confituras...

TORNERA.

¡Yo!

CHACÓN.

Ella y todas golosean.

TORNERA.

Piense bien y hable mejor.

CHACÓN.

¿Si sabremos lo que pasa
En día de profesión?

TORNERA.

¿Fué monja?

CHACÓN.

Fuí monacillo.
Váyanse ellos.
(*Á los criados, los cuales se retiran.*)

TORNERA.

¿Se acabó?

CHACÓN.

¿No tienen ya para hacer
Año y medio colación?
¿Ó quieren hoy engullirse
Toda la calle Mayor?

TORNERA.

Quiero... que se marche ya.

(*Chacón pasa por un momento al portal: cuando la tornera va á cerrar la puerta, vuelve aquél á la portería trayendo un cuadro de cinco cuartas de alto, cubierto con un lienzo.*)

CHACÓN.

Menos precipitación.
Cargue con esto.

TORNERA, *tomando el cuadro.*

¡Jesús!
Si pesa...

CHACÓN.

Sus ciento y dos
Inviernos son los pesados.

Traiga acá. (*Quítale el cuadro.*)

TORNERA.

Si es un tablón.

(*Chacón pasa al locutorio y pone el retrato encima de una mesa, arrimándolo al muro.*)

CHACÓN.

Para la celda de Inés.

TORNERA.

¿Algún santo?

CHACÓN.

Padeció
Martirio al menos, y en casa
No faltó quien devoción
Le tuviera.

(*La tornera descubre el retrato por un instante: Chacón al verle hace un ademán de cólera.*)

TORNERA.

Es un retrato
De mujer. ¿Quién?...

CHACÓN.

¡Mala tos
Coja la dueña barbuda
Que en mis manos entregó
Tapado ese cuadro así,
Para no ver el error!

TORNERA.

¿Cuál?

CHACÓN.

Que no es esa la madre
De Inés.

TORNERA.

La equivocación
Se remedia con un viaje.

CHACÓN.

Falta que otro cometió,
Yo no la enmiendo. Y que puede
Ser ésta alguna aprensión
De las que tiene mi ama:
Tal vez ella lo mandó;
Porque su caletre, vamos...
Cada vez está peor.

TORNERA.

Anda enferma.

CHACÓN.

Y medio loca.
Si hoy mismo... Al diablo la doy.

TORNERA.

¿Por qué?

CHACÓN.

Porque desde casa
Aquí no se dirigió.

La busco, y... nada: me aguardo,
Y... Perdóneme el Señor. (*Toma una silla.*)

TORNERA.

¿Qué hace?

CHACÓN.

¿No lo ve? Me siento.

TORNERA.

No puede, hermano Chacón,
Quedarse en el locutorio.

CHACÓN.

Eh, madre San Armengol,
Conceda por lo traído
Hospedaje al portador.

TORNERA.

No es posible; salga fuera.

CHACÓN.

Sin ver á Inesita, no.
(*Como quien busca un pretexto.*)

TORNERA.

Vaya á la reja del coro,
Y la verá á su sabor
Al profesar.

CHACÓN.

Para hablarla,

¡Pintiparada ocasión!
¿No entra Don Gutierre aquí?

TORNERA.

Es nuestro administrador.
Él solo y Doña Mencía
Los exceptuados son
De la orden que esta mañana
La superiora me dió.
Á nadie más quiere ver
La hermanita Encarnación,
Inés en el siglo.

CHACÓN.

Tome
(*Dando á la tornera una caja de tabaco.*)
Un polvo, vaya.

TORNERA.

¡Qué olor!

CHACÓN.

Es rico.

TORNERA.

Famoso.

CHACÓN.

Guarde
La caja.

TORNERA.

Sea por Dios.

CHACÓN.

Y déjeme á la Inesita
Ver, así de refilón,
Cuando venga.

TORNERA.

Espere ahora
En el jardín.

CHACÓN.

Bien, ya estoy.

TORNERA.

Después... (*Llaman á la puerta.*)
Llaman.
(*Va á ver quién es, y señala á Chacón por dónde se va al jardín.*)
Por ahí.
¿Quién? (*Á Chacón.*) Marche sin dilación.

GUTIERRE, *dentro.*

Soy yo, madre.

TORNERA.

Es Don Gutierre.
Ya van. (*A Chacón.*) Salga: ¿no me oyó?

CHACÓN.

¿Viene mi ama con él?

TORNERA.

Sí tal.

CHACÓN, *aparte al irse.*

¡Maldito moscón!
Aguardaré á que la deje
Sola. (*Vase Chacón. Vuelven á llamar.*)

TORNERA.

Señores, ya voy. (*Abre.*)

ESCENA II.

DOÑA MENCÍA, DON GUTIERRE, LA TORNERA.

GUTIERRE.

Sea Dios en esta casa.

TORNERA.

Él les dé su bendición.

GUTIERRE.

¿Trajeron?...

TORNERA.

Todo. El retrato
Es ese. Chacón dudó
Si acaso...

MENCÍA.

¿Dónde está Inés?

TORNERA.

Á los pies del confesor.

Voy, voy á ver si despacha
Para que venga con vos. (*Les da sillas.*)
Siéntense. (*Aparte al irse.*) (Doña Mencía
Parece un cadáver hoy.) (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA MENCÍA, DON GUTIERRE.

MENCÍA, *sentándose.*

¡Ay!

GUTIERRE.

¡Qué abatida! ¿Os sentís
Con grave indisposición?

MENCÍA.

¿No os acordáis? Mi ventura
Hoy há un año que murió.

GUTIERRE.

No tal, el martes pasado...

MENCÍA.

Martes fué: tenéis razón.
Hasta la memoria ya
Me ha trastornado el dolor.
¡Un año sin verle, un año
Sin saber si pereció,
Si!...

GUTIERRE.

¡Qué! Don Gonzalo vive.

MENCÍA.

Vive en una reclusión,
Vive... ¿dónde? Me lo callan,
Nadie responde á mi voz,
Ninguno alivia las penas
De mi triste corazón.

GUTIERRE.

Mencía, hija...

MENCÍA.

Callad.
¡Hija! Palabra de horror.
¿Por qué á esa fatal mujer
Vida mi Gonzalo dió?
Y esa América que cría
Tanta serpiente feroz,
¿Por qué á la cuna de Inés
Una de ellas no envió?

GUTIERRE.

¿Qué decís?

MENCÍA.

¡Ah desgraciada!
Bien merece compasión.
Padre y amante ha perdido.

GUTIERRE.

Confianza en el Señor.
Á la hija y á la esposa,
Católico ya de pro,

Quizá pronto Don Gonzalo
Vendrá á dar un alegrón.

MENCÍA.

¡Oiga mi ruego ferviente
La Madre del Salvador!
¿Cómo tornará á mis brazos
De aquella horrible mansión,
De aquel infierno de vivos
Donde mi celo me hundió?
¡Mi celo! mi ceguedad,
Mi insensatez.

GUTIERRE.

El mejor
Partido, el único propio
De tan ardua situación
Como la vuestra, ese fué:
Con la prontitud mayor
Antes de veros citada,
Pedir reconciliación.
Enamorada de un hombre,
Que el santo oficio mandó
Prender como sospechoso
De vehementi, érais vos
Muy sospechosa también.

MENCÍA.

¡Qué escarmiento, qué lección!
Yo, fanática, impelida
De escrupuloso temor,
Al tribunal me presento,

¡Y una horrorosa prisión
Encuentro por recompensa
De la fe que me guió!

GUTIERRE.

¡Eh! dejad...

MENCÍA.

Me ven sencilla,

(*Arrebatándose por grados.*)

Y me acusan de traición.
Con preguntas que no entiendo,
Que Satanás inventó,
En laberinto enredoso
Pierden mi imaginación.
Hablando me contradigo,
Hágome rea si no.
De mi linaje me piden
Toda la historia interior;
Exigen la de mi vida,
Cada día que pasó;
Cuenta quieren que les dé
De cada palpitación
De mi pecho, sin piedad,
Sin respeto á mi pudor.
¡Monstruos!

GUTIERRE.

Señora...

MENCÍA.

Os detesto.

Recibid mi execración.

GUTIERRE, *aparte.*

(Ya su delirio...)

MENCÍA.

¡Impostores!
Queme un rayo abrasador
Vuestras entrañas de hiena,
Vuestra lengua de escorpión.

GUTIERRE.

Mirad que estáis...

MENCÍA.

No estoy loca:
(*Levantándose frenética.*)
Sé qué digo, sé quién sois.
¡Tan vil sospecha de mí!
Apartad, calumniador.

GUTIERRE, *aparte.*

(¡Un mes en el santo oficio
Qué estrago en ella causó!)
Vaya, si...

MENCÍA.

¡Misericordia!
(*Vagando por el proscenio.*)
Escuchadme sin pasión.
Compadecedme. ¡Qué frío!
Si aquí no penetra el sol.

Mirad que tiemblo, que lloro.
¿Cuándo Mencía lloró?
Ya no hay en mis nervios fuerza,
Ni hay en mi sangre calor.
Os lo juro, sacerdote.
Desconocidos me son.
Amo á Gonzalo, es verdad;
Pero por el Redentor
Que no sé de esos herejes.
¡Vos lo creéis! ¡Oh baldón!
Habré de mentir. La mano
Quieta, vil ejecutor.
¡Agarrotada, prensada
Con esos cordeles! ¡Oh!
¡Colgada de allí! Pero ¿es
Un tigre un inquisidor?
Soltadme. ¡Cielos, valedme!
¡Ay, ay!

(*Huye despavorida por el teatro, y se agarra convulsa á un sillón. Don Gutierre acude á sostenerla.*)

GUTIERRE, *después de una pausa.*

Ya se desfogó.
Querida Mencía...

MENCÍA.

¿Quién?
¡Ay, qué diferente voz!
¿Dónde estamos, Don Gutierre?
Ya lo comprendo. Perdón.
Habré dicho... Tal combate
Mi espíritu padeció.

GUTIERRE, *aparte.*

(¡Que pueda aquel tribunal
Incurrir en un error!
En estos tiempos sucede
Lo que nunca sucedió.)

MENCÍA.

¡Qué vergüenza! ¡Yo casada!
¡Casada en la Inquisición!
¡Yo, cielos, haber mentido
En ofensa de mi honor!
¡Ay! al ver el potro, dije
Más que se me preguntó.
«¿Me libro así de miraros?
¿Sí? Pues deshonrada estoy.»

GUTIERRE.

¿Quién habrá que se figure
Que se mienta de terror?
Juicios son incomprensibles
Para el hombre los de Dios.

MENCÍA.

Boda con auspicios tales
Es boda de maldición.
¡Ni aun para darle la mano
Ví á mi esposo!

GUTIERRE.

Él me otorgó
Su poder, y el desposorio

Se celebró en comisión.
¿Cómo ver á Don Gonzalo,
Cuando se le sentenció
Á cárcel en un convento,
Sin mas comunicación
Que la de algún religioso?
No era posible. Rigor
Es por cierto de mi estrella:
Querer casarme con vos,
Y hacerlo *in caput alienum.*
Dios me dé resignación.
Pero Mencía, que sabe
Con qué ternura la amó
Siempre este viejo, que fué
Su amigo, padre y tutor,
No le negará en su pecho
Algún pequeño rincón,
Premio de un tierno desvelo
Que nunca se desmintió.
Vendrá Gonzalo, hija mía;
Renovaréis vuestra unión;
Crecerán en torno vuestro
Los frutos de vuestro amor:
Permitidme ser testigo
De la dicha de los dos.

MENCÍA.

¡Don Gutierre!

GUTIERRE.

Ya lo veis:
De aquí desapareció

El escudo cuya vista
Os infundiera pavor.
Remordimientos confieso
Que el dejarlo me costó;
Pero si en mí el tribunal
Ha perdido un servidor,
Un conde ocupó mi puesto;
Y aunque es noble profesión
La de familiar, requiere
Temple de tanto vigor,
Tanta dureza de entrañas...
Y yo no soy un Nerón.
Basta para pesadumbres
La primera que me dió.
¿Cuándo pude sospechar
En mi cristiano fervor
Que lágrimas me costara
Cumplir con mi obligación?
Mas no recordemos esto.
¿Me juzgáis acreedor
Á un lugar en vuestra casa
Y otro en vuestra estimación?

MENCÍA.

¡Ah señor! ¡Ah padre mío!
Esa pregunta ofendió
La gratitud, que es en mí
Deuda de mi pundonor.
De hacienda y de vida debo
Á vos la conservación.
Mil veces hubiera muerto
Devorada de dolor,

Sin esta mano que al alma
Con la esperanza alentó. (*Bésasela.*)

ESCENA IV.

DOÑA INÉS, vestida de blanco y coronada de flores; LA TORNERA, DOÑA MENCÍA, DON GUTIERRE.

TORNERA.

¡Mírenla qué hermosa! Miren
Del monasterio la flor,
La joya, la que de santa
Tiene predestinación.

INÉS.

¡Mencía!

MENCÍA.

Ven á mi lado,
Inés. (*Se sienta Doña Inés.*)

TORNERA, *á Don Gutierre.*

De orden superior,
Que paséis vos á la celda
De la abadesa.

GUTIERRE.

Allá voy.
(*Vanse él y la tornera.*)

ESCENA V.

DOÑA MENCÍA, DOÑA INÉS.

INÉS.

Nada sabías ayer
Del padre por quien suspiro:
¿Qué males debo temer
Hoy que en tu semblante miro
Más marcado el padecer?

MENCÍA.

No, ningún descubrimiento
Hice que mi llanto borre
Ni que le dé crecimiento;
Mas cada instante que corre
Pierdo de esperanza ciento.

INÉS.

¡No tendré la bendición
De mi padre en este día
De eterna separación!
Darásmela tú, Mencía,
Y con ella tu perdón.

MENCÍA.

¡Perdón me pides á mí,
Tú que mi víctima fuiste!
No me atormentes así.

INÉS.

Tú más que yo padeciste;
Yo más delincuente fuí.
¡Un padre á fieros sayones
Entregado por su hija!

MENCÍA.

¡Inútiles reflexiones!
Esa acusación prolija
No limará sus prisiones.

INÉS.

Cuando miro la violencia
De tu profundo pesar...

MENCÍA.

Dios me dará resistencia:
Mi pena no ha de durar
Más que dure mi existencia.
Y ¿qué he perdido? Un esposo.
¿Por qué le ví? ¿Por qué amé?
¿Por qué al asilo piadoso
Que me llamaba, marché
Con paso tan perezoso?
Ya es mi amor obligación;
Sacro nudo ya me liga;
Pásmete la admiración:
No hay momento que no diga
La palabra, maldición.
Detesto la noche aciaga
Causa de mi amor funesto,

Que ánimo y cuerpo me llaga;
Mi triste enlace detesto
Que horrores sin fin me amaga.
Y ¿cómo no detestar
Un afecto que tal vez
Halló en mi seno lugar
Sólo porque castigar
Quiso el cielo mi altivez?
Usurpando principió;
Pero pronto su conquista
Con lágrimas la regó:
¡Bien el corazón pagó
Los deslices de la vista!
Fué mi suerte lastimera
La de amar para sufrir:
Para amar de tal manera,
Más me valiera morir
Antes que á Gonzalo viera.

INÉS.

Ó tú delirando estás,
Ó no es tu lenguaje fiel,
Ó negarme no podrás
Que tu alma henchida de hiel
No supo querer jamás.
De haber sentido el amor
¡Tener, por llanto que cueste,
Ni despecho ni rencor!
¿Qué extraño lenguaje es éste
Con más ira que dolor?
¿Me ves á mí revestida (*Levántase.*)
De este cándido cendal

Que severo me intimida?
Pues aún mi pasión fatal
Vive debajo dormida.
Y no evito que despierte
Ni que turbe mi quietud,
Pues grita en acento fuerte
Que no ofendí á la virtud,
Y á mí me burló la suerte.
Allá en la nocturna sombra
Desvariando el deseo,
Voz escucho que me nombra,
Y vago fantasma veo
Que seduce más que asombra.
De arrayán y de azucenas
Le ciñe la noble frente
Corona resplandeciente,
Símbolo de amor sin penas,
Tan feliz como inocente.
De la nieve la blancura
Luce en su flotante ropa,
Y con ojos de ternura
Pone en mi mano la copa
Del placer y la ventura.
Mas cuando voy á templar
En ella mi ardiente sed,
Dentro me miro arrastrar
De una inquebrantable red
Á las gradas de un altar;
Y allí en cáliz de aflicción
Trocado el de goce puro,
Bebo contra mi intención,
Y en él el tósigo apuro

De la desesperación.
Y al alzarme sobre el lecho,
Despierta por mi alarido,
Aun en el cóncavo techo
Resuena un nombre querido
Que repito á mi despecho.
La dicha de que gocé
Con mis fugaces amores,
Como relámpago fué:
Las espinas y las flores
Confundidas encontré.
Mas tengo recuerdo tal
De aquel tiempo delicioso,
Que diera por tiempo igual
Toda una vida glacial,
Todo un siglo de reposo.
Y decirme necesito
Mil veces á cada instante
Que ese nombre que repito
Es de padre, y no de amante,
Y que es mi pasión delito.
Que si delito no fuera,
Si con el velo expiar
Otro crimen no quisiera,
¿Qué brazo tan fuerte hubiera
Que aquí me obligara á entrar?
Dióme el retiro energía;
Ya en fuerza y valor abundo...
(*Suena dentro una campana llamando á coro.*)
¡Fuerza inútil y tardía!
Convulsión de la agonía
De quien muere para el mundo.

¿Escuchas esa campana?
Ella dobla por Inés,
Que ya, ni rival ni hermana,
Su loca afición mundana
Vencida pone á tus pies. (*Fóstrase.*)

MENCÍA.

Alza.

INÉS.

Esa pared me ofrece
De un nuevo mundo la orilla:
Si de las pasiones crece
Alrededor la semilla,
Dentro se agosta y perece.
Tú, en quien hoy la dignidad
Sagrada de madre acato,
Pide á la Suma Bondad,
Para esta frente que abato,
El don de conformidad.

MENCÍA.

¡Inés mía!

INÉS.

La aversión
Que nos separaba esquiva
Espire en esta mansión,
Y hoy en el cielo se escriba
Nuestra reconciliación.

MENCÍA.

Sí, ven, y á gozar empieza,
Ya que antes sufriste el peso

De mi bárbara dureza,
Hoy en este dulce beso
La efusión de mi terneza.

INÉS.

¡Madre amada!

(*Estréchanse cariñosamente.*)

MENCÍA.

¡Qué rubor!
El primero que le he dado.

INÉS.

Hoy es doble su valor.

ESCENA VI.

LA TORNERA, varias RELIGIOSAS, DOÑA MENCÍA, DOÑA INÉS.

UNA RELIGIOSA.

Está todo preparado.

MENCÍA.

Vuela al seno del Señor.

(*Levántase Doña Inés, da un paso hacia el claustro, y se detiene mirándole con terror.*)

INÉS.

Tiemblo... yo no sé de qué.
Ese claustro me da miedo.
Ven conmigo.

MENCÍA.

Luego iré;
Ni moverme ahora puedo.

LAS RELIGIOSAS, *á Doña Inés.*

Ánimo.

INÉS.

Dios me le dé.
(*Vase con las monjas.*)

ESCENA VII.

DOÑA MENCÍA, LA TORNERA.

MENCÍA.

De su flaqueza el asomo
Me da pesadumbre suma:
Por mal agüero le tomo,
Y un peso el alma me abruma
Como una losa de plomo.
(*Quiere levantarse y no puede.*)
Clavada estoy al asiento.
¡Qué congoja, qué temblor!

TORNERA.

¡Señora!

MENCÍA.

No sé qué siento.
¡Ah!

TORNERA.

Le da un frío sudor.
(*Tomándole una mano.*)

MENCÍA.

Faltándome va el aliento.

TORNERA.

¡Favor! La comunidad
Está en el coro...

ESCENA VIII.

CHACÓN, DOÑA MENCÍA, LA TORNERA.

CHACÓN.

¡Señora!

MENCÍA.

No me dejéis.

(*Trémula y casi sin conocimiento lleva la mano á la bolsa que trae á la cintura para sacar de ella un pomo: Chacón abre la bolsa y da á su ama á oler el espíritu que ella no acertaba á encontrar.*)

CHACÓN.

Respirad.
Vos, madre, traed ahora
Un vaso de agua: marchad.

TORNERA.

Corriendo. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DOÑA MENCÍA, CHACÓN.

MENCÍA.

Esta angustia mía...

CHACÓN.

¡Voto á Juan de Marchamalo!
Valor.

MENCÍA.

Siento mejoría.

CHACÓN.

Si hallara así Don Gonzalo
Á vuesarced, ¿qué diría?

MENCÍA.

¡Cuándo, cuándo le veré!

CHACÓN.

Poco á poco el tiempo avanza,
Y no creo yo que esté
Tan lejos...

MENCÍA.

¡Vana esperanza!

CHACÓN.

Pues yo acá la fundo...

MENCÍA.

¿En qué?

CHACÓN.

Tiene un año muchos días,
Mucho un preso que sufrir;
Se hartará de resistir,
Y no aguardará al Mesías
Que le venga á redimir.

MENCÍA.

¿Quién auxilio le ha de dar,
Si procura su evasión?

CHACÓN.

Ahí entra el alambicar,
Ó tener una ocasión
Y saberla aprovechar.

MENCÍA.

¿Tú crees?...

CHACÓN.

Como él batalle
Probando trazas y modos
De fuga, tal vez los halle.
El mejor día en la calle
Me dice: acá estamos todos.

MENCÍA.

Sueños.

CHACÓN.

Usarced no atina
Cómo yo el caso comprendo.
Don Gonzalo está que trina:
Viene á darle un reverendo
Una lección de doctrina.
El capitán echa el taco
De muerte, bufa, patea;
El fraile sorbe tabaco,
Y en la exhortación emplea
Ya el grito, ya el arrumaco.
—Id noramala, Fray Blas.
—Hermano, por San Dionís.
—Callad, voto á Barrabás.
—Que tiene el alma en un tris.
—Que le derriengo de un tras.
Agárrale del gollete,
Preséntale un argumento
De lógica de Albacete...
—¡Hermano! clama el pobrete,
¡Guarde el quinto mandamiento!
—Desnúdese.—¡San Benito!
—Acuéstese.—¡San Marcelo!
—Déjese atar.—¡Santo cielo!
—¿No quieres callar, maldito?
Pues trágate ese pañuelo.
Se viste, le abren la puerta,
Ladea el rostro y se tapa,
Sale, pasa por la huerta,

Ve un jaco, monta y escapa
Sin que ninguno lo advierta.

MENCÍA.

¿Te burlas de mi aflicción?

CHACÓN.

No me burlo.

MENCÍA.

¿No? ¡Jesús!
Dí: ¿se salvó? Dí, Chacón.

CHACÓN.

¿Y tendremos... patatús?

MENCÍA.

Sácame de confusión.
¿Le has visto?

CHACÓN.

Serenidad.

ESCENA X.

LA TORNERA, trayendo un vaso de agua; los mismos.

TORNERA.

Aquí está...

CHACÓN.

Ya no hace falta.

(*Llaman á la portería; la tornera deja el vaso en una mesa y acude á la puerta.*)

¿Sabéis quién llama?

MENCÍA, *dando un grito.*

¡Él!

CHACÓN.

Callad.

MENCÍA.

El corazón se me salta
Del pecho. Es él: ¿no es verdad?

CHACÓN.

Él es: juicio.

TORNERA.

Un religioso
Quiere hablaros.

MENCÍA.

Venga luego.

TORNERA.

Sí, dice muy afanoso
Que es para asunto forzoso.

CHACÓN.

Si es Fray Tomás Villadiego.

MENCÍA.

Dejádmele ver y hablar.

(*La tornera va á abrir.*)

CHACÓN.

Dadme dinero ó la llave:
Tengo un coche que ajustar.

(*Habla bajo con su ama, que le entrega una llave.*)

TORNERA.

Allí está.

(*Á Don Gonzalo, que sale vestido de fraile.*)

MENCÍA, *aparte.*

(¡Oh Dios! no me acabe
Mi gozo.)

CHACÓN, *á la tornera.*

Venidme á echar.

(*La tornera, después de haber despedido á Chacón, se retira por detrás de la verja.*)

ESCENA XI.

DON GONZALO, DOÑA MENCÍA.

(*Permanecen ambos inmóviles y en silencio hasta que se retira la tornera: abrázanse luego tiernamente.*)

GONZALO.

¡Mencía!

MENCÍA.

¡Dulce esposo!

GONZALO.

¡Á verte llego!

MENCÍA.

Tomad mi vida ahora, Dios clemente.
Mira, Gonzalo, mi marchita frente,
Mira en lo que sufrí mi amante fuego.

GONZALO.

Ya termina ese afán.

MENCÍA.

Mi dicha dudo.
¿Es cierto, es cierto que á mi bien abrazo?
Habla, y habla de amor. ¡Tu labio mudo,
Cuando acabó de nuestra ausencia el plazo!

GONZALO.

Si es menos halagüeño mi lenguaje,
Repara en la ocasión y en el paraje,
Repara en mi disfraz.

MENCÍA.

¡Ah! te comprendo.

GONZALO.

Quebranté mi prisión.

MENCÍA.

Vienes huyendo.

GONZALO.

Vengo por tí. ¿Vacilará Mencía
En seguirme esta vez?

MENCÍA.

¿No soy tu esposa?
Tu voz espera la obediencia mía.
Salgamos de esta casa peligrosa.

GONZALO.

Más peligro en la tuya me previenes:
Acechada estarás. Víctima has sido
Ya de la Inquisición, y pruebas tienes
De que no hay á sus ojos escondido
Secreto ni lugar. Á éste he venido
Cuando supe que en él te detenía
Piadosa obligación por todo el día,
Y aquí trazar nuestra partida puedo.

MENCÍA.

Sea pronto.

GONZALO.

Á la noche. Todavía
Se ignorará mi fuga de Toledo.

MENCÍA.

¿Allí recluso en celda penitente?...

GONZALO.

Allí me condenaba la sentencia,
Que mis jueces creyeron indulgente,
Á maldecir diez años la existencia.

MENCÍA.

¡Diez años!

GONZALO.

Figurártelo pudiste
Recibiendo la equívoca licencia
De nuestro enlace vergonzoso y triste.
Esos diez años de prisión sin verte
Eran sentencia para mí de muerte.
Reo ya de la vida, despedido
Fuí para el tribunal; mano de viuda
Fué la que no estreché cuando la diste.

MENCÍA.

Dios, de nuestro penar compadecido,
Por fin el lazo desatado anuda
Que nuestra dicha hará. No te recuerdes
Dónde ni cómo se formó.

GONZALO.

Bien era,
Bien era necesario que tuviera
Mayor cariño que en sus años verdes
Quien con alma de noble y española,
Con la altivez de la conciencia justa,
Con la arrogancia de soldado sola,
Todo el orgullo de su frente adusta
Rindió al querer de la mujer que amaba,
Y á muerte pronta, si de oprobio llena,
Prefirió agonizar en la cadena,
Prefirió un siglo de existencia esclava.
Yo ví una carta de pasión henchida
Que me brindaba con tu mano hermosa,
Solicitando en muestra cariñosa

Que implorase una gracia aborrecida...

MENCÍA.

Tímida, delirante, seducida,
Tu libertad me figuré segura,
Crédula al prometer de la impostura.

GONZALO.

Bien recelaba yo. «Será artificio
De la impiedad del tribunal notoria;
Pero sacie (exclamé) su vanagloria,
Y hagamos al amor el sacrificio.»

MENCÍA.

Al sacrificio yo grata y sensible,
Bien que ni con mi vida te le pago,
Tú, Gonzalo, verás que satisfago
La parte toda de pagar posible.
Finos afectos que pedirme piensa,
Discurre caprichosas invenciones
Con que te dé mi amor la recompensa;
Pídeme rendimientos, sumisiones,
Delirios de abrasados corazones;
Más que codicie tu pasión avara,
Más mi agradecimiento te prepara.
Será mi afán adivinar tu gusto,
Cumplírtele será mi estudio y arte,
Será ofenderte mi continuo susto,
Mi gozo verte, mi delicia hablarte,
Mi único pensamiento idolatrarte.
Pendiente de tu amor la vida mía,
Si le perdiera yo... me mataría.

GONZALO.

¡Esposa!

MENCÍA.

De tus ojos la influencia
Ya en mí restaura mi vigor marchito:
Muerta me tuvo tu fatal ausencia;
Lozana con tu vista resucito.
Hasta los mismos hórridos agüeros,
Hijos de nuestra boda tenebrosa,
Que preludio de males verdaderos
Creía en mi pesar supersticiosa,
Ya de mi mente rápidos se alejan,
Y en el nublado cielo que veía,
Sol de placer y viento de alegría
Limpio el azul de la ventura dejan.
Ya otro cuidado el corazón no siente
Que el de la fuga, cuyo instante tarda.
¿Dónde, cómo ha de ser?

GONZALO.

Oye: esta noche...

MENCÍA.

Dí, que nada contigo me acobarda.

GONZALO.

Á las diez...

MENCÍA.

Sigue.

GONZALO.

Detenido un coche

Junto la ermita habrá de San Vicente.

MENCÍA.

Allí estaré á las diez.

GONZALO.

Y ¿no podría
Llevarme allí también mi esposa cara?...

MENCÍA.

¿Qué deseas?

GONZALO.

La dulce compañía...

MENCÍA.

¿De quién?

GONZALO.

Mis juveniles extravíos
Pienso que sabes.

MENCÍA.

Tu intención declara.

GONZALO.

Produjeron aquellos amoríos...

MENCÍA.

Pero...

GONZALO.

Ya para siempre nos separa
Nuestro destino del hispano suelo.
No ver, no conocer á la hija mía

Me llena el corazón de desconsuelo.
Soy padre.

MENCÍA.

Al punto la verás.
(*Mirándole con extrañeza.*)

GONZALO.

¿Y dónde?

MENCÍA.

Aquí.

GONZALO.

¡Oh placer!

MENCÍA.

Con ánimo devoto,
Quizá en este momento que lo digo,
Su frente humilde bajo el velo esconde,
Y á Dios se enlaza con estrecho voto.

GONZALO.

¡Prenda del corazón! yo te bendigo.
Purifiquen tu cuna tus virtudes.

MENCÍA.

Tu bendición merece y la del cielo.

GONZALO.

¿Ella recibe con Inés el velo?

MENCÍA.

Es Inés.

GONZALO.

Imposible.

MENCÍA.

No lo dudes:
Hija tuya es Inés.—¿En quién pensabas
Encontrar esa hija que llorabas?

GONZALO.

Sin luz alguna que mi norte fuera
Creí que tu apellido la encubriera,
Y que su origen á saber llegaste
Como deuda cercana y compañera.
Cuando el billete ví por mí trazado
De esa infeliz el nombre me ocultaste,
Y allá en la soledad del monasterio
Soltando riendas á la mente incierta,
Ya habitante del índico hemisferio,
Ya en tierna edad la imaginaba muerta.

MENCÍA.

Vive; y un sentimiento equivocado
Confirma la verdad que has escuchado.
De Beatriz Coronel Inés nacida,
Fué la tierna afición que te inspiraba,
Impulso de la sangre conmovida.

GONZALO.

No era Beatriz á la que yo adoraba.

MENCÍA.

Tú me confundes. El papel que viste,

¿No fué para Beatriz? Tú lo dijiste.

GONZALO.

Fué esa mujer de mi amorosa llama
Protectora solícita y prudente,
Amiga de Leonor, y no mi dama.

MENCÍA.

¡Leonor! (*Aparte.* Me da cuidado este accidente.)

GONZALO.

Mal mi dolor acerbo pintaría
De esa carta el lenguaje indiferente,
Cuando yo de Leonor me despedía.

MENCÍA.

El apellido de Leonor...

GONZALO.

Lo ignoro.
El velo del misterio más profundo
Su flaqueza encubrió, y á su decoro
No se atrevió ni con malicia leve
La lenguaraz murmuración del mundo.

MENCÍA.

Su patria...

GONZALO.

Lima.

MENCÍA.

Lima...

GONZALO.

Tiempo breve

Nuestro cariño fiel vivió tranquilo.
Busqué los brazos de mi amada bella
Una vez, y otra vez en el asilo
Que los suspiros de los dos oía,
Y una vez y otra vez allí sin ella
Me vió la noche, y el luciente día.
La perdí.

MENCÍA.

¿Te olvidó?

GONZALO.

Nos separaron.

MENCÍA.

Lejos quizá de Lima...

GONZALO.

La casaron.

MENCÍA.

¿Dónde?

GONZALO.

En Méjico.

MENCÍA.

¡Oh Dios!

GONZALO.

En tí suscito...

MENCÍA.

Sólo curiosidad. Dí.

GONZALO.

Vez postrera

Fué que nos vimos cuando el rostro lleno
De lágrimas, tributo del delito,
Me reveló que ya su triste seno...

MENCÍA.

Y de ese amor la prenda lastimera...

GONZALO.

Sin sospecha en el mundo recibida,
Fué de un nombre usurpado la heredera.

MENCÍA.

¿Qué nombre? ¿Descubrístelo?

GONZALO.

En mi vida.
De Leonor estorbómelo el recato
Y el ruego de Beatriz y mi partida.

MENCÍA.

¿Qué años debe contar la desgraciada
Que debió el sér al delincuente trato?

GONZALO.

Veintiséis.

MENCÍA, *aparte.*

(¡Es mi edad!)

GONZALO.

Estás turbada.

MENCÍA, *aparte.*

(Leonor, que ha sido su segundo nombre...

La carta con las suyas encontrada...)

GONZALO.

¿Qué puede haber en esto que te asombre?
¿Qué puede haber que temas?

MENCÍA.

Mal tan grave,
Que posible no más en mí lo creo,
Si es que en humana desventura cabe.

(*Sus inciertas miradas, que expresan su inquietud, se detienen en el retrato que está sobre la mesa.*)

Si en vez de ese retrato, aquí pudiera
Otro manifestarte que poseo,
Una mirada tuya destruyera
Ó colmara la angustia en que me pones.

GONZALO.

¿Qué retrato importaba que yo viera?
¿De quién es ese?

MENCÍA.

De Beatriz.

GONZALO.

¡Qué dices!
Registrándolo empiece mi deseo
De penetrar tan hondas confusiones.

(*Lo descubre.*)

MENCÍA.

¿Se truecan por hechizo sus facciones?

GONZALO.

¡Cielo santo! Leonor es la que veo.

MENCÍA.

¡Infelices nosotros, infelices!

GONZALO.

Es Leonor, mi Leonor.

MENCÍA.

Dí que te engañas:
Miente, engáñame á mí.

GONZALO.

¿Qué hay que te aflija?

MENCÍA.

¿Con que fué esa mujer?...

GONZALO.

Mi amor primero.

MENCÍA.

Esa misma me tuvo en sus entrañas.

GONZALO.

¡Á tí!

MENCÍA.

Á mí sola.

GONZALO.

¡Sér á quien imploro!
¡Tú, desdichada, tú!

MENCÍA.

Yo soy tu hija.

GONZALO.

Ten el labio. ¡Qué horror!

MENCÍA.

Decirlo quiero.
Yo soy tu esposa.

GONZALO.

Calla.

MENCÍA.

Y yo te adoro,
Que en tí un amor inextinguible puse.

GONZALO.

Deja que alumbre la razón tu mente.

MENCÍA.

Deja que al cielo blasfemante acuse,
Que con mi corazón juega inclemente.
Sólo á un hombre hasta mí llegar consiente.
Sólo por él inflama mi tibieza,
Y hallando su placer en mi congoja,
En los brazos del único me arroja
Cuyo amor me vedó naturaleza.
Llena, cielo enemigo, tus furores,
Y acaba con un rayo mis amores.

ESCENA XII.

DOÑA INÉS, ya con el hábito de profesa; varias RELIGIOSAS, LA TORNERA, DOÑA MENCÍA, DON GONZALO.

GONZALO.

¡Inés!

INÉS.

El sacrificio he consumado.

MENCÍA.

¿Dónde me oculto?

INÉS.

¡Santo Dios! ¡qué miro!
No es ilusión, es él.—¡Padre adorado!
De gozo al veros y de pena espiro.
¡Padre! (*Va á abrazarle.*)

MENCÍA, *deteniéndola.*

Aparta.

INÉS.

Tu acento delirante...

MENCÍA.

Apártate, mujer, ese es tu amante,
De cuya fe leal te he despojado.

GONZALO.

Cesa.

INÉS.

¡Qué espanto el corazón me inunda!

MENCÍA.

El infierno á mi amor ha presidido.

GONZALO.

Ven.

MENCÍA.

Á mi padre encuentro en mi marido.

INÉS.

La cólera del cielo te confunda.

ESCENA ÚLTIMA.

UN COMISARIO y ALGUACILES de la Inquisición; los mismos.

COMISARIO, *dentro.*

Paso á la Inquisición: franca la puerta.

TODOS.

¡La Inquisición!

(*Terror general: la tornera va á abrir.*)

MENCÍA.

¡Jesús!

GONZALO.

¡Ah! me han seguido.

INÉS, *á la tornera.*

No abráis.

GONZALO.

Abrid.

INÉS.

Su perdición es cierta.

GONZALO.

Vengan esos verdugos: los espero.

(*Saca un puñal.*)

(*La tornera abre: el comisario y los alguaciles se precipitan en el locutorio.*)

COMISARIO.

Prended al fugitivo, desarmadle.

GONZALO.

Solamente, canalla envilecida,
Mi cadáver tendréis.

(*Va á herirse: Doña Mencía le detiene.*)

MENCÍA.

Suelta ese acero.

GONZALO.

Quita.

(*Mientras Don Gonzalo y Doña Mencía forcejan asidos del puñal, los esbirros se apoderan de Don Gonzalo. El puñal queda en manos de Doña Mencía.*)

INÉS.

Yo espiro.

(*Cae desmayada en brazos de las religiosas.*)

COMISARIO.

Á su prisión: llevadle.

GONZALO.

¡Mi prisión!

COMISARIO.

Durará lo que tu vida.

GONZALO, *á Doña Mencía.*

¿Lo ves? Ese puñal me libertaba.

MENCÍA.

Su lugar es aquí, y aquí se clava.

(*Atraviésase el pecho, y cae muerta. Don Gonzalo y las religiosas lanzan un grito de horror.*)

LA REDOMA ENCANTADA

COMEDIA DE MAGIA

EN CUATRO ACTOS EN PROSA Y VERSO

Estrenada en el teatro del Príncipe á 26 de octubre de 1839

Corregida por el autor en 1862

PERSONAS.

Don Enrique.
El Conde de la Biznaga.
Dorotea.
Pascuala.
Garabito.
Don Laín.
Don Gaspar.
Don Ramón.
El Secretario.
Un Posadero.
Una Maestra de niñas.

Brujos y brujas, caballeros y damas, criados y criadas, soldados, bailarines, encantados, niñas, músicos, etc.

La acción pasa en Madrid y sus inmediaciones, en una cueva de Barahona, y cerca de Villarino, á la raya de Portugal.

ACTO PRIMERO.

Vista de tejados, torres y chimeneas. En el fondo, á la izquierda del espectador, dos guardillas practicables, y otra á la derecha, más cerca del proscenio, delante de la cual hay un terradillo, y en él una artesa. Es de noche con luna.

ESCENA I.

GARABITO.

(*Dirígese por el caballete de un tejado á una guardilla de la izquierda.*)

¿Si me estrellaré yo esta noche? (*Da un vaivén.*) ¡El Señor de las alturas me asista! Un pizarrero, que ha medido á muslo casi todos los chapiteles de Madrid, ¡resbalar de tal modo! Diabluras serán de la tía Marizápalos, esa bruja que vive, ó que muere, ahí en la guardilla de la azotea. Dicen que está dando las boqueadas, y aún hace adobos para ir por los aires á Barahona...

(*Llama suavemente al postigo de la guardilla.*)

¡Pascualita!... ¡Pascuala!... ¿Está sorda esta chica? ¡Pascuala!

ESCENA II.

PASCUALA, GARABITO.

PASCUALA, *dentro.*

¿Quién llama ahí?

GARABITO.

¿Quién ha de ser? Yo.

PASCUALA.

No conozco á nadie por ese nombre.

GARABITO.

¿No te hace cosquillas en el tímpano la voz de tu Garabito?

PASCUALA, *abriendo la ventana.*

¡Jesús! ¡Tú por aquí!

GARABITO.

Yo, Pascualita mía; yo, que después de una ausencia de catorce días en el Real Sitio de San Lorenzo, torno á verte, catorce veces más enamorado. Y tú, pichona, ¿te has acordado mucho de mí?

PASCUALA.

Hace unos días que me he vuelto muy desmemoriada.

GARABITO.

Ese es defecto de los que han subido muy alto

desde muy hondo. Á tí no te cuadra. Una bonetera á quien se le pasan los meses sin que le encarguen un solideo...

PASCUALA.

Una bonetera puede elevar sus pensamientos más arriba de su labor.

GARABITO.

Por eso los has fijado en mí, que piso el techo de los campanarios.

PASCUALA.

Han variado mucho mis circunstancias desde tu partida.

GARABITO.

Y ¡con qué tonillo me lo dice! Vamos, con la entrada de los tudescos en Madrid, los amores en pleito corren la misma suerte que el rey Felipe. Chica, esto no puede seguir así. Mañana declaro á tu padre que si no me franquea sus puertas y su consentimiento, voy á sacarte por el Vicario. Con el fin de matrimoniar, me he proporcionado ya unos dinerillos; prestados se supone, porque de la obra que hice para el Conde de la Biznaga, no hay que esperar un maravedí.

PASCUALA.

Ya se lo que te pasó con él antes que salieras al Sitio. ¡Fué lance gracioso!

GARABITO.

Maldita la gracia que le encuentro yo á una paliza, cuando la recibo.

PASCUALA.

¿Supiste lo que hubo aquí la mañana siguiente?

GARABITO.

Nada me has escrito, y desde el cimborrio del Escorial no alcanzaba yo á verlo.

PASCUALA.

Pues mi padre y yo tuvimos una visita de nuestro casero...

GARABITO.

¿Ese Don Laín?...

PASCUALA.

Don Laín Cornejo. Y con el señor Don Laín venía su amo, el señor Conde de la Biznaga.

GARABITO.

¿El que me mandó pagar en palos mi obra?

PASCUALA.

El mismo. Cuando llamaron y ví al Conde por el ventanillo, me quedé atónita y...

GARABITO.

Echarías mano al cerrojo...

PASCUALA.

Desde luego, para...

GARABITO.

Para cerrar mejor.

PASCUALA.

Para abrir.

GARABITO.

¡Al Don Juan Tenorio de nuestros tiempos! ¡Á un secuaz del archiduque Carlos! ¡Á un enemigo acérrimo de S. M. Don Felipe V!

PASCUALA.

Las solteras en esta guerra hacemos el papel de potencias neutrales.

GARABITO.

Neutralidad con simpatías: en proponiéndoseos boda, entráis con gusto en la guerra de sucesión. Y ¿á quién buscaba el Conde?

PASCUALA.

Á mí.

GARABITO.

¡Cáigame una fundición de estaño en el colodrillo! ¿Y qué quería?

PASCUALA.

Verás. Principió refiriéndome que se le había encajado en su casa, pidiéndole el pago de cierta cuenta, un bárbaro de un vidriero, un estúpido, un insolente...

GARABITO.

Eso lo diría por mí.

PASCUALA.

Las señas no permitían dudar. Parece que te

aconsejó que aguardaras unos días... ó meses... ó años. Para los señores es lo mismo.

GARABITO.

Para el pobre es muy diferente. Pero ¿qué tiene que ver el despolvoreo de mis lomos... con?...

PASCUALA.

Si voy á eso. El Conde había sabido que tú me obsequiabas, y que yo era muy linda chica: tales fueron sus expresiones... Y dijo que por eso venía...

GARABITO.

¿Á qué?

PASCUALA.

Á casarme.

GARABITO.

¿Conmigo?

PASCUALA.

No, con mi casero.

GARABITO.

Que es su mayordomo.

PASCUALA.

Pues. Don Laín Cornejo.

GARABITO.

¡Un setentón! ¡Un pícaro que debía estar en la horca!

PASCUALA.

Para ese pretendía el Conde mi mano; para tí tenía negociada una plaza...

GARABITO.

¿Dónde?

PASCUALA.

En las galeras del Archiduque.

GARABITO.

Tú dirías que me repugna ser gravoso al Estado.

PASCUALA.

Pero Su Señoría estaba decidido á emplearte. Su proyecto era, ó que aceptara yo aquella boda, ó que tú cargases con un grillete.

GARABITO.

¡Oh iniquidad! Tú rehusarías...

PASCUALA.

Rehusé, lloré, me desmayé lo mejor que supe; mas al volver de mi soponcio me hallé con una joya al cuello, y mi padre me dijo que, en medio de mi turbación, había consentido en cuanto se me propuso.

GARABITO.

¡Virgen de Vallecas! Y no consideraste después...

PASCUALA.

Considerando que si me casaba con Don Laín

te libraba de figurar en la galería marítima, el lunes pasado me dejé llevar á la iglesia; y de la noche á la mañana me encontré con marido, coche, diamantes, criados y seis mil ducados de renta.

GARABITO.

¿Es verdad lo que oigo? ¡Tú casada! ¿Y qué es lo que hago yo ahora?

PASCUALA.

Por lo pronto darme la enhorabuena.

GARABITO.

Tú te burlas: no puede menos. ¡Una señorona de coche aposentada en una guardilla!

PASCUALA.

He venido á visitar á mi padre... y de camino á otra cosa. El Conde, oculto con el nombre de Don Juan de Cárdenas, enamora á la vecinita de al lado, la Dorotea. Su abuela solía traerla aquí algunas noches... y... por cierto que hace ya tres que no vienen; de modo que el supuesto Don Juan, que está aquí esperándola, rabia desesperado.

GARABITO.

El desesperado soy yo, que me arrojaría del tejado al suelo si no fuera más justo arrojar á la pérfida que me ha vendido.

PASCUALA.

Venderte por seis mil ducados anuales, me parece que es hacerte valer.

GARABITO.

¡Esta injuria á un maestro vidriero, pizarrero y plomero, natural de Móstoles!

PASCUALA.

Ponte en razón. Tú me ofrecías un porvenir tan frágil, tan resbaladizo, tan pesado... Es menester hacerse el cargo de que una muchacha de mi palmito merecía suerte mejor. En fin, marido como el que tengo no ha de durar gran cosa: si cuando enviude yo, tus vidrios, tus plomos y tus pizarras te han hecho millonario; si puedes satisfacer los caprichos de una mujer bonita, y apalear á tus acreedores impunemente, entonces... hablaremos. Mientras tanto, paciencia y espera.

GARABITO.

Oye, escucha.

PASCUALA.

Buenas noches... y buena fortuna, Garabito. Vuélvete al obrador, y trata de evitar una costalada. (*Quítase de la ventanilla y la cierra.*)

ESCENA III.

GARABITO.

¡Trata de evitar una costalada! ¿Cómo evitaría yo la tentación que siento de plantarle á esa pícara una docena de bofetones? Yo creo que apli-

cándole docena y media se me pasaba la tentación. Probemos. (*Trata de forzar la ventana de la guardilla; se abre, y Garabito se queda parado.*) ¡Caramba! ¡El Conde!

ESCENA IV.

EL CONDE, que sale de la guardilla al tejado; GARABITO.

CONDE.

Si quieres conservar las costillas que te quedaron el otro día, vete de aquí.

GARABITO.

Señor Conde...

CONDE.

Lejos de aquí, repito.

GARABITO.

¿No le basta á V. S. lo que ha hecho conmigo?

CONDE.

Soy Conde: pago cuando quiero.

GARABITO.

¿Y el dejarme sin novia?

CONDE.

Lección para el pobre que se descomide con el poderoso. Un hijo de un zurrador y una molinera, nieto de un saltimbanqui, hermano de un ventero,

atreverse á decir á un título: «¡De aquí no salgo sin lo que se me debe!»

GARABITO.

Y si el que me manda trabajar no me paga, ¿cómo vivo yo?

CONDE.

Y si no guardas consideraciones al que te sostiene, ¿querrá ocuparte en servicio suyo? ¿No te abandonará y te sepultará en la miseria? Con valor ó con industria hemos adquirido nuestro puesto nosotros, envidiosa canalla: mientras no sepáis hacer lo que hicimos, humillaos ante el hombre que tiene más, que puede más, que vale, por consiguiente, más que vosotros.

GARABITO.

Señor Conde, aquí no tiene V. S. la escolta de sus lacayos: todos somos iguales de tejas arriba.

CONDE.

¿Sí? Pues á ver si sacas un par de pistolas igual á éste... (*Las saca.*)

GARABITO.

¡Por vida!...

CONDE.

Eres muy dueño de jurar, como sea en otra manzana.

GARABITO.

Guárdese V. S. de mí desde hoy. (*Retirándose.*)

CONDE.

Guárdate tú de una leva. Pillos de tu especie sobran en Madrid, y pueden hacer su papel con un remo en la mano.

GARABITO.

Si agarro una teja... (*Va á arrojar una teja al Conde.*)

CONDE.

¡Bribón! (*Dispara un pistoletazo al aire. Garabito se entra en la guardilla del terradillo.*) Se refugió en casa de la bruja: basta por hoy con haberle asustado. Mañana yo le recomendaré al gobernador tudesco, para que le envíe á empizarrar la parroquia de algún presidio.

ESCENA V.

DON LAÍN, EL CONDE.

LAÍN, *asomándose por la ventana de la guardilla.*

¿Qué tiro ha sido ese?

CONDE.

Un disparo al aire para ahuyentar á un murciélago.

LAÍN.

Señor Conde, aproveche usted la ocasión. La abuela de Dorotea, alborotada con el tiro, ha pasa-

do á preguntar á mi suegro qué sucedía. Dorotea está sola en su habitación.

CONDE.

¿Por dónde entraré?

LAÍN.

Por aquí, por la ventana de su guardilla. (*Señalándola.*)

CONDE.

Pues entretened ahí un rato á la vieja. (*Éntrase por la guardilla de Dorotea.*)

LAÍN.

¡Murciélago! Se me figuró que mi amo disputaba con alguien... Pero en no disputando conmigo sobre mis cuentas, diga lo que quiera, verdad ó mentira.

ESCENA VI.

GARABITO, saliendo de la guardilla del terradillo; DON LAÍN, asomado á la otra, de Pascuala.

GARABITO.

No puedo sufrir la vista de ese cadáver.

LAÍN, *aparte.*

(¡Calle! ¡El vidriero de la paliza! Este era el pájaro nocturno.)

GARABITO.

Sola y abandonada se ha muerto la bruja.

LAÍN, *aparte.*

(¿Vendrá por Pascuala, que vivió aquí, ó por Dorotea, que vive acá?)

GARABITO.

No: si hubiese encontrado á la tía Marizápalos en disposición de oirme, no hubiera yo dejado de implorar su auxilio para hacer una jugarreta al Conde. Ya estarán las doce al caer, hora en que los brujos emprenden sus caminatas aéreas: á la primera campanada me pondría de patitas en el barreño de los untos para volar; montaría en una escoba, y cruzando el aire... (*Dan las doce: Garabito tropieza en una artesa que hay en el terradillo, y cáese dentro de ella.*) ¡Huy!

LAÍN.

Hombre, ¿qué diablos ha hecho usted?

GARABITO.

Tropezar y caerme.

LAÍN.

Levántese usted.

GARABITO.

Si pudiera, no aguardaría á que usted me lo aconsejara.

LAÍN.

¿Pues dónde se ha metido usted?

GARABITO.

En un artesón, lleno de un líquido que por lo

frío es agua de nieve, por lo espeso es azogue. ¡If!... No puedo conmigo. No sé qué me pasa... ¡Ay, que me hundo! ¡Ay, que me vuelo! ¡Que me llevan los diablos á Barahona! (*Vuela convertido en vieja.*)

LAÍN.

¡Buen viaje! Una aprensión de la tía Marizápalos. ¡Ah, ah, ah!—Voy á referírselo á mi mujer y demás tertulia. (*Abúltasele á Don Laín monstruosamente la cabeza, de modo que no le cabe por la ventana de la guardilla.*) ¡Demonio! ¿Qué me pasa también á mí? ¡Vecinos, vecinos! ¡Un albañil que ensanche este hueco! ¡Pascuala! ¡Señor suegro! ¡Vecinos!

(*Múdase la decoración.*)

ESCENA VII.

Un desván.

DOROTEA, EL CONDE.

DOROTEA.

Márchese usted al momento.

CONDE.

¡Qué inhumana tiranía!

DOROTEA.

Mayor pena merecía
Usted por su atrevimiento.

CONDE, *aparte.*

(¡Que han de ser tan montaraces

Las Lucrecias de trapillo!)
En fe de mi amor sencillo
Debemos hacer las paces.

DOROTEA.

¿Cómo es que usted asaltó
Mi ventana sin reparo?

CONDE.

Primero que ponga en claro
La causa que me obligó,
Tome usted esa señal
De que es amarla mi estudio.

DOROTEA.

Aunque me choca el preludio,
Aparo en el delantal.

(*El Conde echa á Dorotea en la falda un estuche de alhajas, que ella abre y examina.*)

CONDE, *aparte.*

(Acepta.)

DOROTEA.

¡Diamantes son!
Tal regalo corresponde
Á un hombre rico.

CONDE.

Es un Conde
Quien hace á usted ese don.

DOROTEA.

¿Un Conde?

CONDE.

El de la Biznaga.

DOROTEA.

¿Usted? Si parece un sueño. (*Sonriéndose.*)

CONDE.

Ese semblante risueño
Mi dulce esperanza halaga.

DOROTEA.

No hay que tomar á favor
Una equívoca sonrisa.
Me río, porque la risa
Dice á mi rostro mejor
Que el ceño: ¿quién la contiene,
Al ver en este desván
Al Conde más perillán
Que toda la corte tiene?

CONDE.

Si no supieron las bellas,
Á quienes rendí mi pecho,
Ligarle con nudo estrecho,
La culpa tuvieron ellas;
Ó quizá del Sumo Sér
Fué decreto soberano
Que yo suspirase en vano,

Entre mil, por la mujer
Que me pintaba la idea,
Para que el alma en despojos
Me llevase con sus ojos
La divina Dorotea.

DOROTEA.

Y acaso fué suerte mía
Que yo á usted me aficionara,
Sólo mientras ignorara
Que un Conde me pretendía.

CONDE.

Cuando ficciones renuncio,
¿Con tal desengaño toco?

DOROTEA.

¿Aprecia usted en tan poco
La franqueza del anuncio?

CONDE.

Diciendo mi calidad,
Mi fe sincera acredito.

DOROTEA.

Esa ingenuidad imito,
Pues también digo verdad.

CONDE.

¡Verdad cruel, que me lanza
Del cielo en que me creía!

DOROTEA.

Creí yo también un día
Lícita en mí la esperanza
De que algún hombre de bien,
Que amor y honradez buscase,
Ofrecerme se dignase
Una mano por sostén.
Esperando con afán
Aquel protector soñado,
En la guardilla de al lado
Hallé mi primer galán.

CONDE.

Que fuí yo.

DOROTEA.

Habló; le escuché;
Dijo que me idolatraba;
Por ver qué maña se daba,
Idolatrar me dejé.
Principió la inclinación:
Él tiene un pico de perlas;
Le dí, pues, sin defenderlas,
Las llaves del corazón.
Decía para mi saya
Muchas veces yo: «Recelo
Que es Don Juan un bribonzuelo;
Pero si me quiere, vaya:
Casémonos, y me obligo,
Consorte fina y sagaz,
Á lograr que viva, en paz
Y en gracia de Dios, conmigo.»

CONDE.

Discursos muy...

DOROTEA.

¡Oh! muy buenos,
Mucho; pero ¡ay madre mía!
Si es el de la idolatría
Todo un Conde, por lo menos,
De amor célebre adalid,
Que por sus triunfos gallardos
El Conde de picos pardos
Le llama todo Madrid.

CONDE.

Chismes.

DOROTEA.

Aquí mi camino
Se acaba, y es menester
Parar: se habrá de volver
Usted por donde se vino.
Queden para otra beldad
Esas joyas que me ofrece:
Semilla son, que perece
Sembrada en mi voluntad;
Porque más que dones ricos
Vale el honor que atesora
Esta humilde servidora
Del Conde de pardos picos. (*Quiere irse.*)

CONDE.

Detente, esquiva hermosura;

Detén el paso veloz,
Que me encantas con la voz,
Aunque ofendes mi ternura.
Si viste amor en Don Juan,
¿Cómo en el Conde no fías?

DOROTEA.

¡Ay! aman ciertos usías
Muy de bolín, de bolán.

CONDE.

Se iguala mi amante fe
Con lo noble de mi cuna.

DOROTEA.

¿Cómo de mujer ninguna
Se contenta vuesarcé?

CONDE.

¿Quién, Dorotea gentil,
Contigo quién se compara?

DOROTEA.

Eso mismito apostara
Que lo ha dicho usted á mil.
Y en fin, si tanto embelesa
El mérito que en mí brilla...
Quien sube hasta mi guardilla,
Que me baje á ser Condesa.

CONDE, *aparte.*

(¡Friolera es la ambición
De la niña!) Yo veré...

DOROTEA.

Nada, nada: ¿para qué
Pensar la resolución?
Usted, que mi afecto anhela
Con amante frenesí,
Venga y declárelo así
En presencia de mi abuela.
Vamos.

CONDE.

Ir tan de improviso
Fuera...

DOROTEA.

Sorpresa muy grata.

CONDE.

Un casamiento se trata
Más despacio.

DOROTEA.

Esto es preciso.

CONDE.

No perjudican retardos
Prudentes...

DOROTEA.

Nos vemos hoy
La última vez, si no soy
Condesa de picos pardos.

CONDE.

Los grandes que honran á chicos
Deben...

DOROTEA.

Deben pretender
Á quienes puedan hacer
Condesa de pardos picos.

CONDE.

¡Dorotea!...

DOROTEA.

No se paga
De dulzuras Dorotea,
Sino después que se vea
Condesa de la Biznaga.

(*Vase y síguela el Conde.*)

Salón subterráneo de arquitectura antiquísima, debajo de los campos de Barahona. En el fondo se ve, en un nicho, la redoma encantada. En medio del tablado un pedestal. Se oye dentro grande algazara.

ESCENA VIII.

GARABITO, de vieja y con el traje de archimaga, conducido por EL SECRETARIO; BRUJOS y BRUJAS.

BRUJOS.

¡La despedida, la despedida!

SECRETARIO.

Pronunciad el discurso de despedida, ilustre archimaga.

GARABITO.

Mi despedida es que vayan ustedes con mil Satanases. ¿Cómo he de decir que no soy la tía Marizápalos?

SECRETARIO.

Y ¿cómo se lo queréis persuadir á vuestro secretario íntimo?

GARABITO.

Me tenéis ya frito, señor secretario.

SECRETARIO.

Esa es una metáfora; pero si persistís en tan ridículo empeño, se os freirá positivamente.

GARABITO.

¿Cómo?

SECRETARIO.

En aceite ó manteca, según sepa mejor á la sociedad. Esa pena imponemos á los dignatarios recalcitrantes.

GARABITO, *aparte.*

(Para el pícaro que haga dimisión por ahora.)

SECRETARIO.

Mientras vienen los otros, podéis coger cuatro palabras de este apunte de arenga, mío: he procurado hacerle patéctico, erudicto, excétera.

GARABITO.

Patéctico, erudicto, y con excétera extará bueno: venga ese papelc. (*Salen más brujos, el coro y el cuerpo de baile. Cantan y bailan. Garabito ocupa el asiento de preferencia.*)

CORO.

Vivió en pobreza mísera
La tribu nigromántica;
La docta Marizápalos,
Con arte nueva mágica,
Nos hizo en breve término
Riquezas adquirir.
¡Marizápalos ínclita viva,
De la magia maestra sutil!

SECRETARIO, *después del baile.*

Vamos, es la hora.

PORTERO 1.º

(*Haciendo sonar una maza hueca con chinas dentro.*) ¡De orden de su archimagiquencia, silencio!

PORTERO 2.º

¡De orden de su protomagiquencia, atención!

GARABITO, *aparte.*

(¡Saque Dios con bien á mi archiprotomagiquería!) Brujos y brujas de todos los aquelarres de España, se da principio á la conclusión del conciliábulo.

UNA JOVEN.

No hurgue.

UNA VIEJA.

No se eche encima.

BRUJO 1.º, *á otro.*

Colóquese en el grupo de más abajo.

LOS PORTEROS.

¡Atención! (*Haciendo ruido con sus mazas.*)

GARABITO.

Sabios compañeros... La hora en que el ejercicio de la hechicería se abandone para siempre en España, va á sonar al instante. Excrito estaba, como sabéis, en nuestros libros profécticos, que nuestra secta cesaría de existir en esta Pecnínsula 273 años después que desaparecciera del mundo el supereminente mágico de las Españas, el célebre Don Enrique de Aragón, Marqués de Villena!

BRUJO 2.º

Pido que se averigüe si Don Enrique de Aragón fué verdaderamente Marqués de Villena.

GARABITO.

Aquí no se viene á averiguar verdades.

BRUJO 1.º

Fuera el que interrumpa.

TODOS.

¡Fuera!

LOS PORTEROS.

¡Orden! ¡Atención!

GARABITO.

Yo, que ví bambolear en sus cicmientos el alcázar de la magia, quise evitar que perecciésemos entre sus escombros; quise más: quise que de la ruína del arte naciese la procsperidad de quienes lo procfesaban; quise, en fin, que, renunciando á ser brujos, nos dedicásemos á hacernos ricos, y en vez de chupar la sangre á nuestros contrarios, traslacdásemos á nuestros bolsillos el oro de sus gavectas.

BRUJO 1.º

¡Qué bien parla!

BRUJO 2.º

¡Qué bien rebuzna!

TODOS, *á un tiempo.*

Silencio. Orden. Chito. Callen ellas; callen ellos.

GARABITO.

Callen los que mandan callar. (*Dando gran voz: se restablece el silencio.*) Mi proyecto fué acmitido con entusiasmo; y cuando, pasado el tiempo prescrito para darle felice cima, os reucno en estas catacumbas, sobre las cuales se extienden los memorables campos de Barahocna, descubro en vosotros enajenado... enajenada de júbilo, el orgullo, la petulancia, el sobrecejo insultante, que caracteri-

zan al hombre que, valiendo muy poco más de cero, ha prosperado tanto que inspira cerote.

BRUJO 1.º

Eso se podía suprimir.

BRUJO 2.º

Aquí no se viene á averiguar verdades.

ALGUNOS.

Que se llame al orden á su archimagiquencia.

SECRETARIO, *aparte á Garabito.*

(Usad del gran recurso.)

GARABITO.

Y ¿cuál es? ¿Emprender á estacazos con ellos?

BRUJO 1.º

Propongo un voto de censura.

MUCHOS.

Apoyado.

GARABITO.

(*Después de haber hablado en secreto con el secretario.*) ¡Silencio! Yo empuño el bastón de archimaga todavía; y si me faltan al respeto... ¡voto á la redoma del Marqués de Villena!... (*Suena dentro un estruendo horroroso: los brujos caen aterrados al suelo.*)

TODOS.

¡Perdón, perdón!

GARABITO.

Alzad, y no me obliguéis á repetir ese juramento terrible, que hace estremecer las bóvedas del Tártaro.—Y... acabemos.—En esa redoma yace, cual sabéis, encantado el reformador de la magia en Castilla, el nunca bastantemente redomado... digo, renombrado Marqués de Villena. (*Todos los brujos hacen una profunda reverencia.*) Traída esa ampolla desde Madrid á este sitio por los espíritus inf... por los espíritus nuestros auxiliares, dejando en su lugar otra, para que el insensato vulgo la hiciese añicos, ha permanecido largos años intacta. En el momento en que una mano atrevida quebrante ese vaso, volverá el Marqués de Villena á contarse en el número de los vivientes. Habiendo vosotros... habiéndonos nosotros servido de la magia para fines dicstintos de los que se procpuso aquel hombre singular, que empleó neciamente su saber en beneficio del mundo, de temer era que, si le libertábamos de esa estrecha cárcel, nos castigase por haber desnacturalizado la índole de su doctrina. Propongo, pues, que la redoma encantada quede inécdita en este paraje hasta la consumación de los siglos.

TODOS.

Aprobado.

GARABITO.

Secuaces de Merlín, hijos de Celestina, soltad ya de las manos el cetro con que mandábais á la nac-

turaleza. Gozad de los bienes que os procuró vuestra inducstria: ellos os harán respectar de los mismos á quienes habéis despojado; y al bajar á la tumba la necia pocsteridad, lisonjera siempre con el poderoso, estampará en vuestra losa, con el oro que usurpásteis, pomposos lectreros en alabanza de virtudes que jamás habréis conocido. Libres sois, compañeros; libres sois, genios, cuya cooperación coagradecemos coentusiasmados coindistinta y counánimemente. (*Unas figuras aladas vuelan.*) La secta de los brujos queda para siempre disuelta en España. (*Rompe el bastón, se baja del pedestal y deja las demás insignias archimágicas.*)

CORO.

Caverna, donde incógnita
Reinaba Marizápalos,
Á darnos vida espléndida
Por ese mundo vámonos.
Villena, el mago célebre,
Habite sólo en tí.
Para siempre, Marqués de Villena,
Para siempre te quedas aquí.

(*Vanse todos, menos Garabito.*)

ESCENA IX.

GARABITO.

Ya salí del apuro. Pero ahora, ¿cómo voy á Madrid? Esa familiota ha renunciado solemnemente

á la hechicería; pero su primer dignatario embrujado se queda. Derechos adquiridos, que sobreviven á las reformas. Sirvámonos de las noticias que se me han dado. Consultemos al protomaestro de la facultad. Aquélla es la redoma encantada, donde está en forma de álcali volátil el Marqués de Villena; restituyamos al mundo un hombre de bien: no abundan hoy tanto que uno más nos estorbe. (*Coge del suelo un pedazo del bastón de la archimaga.*) Á la una, á las dos: ¡pum! (*Rompe la redoma: sale de ella una llama primero, y humo después, que se va aclarando y dejando ver la figura de Don Enrique.*) ¡Calle! pues se ha disipado: se conoce que la tal combinación mágica se había desvirtuado con el tiempo. Pero no: allí distingo un bulto que tiene casi figura humana. Sí, cada vez le veo más claro. Él es... digo, él será, que yo no he alcanzado los tiempos de su señoría. (*Don Enrique baja del nicho al tablado.*)

ESCENA X.

DON ENRIQUE, GARABITO.

ENRIQUE.

Deste paraje non guardo
Membranza... ¡Dios eternal!
¿Dó estó? ¿Qué ha sido de mí?
Melendo, Nuño, Ferrán...
Ningún servidor me acude.
Dormir he debido asaz.
Vos, ¿quién sodes?

GARABITO, *aparte.*

(Yo no entiendo
Pizca de tal guirigay.)
Si usted pregunta quién soy,
Le diré en primer lugar
Que no soy lo que parezco.

ENRIQUE.

¿En qué parla me fabláis?
De lueñe venís, la fembra
De arreo descomunal.

GARABITO.

Arreo es cosa de bestias;
Y, bien que pobre pelgar,
Nombre de aguda cabeza
Por todo Madrid me dan.

ENRIQUE.

Esto ¿es Madrid?

GARABITO.

No, señor:
Es Barahona.

ENRIQUE.

¿Do yaz
La caverna en que se ayuntan
Los nigromantes?

GARABITO.

Cabal.

ENRIQUE, *aparte.*

(Á las mientes se me viene
La mi redoma, mi gran
Encantamento...) ¿Cuál año
Corre de la era vulgar?

GARABITO.

Mil setecientos y diez,
Si no miente el almanac.

ENRIQUE.

¡Oh triunfo del mi saber!
Sciencia fallada por Cam,
Yo á la perfición te aduje,
Yo fiz lo que nadie faz.
Yo mi vida interrompí
Con dota curiosidat
De la dulce patria mía,
Tras luengo plazo estodiar.
¡Bendígovos, Regidor
De la máquina mundial,
Por quien hoy tornan mis ojos
Á ver la lumbre solar!
Docientos setenta é tres
Años he posado en paz
En mi escondredijo.

GARABITO.

Ha sido
Una siesta regular.
¿Y despierta usted con toda
Su mágica habilidad?

ENRIQUE.

¿Qué cosa es *usted?*

GARABITO.

Usted...
Es... usted... cuando yo á hablar
Me pongo con él... soy yo,
Si me habla un pelafustán;
Y él y todos son *ustedes...*
Si se lo quieren llamar.

ENRIQUE.

Dios me fine, buena vieja,
Si vos entiendo.

GARABITO.

Alto allá:
Si soy vieja, es que me han hecho
Que me madure en agraz,
Envolviendo en esta cáscara
Un hombre como un varal.

ENRIQUE.

Ruminad lo que fablardes.
¿Traen en aquesta edad
Los varones de Castilla
Ese aparejo?

GARABITO.

No tal;
Pero hace poco me dí

Bien contra mi voluntad
Un baño en cierto calducho,
Preparación infernal
Que una bruja en su tejado
Tenía puesto á enfriar;
Y míreme usted trocado
En ella, sin más ni más.

ENRIQUE, *aparte.*

(El mi anillo prepotente
Ganoso estoy de probar.)
Criatura contrafecha,
Torna á tu sér natural.

(*Desaparecen los vestidos mujeriles de Garabito, quedando en su traje ordinario.*)

GARABITO.

¡Ajajá! Ya me conozco.
Sentía una frialdad
Antes en la sangre... ahora
No, hierve como un volcán.
Mil gracias, señor Marqués.
Bien hice yo en quebrantar
Su redoma.

ENRIQUE.

Qué, ¿tú fuiste?
Gualardonarte me cal.
Garzón bien queriente mío,
Demándame á tu solaz,
Y en acudir al tal gusto
Mi prestedumbre verás.

GARABITO.

Á un Conde, que sin razón
Me ha mandado apalear,
Quisiera yo darle... así...
Una lección de moral,
Para que á la gente humilde
Tratase con caridad.

ENRIQUE.

Justo es. Súbito quiero
La facienda averiguar
De esotro Conde, é si peca,
Punido de mí será.
¡Ah de los genios del aire,
Que obedescen mi mandar!
Sepades poner por obra
Mis disinios.

VOZ, *dentro*.

Ya lo están.

(*Abrese en el muro del fondo un boquete y se ve al Conde en su casa, acompañado de Don Gaspar y Don Ramón.*)

ENRIQUE.

¿Cuál es tu inimigo?

GARABITO.

Aquél.

ENRIQUE.

Oigámosle en poridad.

ESCENA XI.

EL CONDE, DON RAMÓN, DON GASPAR, sentados alrededor de una mesa, bebiendo; DON ENRIQUE, GARABITO.

CONDE.

Tal fué su resolución:
Ó bodas ó calabazas.

GASPAR.

¿Y de qué manera trazas
Humillar su presunción?

CONDE.

Satisfaciendo su antojo. (*Bebiendo.*)

RAMÓN.

¿Casarte con ella quieres?
Vaya, mediando mujeres,
Harás tu cualquier arrojo.

CONDE.

Bebed: la historia concluyo
Y el plan os diré que ordeno.

GASPAR.

Bebamos: el vino es bueno,
Y el plan será como tuyo.

CONDE.

Si yo no recuerdo mal (*Á Gaspar*),

Me has dicho en una ocasión
Que tienes un caserón
Allá junto á Portugal.

GASPAR.

Sí, es un castillo roquero
Con muros de piedra enormes.

RAMÓN.

Se ve desde ellos al Tormes
Desembocar en el Duero.

GASPAR.

Trae su nombre asustada
La fe del pueblo sencillo.

CONDE.

¿Qué nombre tiene?

GASPAR.

Castillo
De la cabeza encantada.
Llevo por punto de honor,
Ya que todo lo vendí,
Salvar esta finca.

RAMÓN.

Sí,
Hasta que halles comprador.

CONDE.

Pues allí pienso llevar

A mi orgullosa hermosura,
Y allí, vestido de cura,
Me casarás tú, Gaspar.

RAMÓN.

¡Bravo!

GASPAR.

¡Bien!

GARABITO.

¿Qué tal?

ENRIQUE.

Judío
Será, que non fijodalgo,
Aquese home.

GASPAR.

Un mundo valgo
Para el lance.

GARABITO.

¡Vaya un tío!

CONDE.

Ramón de padrino hará.

RAMÓN.

De sacristán, si conviene.

GASPAR.

¡Buen chasco se le previene

Á esa necia! Rabiará
Cuando averigüe el misterio.

CONDE.

Se la deja que alborote;
Luego se la arregla un dote,
Y á rezar á un monasterio.
Por el logro de mis fines. (*Brindando.*)

GASPAR.

Por la simple que se vende
Á sí propia.

ENRIQUE.

Yo por ende
La defiendo, malandrines,
Mengua del nombre español.
(*Ciérrase la abertura.*)

ESCENA XII.

DON ENRIQUE, GARABITO.

GARABITO.

Y sepa, señor Marqués,
Que la Dorotea es
Una chica como un sol.

ENRIQUE.

¿Fermosa?

GARABITO.

Y noble y honrada.

ENRIQUE.

¿Noble doncella otrosí?

GARABITO.

Sabe más que un zahorí.

ENRIQUE.

Será un tanto engorgollada.

GARABITO.

Si es la dulzura en persona.

ENRIQUE.

¡Cuerpo de tal! ¡Noble sciente,
Garrida, honesta é placiente!...
Meresciera una corona.

GARABITO.

Pues nada pondero.

ENRIQUE.

Aina
Faz el encomio que dud
Si con él similitud
Habrá la dama.

GARABITO.

Es divina.

ENRIQUE.

Saberlo hé.

(*Á una señal de Don Enrique se hace en el foro una abertura pequeña, donde se ve el rostro de Dorotea.*)

¡Por mi siglo
Que paresce una Diosesa!

GARABITO.

¿La ve usted?

(*Mira al fondo, y en lugar del rostro de Dorotea se le aparece un feo mascarón. Garabito aparta la vista espantado.*)

¡Huy! Si no es esa.
Esa es un coco, un vestiglo.
(*El busto de Dorotea vuelve á aparecer.*)

ENRIQUE.

Frente há de fembra sesuda,
Rojo labro apetescible.

GARABITO.

Si es una tarasca horrible,
Narigona y barbilluda.

ENRIQUE.

Ya es forzado que me nombre
Captivo suyo.

GARABITO, *aparte.*

(¿Habrá visto
Él lo que yo?)
(*Vuelve á mirar y aparece otra figura horrenda.*)
¡Jesucristo!
¿De qué se enamora este hombre?
(*Cúbrese la apariencia.*)

ENRIQUE.

Ora, pues, al Conde trato

Befar; mas empeño es mío
Que non partas man-vacío
De mí, ca non soy ingrato.
Tres cosas en tu magín
Discurre, é dártelas hé.

GARABITO.

¿Tres? Pensaré, pediré,
Y no pecaré de ruín.
¡Tres deseos! Doy un susto
Mañana á Madrid, lo espanto.
¡Jesús! ¡Se me ocurre tanto!...
Loco me vuelvo de gusto.
Quiero, pues... ¡qué tontería!
Más. Jardín... coche de gala...
Más. Que el Conde... que Pascuala...
Que Laín... Más todavía,
Más, más: de este covachón
Debo salir Preste Juan
De las Indias, ó Sultán
De Jauja y San Borondón.
Tres cosas pedir intento,
Con las cuales ni al villano
Envidie su cuerpo sano,
Ni á la virtud su contento,
Ni los deleites al rico
Con que la suerte le adula.
Para contentar su gula
Sudan esteva y pellico,
Y el caudal de un pueblo entero
En un plato lo devora. (*Bosteza.*)

Un hambre me da, que ahora
Me tragaría un carnero.

(*Aparece en una mesa de aparador un plato enorme con un carnero asado ó vivo.*)

ENRIQUE.

Primer deseo cumplido.

GARABITO.

¡Mentecato de mí! ¡Bruto!
Por un antojo sin fruto
Mil ventajas he perdido.
¿Á quién sino á mí le asalta
Ese bestial pensamiento?
La cola para jumento
Es sólo lo que me falta.

ENRIQUE.

Dóitela, pues.

(*Vuela el plato y sálele á Garabito una cola de asno.*)

GARABITO.

¡San Millán!
Hacia el fin del espinazo
He sentido un embarazo...
(*Viéndose la cola.*)
Pues ¡cierto que estoy galán!
¡Cielos! ¿Á quién el destino
Con tanto rigor aqueja?
Ya me transfiguro en vieja,
Ya me ingertan de pollino.
¿Qué he de hacer yo, Dios eterno,
Con esta superfluidad?

ENRIQUE.

Quédate una voluntad.

GARABITO.

Vaya la cola al infierno.

(*Se abre un escotillón por el cual asoma un diablillo que arranca la cola á Garabito.*)

ENRIQUE.

Ya mi debda satisfiz.

GARABITO.

Y á poca costa.

ENRIQUE.

Magüer
Complí, faréte placer.
¿Qué cobdicias?

GARABITO.

Ser feliz.

ENRIQUE.

Aqueso sin mí lo has.
Agrádate de tu estado
É cátate afortunado.

GARABITO.

Deseara yo además...
Hacerme...

ENRIQUE.

¿Emperante? ¿Rey?

GARABITO.

Rico, y tal que mi tesoro
Pudiera envolverme en oro.

ENRIQUE.

Hombre de oro un rato sey.
(*Conviértese Garabito en estatua de oro.*)

GARABITO.

¡Por la torre de Mombuy!
Peor es esto que el rabo.
Ya no quiero ni un ochavo.
Quiero moverme. ¡Huy, huy, huy!
(*Quédase inmóvil y mudo.*)

ENRIQUE.

Espritos del aire, cual el de sotiles,
Que al hombre enseñades, burlándole al par,
Viandante yo agora, por nuevos carriles
Atáñevos ende mi planta guiar.
Si el cuento á mis años me plugo alongar,
Cobdicia me priso de honesto placer;
Mi vida segunda comience á correr,
Veyendo mi pecho su afán alcanzado,
Su afán sempiterno de ser bien pagado
De amante, de bella, de honrada mujer.

(*Se ha abierto el foro: una porción de genios alados rodea á Don Enrique; condúcenle á la abertura de donde salieron, y le colocan en un carro aéreo que le saca del subterráneo.*)

ACTO SEGUNDO.

Decoración de jardín magnífico. Bancos de piedra, asientos rústicos, etc.

ESCENA I.

DON ENRIQUE, GARABITO.

GARABITO.

¿Con que renuncia usted á la sorpresa
Que al mundo causaría
Revelando su nombre verdadero?
Bien hecho podrá ser; pero me pesa.

ENRIQUE.

Ya en mis tiempos obtuve nombradía;
Modesta paz en adelante quiero.

GARABITO.

Nuestro secreto morirá conmigo,
Aunque en hacerlo público tenía
El interés de parte y de testigo.

ENRIQUE.

Un siglo no es bastante,
Contando á maravilla por instante,
Para gozar completo el portentoso
Espectáculo nuevo
Que á tu mano benéfica le debo.
Álzate del sepulcro tenebroso,
Ruda generación, cuya demencia,
Confundiendo el saber con los delitos,
Á ceniza redujo mis escritos:
Contempla de otra edad en la experiencia
Los magníficos frutos de la ciencia.
Cruza Colón las indomadas olas
Del férvido Oceano,
Y allá en un mundo incógnito su mano
Pone audaz las banderas españolas;
Abre á la ilustración canal fecundo
La prensa, voz y vínculo del mundo;
La cristalina lente
Por el cielo esplendente,
Siguiendo el giro de sus luces bellas,
Avecina del suelo las estrellas;
Y la mal disfrazada alegoría,
Tímido ensayo de la pluma mía,
De interés, de verdad, de pompa ornada,
Ya de puñal armada,
Ya tomando la máscara risueña,
Deleite ofrece á sentimiento y juicio,
Y en ingeniosas fábulas enseña
Respeto á la virtud, horror al vicio.
¡Siglo feliz, que con veloz progreso

Ves á la perfección en todas partes
Las costumbres correr, las ciencias y artes!

GARABITO.

Y por más que lo nieguen, algo es eso.

ENRIQUE.

Mengua el crimen y el mal; no tan austera
La virtud, se reviste de dulzura;
Y ocupando su puesto la hermosura,
La hace el hombre, de esclava, compañera.
La guerra, vuelto el musulmán temido
Á las arenas de África vencido,
Menos bárbara es ya, menos impía.

GARABITO.

¡Ay! no falta materia para lloros;
Huéspedes hay en casa todavía,
Que hacen más daño que si fueran moros.
¿Cómo no echa usted mano de sus untos,
Y á los aliados contra España juntos
No me los despampana de un porrazo
En la cumbre del monte Chimborazo?

ENRIQUE.

Ya la suerte del trono Don Felipe
Deja en Villaviciosa decidida:
Nube será, que leve se disipe,
La furia de la hueste que en su saña
Huye de muerte herida.
Próxima está la paz, y la campaña
Tenido hubiera duración más corta,

Sino fuese hasta aquí suerte de España
Tarde entender lo que á su bien importa.
Tal mi destino fué también un día,
Y me costó el error perder mi estado,
Y cuanto fué mi bien. Escarmentado
Vuelvo por fin á la segura vía,
Y en el presente empeño,
La postrimera vez será sin duda
Que á mis recursos mágicos acuda.
De posesiones dueño,
Donde practique la virtud sin brillo;
Retirado tal vez en un castillo,
En la corte tal vez, y en esta aldea,
Desconocido viviré en reposo,
Felicísimo esposo
De mi dulce y hermosa Dorotea.

GARABITO.

¡Qué ajeno estará el Conde
De la función que aquí se solemniza!
¿Cómo ha de imaginarse, ni por dónde,
Que la boda que en falso preparaba
Usted se la realiza,
Tomando su figura, nombre y traje?
Bramando de coraje
Vagará por Madrid, buscando el coche
Que llevó á ustedes á casarse anoche.

ENRIQUE.

Castigo mereciera más severo
Que usurparle la dama, sus deslices.

GARABITO.

Díganlo mis costillas infelices.
Mas desquitarme espero.

ENRIQUE.

Desecha pensamientos inhumanos:
La venganza es deleite de villanos.

GARABITO.

Esa razón me favorece al doble:
Ni él como Conde obró, ni yo soy noble.

ENRIQUE.

Culparán en la sala mi tardanza
Los convidados ya. Toma: te dejo
Ese mágico anillo,
Que te dará completa semejanza
Con Don Laín...

GARABITO.

¡Señor! ¡tras vieja, viejo!
¡Por Dios!...

ENRIQUE.

Parecerás el mayordomo
Y joven quedarás.

GARABITO.

¿No es más sencillo
Que no me deje ver?

ENRIQUE.

¡Eh! toma.

GARABITO.

Tomo
La facha, pues, del ínclito Cornejo.

(*Recibe Garabito el anillo y toma con él la figura de Don Laín.— Vase el Marqués.*)

ESCENA II.

GARABITO.

Aquí en la boda está la infiel Pascuala,
Y luego Don Laín vendrá sin duda;
No es la ocasión para mis celos mala,
Ya que en otro por magia se me muda:
Con el auxilio de la faz postiza,
Vengaré calabazas y paliza.
Esta flexible vara, que es la propia,
(*Cogiendo una que estaba en un banco.*)
Marque á mi original profundamente,
Porque no se confunda con la copia.
Hétenos frente á frente.

ESCENA III.

DON LAÍN, GARABITO.

LAÍN, *aparte.*

(Á esta quinta se ha encaminado, según me dicen, un carruaje con Dorotea. Preguntemos.) Guarde Dios á usted, camarada.

GARABITO.

Servidor, hidalgo.

LAÍN.

¿Pudiera usted decirme si ha visto algún coche por estas inmediaciones?

GARABITO.

Una docena de ellos paró aquí á mediodía.

LAÍN.

Pues no tiene traza de parador este edificio.

GARABITO.

Ya lo creo: es el palacio del señor Conde de la Biznaga.

LAÍN.

¡Del señor Conde de...! ¿Á quién dice usted que pertenece esta finca?

GARABITO.

Repito que al señor Conde de la Biznaga.

LAÍN.

¿Sabe usted que habla con quien tiene en la uña todas las haciendas del señor Conde?

GARABITO.

Pues, amigo, ésta se ha escapado de las uñas de usted.

LAÍN.

Sin duda es compra muy reciente de su señoría; tan reciente acaso, que todavía no la habrá visto.

GARABITO.

Si come hoy aquí...

LAÍN.

¿Aquí está el Conde?

GARABITO.

Hombre, usted se admira de todo. ¿Qué tiene de particular que un Conde coma en su casa?

LAÍN.

Maldito, y tampoco lo tendrá que participe yo de su mesa. Con permiso de usted, mi dueño.

GARABITO.

¿Á dónde va usted tan diligente?

LAÍN.

Á ver á mi amo.

GARABITO.

¿Usted sirve al Conde de la Biznaga?

LAÍN.

¡Bueno sería que me lo quisiera usted disputar!

GARABITO.

Yo conozco á todos los dependientes de su se-

ñoría, y jamás he tenido el poco envidiable gusto de mirar ese *coramvobis* de fariseo.

LAÍN.

¿Si querrá usted conocer á los criados del Conde mejor que yo?

GARABITO.

¿Pues quién es usted para conocerlos?

LAÍN.

Su mayordomo.

GARABITO.

¿Su mayordomo?

LAÍN.

Sí, señor: Don Laín Cornejo.

GARABITO.

¿Sabe usted que voy sintiendo una comezón irresistible de cargarle de leña?

LAÍN.

Haga usted por dominar esa tentación, á lo menos hasta que yo sepa la causa.

GARABITO.

Usted se atreve á usurpar el nombre de Laín Cornejo, vinculación perpetua de mi familia.

LAÍN.

Yo no usurpo nada á nadie: ese nombre lo he llevado yo desde el día de mi bateo.

GARABITO.

Tal será la opinión de usted; pero la mía en este particular es enteramente contraria, y va usted á probar el peso de mis argumentos. (*Meneando la vara.*)

LAÍN.

Pero, hombre, ¿qué le importa á usted que yo me llame Don Laín ó Don Periquito Fernández?

GARABITO.

Sepa usted, para que se confunda, que quien se llama Laín Cornejo; quien es mayordomo del señor Conde de la Biznaga, soy yo.

LAÍN.

¿Usted? ¿Está usted seguro de ello?

GARABITO.

¿Quién, sino yo, há veinticinco años que reduce á la mitad las rentas del Conde? ¿Quién le arruína y le presta á cincuenta por ciento el mismo dinero que le estafa? ¿Quién le induce á que pase la vida entre parásitos, busconcillas y tahures, para que sus gastos se aumenten y no repare en las cuentas?

LAÍN, *aparte.*

(¡Dios de Israel! Si este hombre no es Don Laín, ¿cómo sabe tanto? Sobre que ya voy teniendo dudas... Y en verdad, ahora que reparo en él, que se parece á mí como se parecen dos cosas cuando son iguales.) Amigo mío, por las señas que us-

ted me da, pudiera ser usted el que dice; pero como yo pudiera dar muchas más, debo creer que el verdadero Don Laín no es distinto de mi persona.

GARABITO.

La prueba. ¿Conoce usted á un gallardo mozo, natural de Móstoles, cuya fama vuela por las ventanas de Madrid, llamado Garabito?

LAÍN.

Sí, señor, que le conozco. Y ¿qué?

GARABITO.

Y ¿quién es ese hombre?

LAÍN.

Un galopo solemne.

GARABITO.

No se quite usted sus cualidades para encajárselas á otro. Yo hablaba del oficio de ese mancebo insigne.

LAÍN.

Es vidriero... y torpe, y carero, y descortés.

GARABITO.

Usted parece de su gremio, según le elogia. ¿Qué ha trabajado el tal para el Conde?

LAÍN.

Valor de ochenta pesos, salva la rebaja correspondiente.

GARABITO.

Y esa obra, ¿se le ha pagado?

LAÍN.

Con una veintena de palos cabal, y alguna fracción insignificante.

GARABITO.

Y ¿quién dispuso que se le satisficiese en tan buena moneda?

LAÍN.

La propuesta fué mía, y el decreto de ejecución fué de mi amo.

GARABITO.

¡Oiga! Y ¿qué ha hecho usted de la novia del susodicho?

LAÍN.

Mi mujer.

GARABITO.

Y con respecto á él, ¿se ha encargado usted de algún negociejo?

LAÍN.

De enviarle á ganar un curso de rebenque bajo la dirección de un cómitre de buenos humos.

GARABITO.

¿Sí, eh? Viejo canalla, recibe el premio de tus maldades. (*Le apalea.*)

LAÍN.

¡Ay, ay! ¿Dónde me refugio? (*Va á huir por entre dos bastidores, de entre los cuales salen varias piernas calzadas con botas de diferentes hechuras, y le amenazan con puntapiés; va al lado opuesto, y le pasa otro tanto: en el interin Garabito sigue apaleándole.*) ¡Huy! Pies, ¿para qué os quiero? ¡Misericordia! Por nuestra Señora de la Piedad, por el Señor atado á la columna...

GARABITO.

¿Es usted Don Laín todavía?

LAÍN.

No, señor: ya no soy más que un hombre molido á palos. Sus argumentos de usted me han hecho conocer que me he equivocado de nombre hasta el día de la fecha.

GARABITO.

¿Volverá usted á usar el mío?

LAÍN.

No, señor, á fe de Laín Cornejo.

GARABITO

Pícaro, toma para que tengas memoria.

LAÍN.

San Dimas, ¡favorecedme! (*Huye.*)

ESCENA IV.

PASCUALA, GARABITO.

PASCUALA.

¡Qué alboroto! Yo sin duda
Que os mataban me creí.

GARABITO.

¿Y te hace salir aquí
La gana de verte viuda?
(*Aparte.* No puede ser más propicia
La ocasión, para que lleve
Su merecido esta aleve,
Que me vendió por codicia.)

PASCUALA.

¿Cómo habéis aquí venido,
Contra mi expreso mandato?
Cuando de esparcirme trato,
Lejos hoy de mi marido.
Lo tengo dicho mil veces.

GARABITO.

Yo lo oigo por vez primera.

PASCUALA.

Os faltaba la sordera,
Tras tantas ridiculeces.

GARABITO, *aparte.*

(Para enfilar una riña
Se va preparando bien.)
Y dígame usted, ¿á quién
Se figura que habla, niña?

PASCUALA.

Al hombre que se obligó
Con toda formalidad
Á no tener voluntad,
Porque le sufriera yo.
Solamente puedo así
No echar menos los amantes
Que me pretendieron antes
Que os acordárais de mí;
Finos todos y atildados,
Y uno de ellos de alto porte,
De lo mejor que en la corte
Pasea... por los tejados.

GARABITO.

¡Á un hombre de mi calibre
Decir desvergüenza tal!

PASCUALA.

¡Eh! déjeme el carcamal
Hoy de su presencia libre.

GARABITO.

Tú te propones hacerme
Que te mida las espaldas.

PASCUALA.

Guardad respeto á las faldas;
No despertéis á quien duerme.
Mirad que diré clarito,
Porque á Lucifer os deis,
Que ni besar merecéis
Donde pise Garabito.

GARABITO.

¡Qué oigo!

PASCUALA.

Es un bobalicón,
Á quien no estuviera mal
Ir atado de un ramal
Á beber en un pilón;
Pero á una mujer la esponja
Mucho el mimo y el regalo
De un joven.

GARABITO, *aparte.*

(¡Dé usted un palo
Después de tanta lisonja!)

PASCUALA.

Vos gruñís á troche y moche
Todo lo que dura el día,
Y él á mi reja venía
Más rendido cada noche.

GARABITO, *aparte.*

(¡Qué tarde mi amor se aprecia,
Tan fino, puro y brillante

Como punta de diamante,
Como cristal de Venecia!)

PASCUALA.

Desde que en vos el autor
Miro de su zarandeo,
Ha subido vuestro feo
Á la línea del horror.
¡Pobrecillo!

GARABITO.

Sí, vindícalo;
Y á tu podrigorio, béfalo;
Que es...

PASCUALA.

Un hurón.

GARABITO.

Un cernícalo.

PASCUALA.

Un avestruz.

GARABITO.

Un bucéfalo.

PASCUALA.

Un hipopótamo.

GARABITO.

Un
Rinoceronte.

PASCUALA.

Un jirafo.

GARABITO.

Tullido se quede y gafo.

PASCUALA.

Así os volviérais atún.

GARABITO.

Si no le rompí el bautismo
Há poco al tal mayordomo,
Fué...

PASCUALA.

¿Qué estáis diciendo? ¿Cómo
Habláis así de vos mismo?

GARABITO, *aparte.*

(Soy, mucho favor haciéndome,
El asno mayor de Móstoles.)
Hija, por los doce Apóstoles,
Cree... que voy conociéndome,
Y es por eso benemérita
Mi acusación hiperbólica,
Pues quiero, entre paz bucólica,
Mi vida enmendar pretérita.
Milagro del Lavapiés,
Guardillero serafín,
No mires á Don Laín
En el botarga que ves:
Mira una persona ambigua,
Que une con prodigio nuevo
Un corazón de mancebo

Y una cara de estantigua;
Y aunque tu razón no entienda
De mi discurso el busilis,
Haz por no hablarme con bilis:
Dulcifícate, mi prenda,
Y halle en tus brazos hermosos
Mi ansia de amor su específico.

PASCUALA.

Don Laín, eso es magnífico:
Así han de ser los esposos.
Habláis con tal expresión,
Que rinde su dulce imperio.
Perdonad tanto improperio
Que os dije sin ton ni son.

GARABITO.

Yo no soy hombre á quien hiere
Una salida de tono:
Cualquier ofensa perdono
Que á Don Laín se le hiciere.

PASCUALA.

Doráis con tales maneras
Vuestra fecha y vuestra facha:
Desde hoy, aunque soy muchacha,
Os voy á querer de veras.

GARABITO.

Soy feliz. (*Aparte.* ¡Ay! no lo soy:
De otro es la felicidad.)

PASCUALA.

Por el abrazo llegad:
Con toda el alma os le doy.

GARABITO.

Pues, señor...

PASCUALA.

Aunque una hiena
Parezco, mi genio es blando.

GARABITO, *aparte.*

(Pues ¿no la estoy abrazando,
Sin recordar que es ajena?)

PASCUALA.

¿Qué decís entre vos?

GARABITO.

Rezo
Y digo...

PASCUALA.

¿Qué?

GARABITO.

Que tú eres,
Entre todas las mujeres,
De mi virtud el tropiezo.

PASCUALA.

Acto es de virtud perfecta
Quererse según se pacta.

GARABITO, *aparte.*

(No está mi nombre en el acta
Que á tu consorcio respecta.)

PASCUALA.

¿Qué habláis?

GARABITO, *aparte.*

(Genios, cuya acción
Detiene al galán más ágil,
Haced que un vidriero frágil
No caiga en la tentación.)

VOZ, *dentro.*

¡Pascuala!

PASCUALA.

Aquí estoy.

VOZ, *dentro.*

Ven presto.

PASCUALA.

Voy. Adiós, mi viejecito.

GARABITO.

Aguarda.

PASCUALA.

Vuelvo.

GARABITO.

Un poquito.

PASCUALA.

Adiós.

GARABITO.

Espera. (*Vase Pascuala.*) ¿Qué es esto?

(*Las matas del jardín se estrechan por un lado y otro, dejando sólo en medio un angosto paso.*)

ESCENA V.

GARABITO, y luego una VOZ.

GARABITO.

¡Oiga! me angostan el paso
De modo que sin molestia
No cabe en medio una bestia
De carga, pongo por caso.

VOZ, *dentro.*

Como tú... no has de pasar...

GARABITO.

¡Como el que habla es un marica!

VOZ.

Soy un genio que abanica.

GARABITO.

¿Qué es eso de abanicar?

VOZ.

Ven, verás.

(*Una mano pequeña sale de entre las ramas de un costado, y toca á Garabito suavemente varias veces en una mejilla.*)

GARABITO.

¡Oh gracia suma!
Tal como de niña ó niño.
Me hace en el rostro un cariño
Una manita de pluma.

(*Sale otra mano por el lado opuesto y hace lo mismo.*)

Ya son dos, á cual más blanda
Y linda. La que yo atrape,
Me la como. (*Quiere cogerlas.*)

VOZ.

Quita.

(*Se retiran las dos manos pequeñas, y salen otras de regular tamaño que sacuden á Garabito dos buenas bofetadas.*)

GARABITO.

¡Zape!
El par de manos agranda,
Y no hacen ya la mamola,
Sino plantan soplamocos
Tales, que sentara pocos
Más recios una manola.
Genios de genio burlón,
Larguimanos duendecillos,
Dejad paso.

(*Dos manos grandes abofetean á Garabito.*)

¡Ay, mis carrillos!
No juguéis al abejón,
Manotas, que yo no veo
Cara en que pegar. Señores

Genios abanicadores,
Baste ya de abaniqueo.
Una escena interesante
Pascuala y yo principiamos,
Y...

VOZ.

Si vas, te abanicamos.

(*Aparecen á un lado y otro varias manos colosales.*)

GARABITO.

¡Qué manazas de gigante!
Sola una me hiciera añicos:
Con dos dedos me estrangula.
Á la cola de una mula
Falsa tales abanicos.
Pies atrás.

(*Vase y ensánchase el jardín, quedando como antes.*)

ESCENA VI.

DON RAMÓN, DON GASPAR, DON ENRIQUE, DOROTEA; SEÑORAS, CABALLEROS, CRIADOS.

GASPAR, *dentro.*

Síganme ustedes
Al jardín.

VOCES, *dentro.*

Al jardín.

GASPAR.

Ea,

Dame ese brazo, Matea.
Tú, Ramón, con la Mercedes. (*Salen.*)

RAMÓN.

Con tiento, Gaspar, con tiento,
Que era muy fuerte el Jerez.

GASPAR.

Perdonen por esta vez
Las leyes del miramiento.
Ayer sin maravedí,
Y hoy bien repleto el bolsillo
Con la paga del castillo
Que á nuestro amigo vendí,
Justo es que bebiendo invoque
Al numen de la alegría,
Pues no hay boda sin orgía
Ni venta sin alboroque.

ENRIQUE.

¿Nada me dice mi hermosa?

DOROTEA.

¿No se revela el placer
En esta frente ardorosa?
¿No ves en tu tierna esposa
La más felice mujer?

ENRIQUE.

Miro en tus ojos lucir
Ternura y felicidad;
Mas quiere mi vanidad

Ufanarse con oir
Tan lisonjera verdad.

DOROTEA.

Yo pidiera, en premio justo
De esa verdad lisonjera,
Que mi esposo me dijera,
El origen del disgusto
Que á veces su rostro altera.

ENRIQUE.

¿Disgusto notas en mí?

DOROTEA.

Duda, inquietud... ¿qué sé yo?

ENRIQUE.

No: tu amor se alucinó.

DOROTEA.

Me ha sonado como *sí*
El acento de ese *no*.
Habla.

ENRIQUE.

Me acosa un desvelo...

DOROTEA.

Vamos, ¿qué te sobresalta?

ENRIQUE.

¡Será tal mi desconsuelo
Si un día tu amor me falta!

DOROTEA.

Faltárale el sol al cielo.

ENRIQUE.

Puedo perder mis blasones...

DOROTEA.

No es pérdida de llorar.

ENRIQUE.

Puede mi suerte cambiar,
Y aun en otras mis facciones
Se pudieran transformar.

DOROTEA.

¡Qué temores tan extraños!
Comunes á todos son
Tales mudanzas y daños:
En mí verás con los años
La misma transformación.

ENRIQUE.

Si mi nombre ó mi figura
Fuese lo que en mí te agrada...

DOROTEA.

El nombre no importa nada,
Y en materia de hermosura
No te cupo demasiada.
No te ofenda la franqueza
De un cariño verdadero;

Lo que yo en mi esposo quiero
No es fausto, ni gentileza,
Ni títulos, ni dinero:
Quien merece mi afición
No es el señor, es el hombre
Que me hace de su alma don;
Quiero en él su corazón,
Y allí no hay rostro ni nombre.

ENRIQUE.

Cesaron, ídolo mío,
Mis amargas inquietudes;
Á la suerte desafío,
Pues tengo con tus virtudes
Sujeto su poderío.
Dicha en la ciencia busqué,
Y en la gloria y los honores:
¡Ay! ¡cuánto me equivoqué!
La hiel de los sinsabores
En copa de oro apuré.
Que no es dichoso en la tierra
Quien entre muros sombríos
Montones de plata encierra,
Ni quien vierte sangre á ríos
En los campos de la guerra,
Ni quien á fuerza de dar
Tormento al sabio discurso,
Logró poder señalar
Á las estrellas el curso
Que en el cielo han de llevar.
Amor es el bien mayor
Que en esta obscura morada

Le dió al hombre su Hacedor,
Que le crió de la nada
Por un impulso de amor.

GASPAR.

Conde, jugar convendría
Un poco: el naipe es mi encanto.
(*Saca una baraja.*)

ENRIQUE.

Guarda tu baraja, en tanto
Que yo te muestro la mía.

(*Sale una mascarada de baile compuesta de las cuarenta figuras de la baraja.*)

GASPAR.

Llueve, señores: mi centro (*Acabado el baile*)
No es agua.

DOROTEA.

Gotas arroja
Gruesas la nube.

ENRIQUE.

Se moja
Mi baraja. Adentro.

TODOS.

Adentro. (*Vanse.*)

Sala de una posada.

ESCENA VII.

EL CONDE, DON LAÍN.

CONDE.

Bebido, borracho estás.

LAÍN.

Juro, por treinta millares
De mayordomos, que no.

CONDE.

Esfuérzate á serenarte,
Y dime...

LAÍN.

¿Qué?

CONDE.

La verdad.

LAÍN.

Pero ¿cómo? ¿Sin disfraces,
Ó callando lo que á usted
Pudiera desagradarle?

CONDE.

Lo que te haya sucedido
Quiero saber.

LAÍN.

Adelante.
Pregúnteme usted.

CONDE.

Anoche,
Al punto que averiguaste
La fuga de Dorotea,
Te encargué que la buscases
Por aquí, mientras que yo
Recorría otros lugares.
¿Qué fué lo que hiciste, luego
Que de mí te separaste?

LAÍN.

Renegar de usted cien veces
Y de su encargo.

CONDE.

¡Bergante!

LAÍN.

¿Incomodo por sincero?
Mentiré: nada más fácil.

CONDE.

¡Buen ánimo de servirme!
Y por esos andurriales,
¿Qué te pasó?

LAÍN.

Andar á obscuras
Hasta que el alba asomase.

CONDE.

¿Y qué más?

LAÍN.

Tener un miedo...
Colosal, inmensurable.

CONDE.

Ya: siempre fuiste un gallina.

LAÍN.

Caprichos con que uno nace.
Á usted le gusta exponer
Su pellejo: á mí guardarle.

CONDE.

¿Supiste qué dirección
Tomó con su carruaje
Dorotea, y á esa quinta
Cercana te encaminaste?

LAÍN.

Pues: me colé en los jardines
Sin que me tosiera nadie,
Hasta que tuve un encuentro
Fatal entre los fatales.

CONDE.

¿Con quién?

LAÍN.

Con un quídam, con
Una entidad improbable,
Inverosímil, absurda;
Pero que existe, no obstante.

Con un Don Laín Cornejo,
Con otro yo, que más sabe
De negocios míos, que este
Yo, que tiene usted delante.

CONDE.

¿Sabes, Laín, que me estás
Contando mil disparates?

LAÍN.

Señor, si es la verdad pura.
Yo, que pensaba ignorante
Que era un solo Don Laín,
Original incopiable,
Me ví en el jardín aquel
Partido en dos ejemplares,
Oración de dos personas,
La que padece y la que hace.

CONDE.

El diablo que te comprenda.
Pero ve diciendo: ¿entraste?

LAÍN.

¿Entrar? Ni pisé siquiera
Del palacio los umbrales.

CONDE.

¿Por qué no?

LAÍN.

Porque intervino
Cierto garrote en el lance,

Que me hizo ver las estrellas
Á la mitad de la tarde.

CONDE.

¿Con que te han apaleado,
Laín?

LAÍN.

¡Pero muy en grande!

CONDE.

¿Y quién fué?

LAÍN.

Yo.

CONDE.

¿Tú?

LAÍN.

Yo.

CONDE.

¿Cómo?
¿Tú á tí mismo te zurraste?

LAÍN.

Distingo: *yo* zurró á *mí;*
Al *yo* antiguo el *yo* flamante,
Que según sienta costuras
Parece oficial de sastre.

CONDE.

Cargue el infierno contigo.

¿Y á Dorotea, la hallaste?
¿La viste?

LAÍN.

Ni hallé ni ví,
Sino leña en mí.

CONDE.

¿Qué diantre
Has hecho entonces?

LAÍN.

Yo, nada.
Sufrir que me batanasen
Por usted.

CONDE.

¿No es Dorotea
La que viene?

LAÍN.

No hay escape.
Ella es... digo, si no hay otra
Con quien pueda equivocarse.

ESCENA VIII.

DOROTEA, UN POSADERO, CRIADOS, CRIADAS; dichos.

DOROTEA.

Vuestra posada es muy buena,
Vecino.

POSADERO.

Pues lo restante

Aún es mejor. Vuestro esposo
Acostumbraba alojarse
Aquí mismo.

CONDE.

¡Dorotea!

DOROTEA.

¡Tú por aquí! Vienes antes
De lo que yo me pensé.

CONDE.

¡Hola! ¿Con que no dudaste
Que te hallaría?

DOROTEA.

No tal:
Tu deber era buscarme.
Quedamos en eso.

CONDE.

Y ¿qué?
¿Debí esperar encontrarte
Aquí? ¿Para qué viniste?
¿Quiénes son esos patanes
Que te acompañan?

DOROTEA, *en voz baja al Conde.*

¿No ves
Cómo debiste escucharme,
Cuando te pedí en la mesa
Que ya la copa dejases?

CONDE.

¡Cómo!

DOROTEA.

Mira, vuelve á casa.

CONDE.

Gracias por el hospedaje;
Pero, ¿dónde vive usted?

DOROTEA.

Me figuré al desposarme
Que era la de mi marido
Mi casa.

CONDE.

Como ese enlace
Lo ignoraba yo...

DOROTEA.

Pues es
Ignorancia bien notable
Para un casado de anoche.
Tu memoria es harto frágil.

CONDE.

¡Yo estoy casado contigo!

DOROTEA.

¿Será preciso que mande
Á Madrid por la partida
De matrimonio? Dejadme.

(*Vanse los que vinieron con ella.*)

CONDE.

Laín, ¿qué dices?

LAÍN.

Que sea
Con muchas felicidades.

CONDE.

Dorotea, va tomando
Giro tan extravagante
Nuestro diálogo, que dudo
Cómo contigo explicarme:
Si me queje... si me olvide...

DOROTEA.

¿No has olvidado bastante?

CONDE.

Dime: á estas horas ayer...
Á tí y á la que de madre
Te sirve, ¿qué dije yo?

DOROTEA.

Que aspirabas á casarte
Conmigo...

LAÍN, *aparte.*

(Pues: mintió mi amo,
Y en mí la pena recae.)

DOROTEA.

Que querías en secreto

Verificar nuestro enlace
En un castillo, á la raya
De Portugal; que al instante
Para salir de Madrid
Aviara mi equipaje...
Te dí las gracias.

CONDE.

Y yo...

DOROTEA.

Tú, á poco, te retiraste.

CONDE.

Para volver en tu busca.

DOROTEA.

Y volviste, más amante
Y tierno que nunca...

CONDE.

¡Yo!

DOROTEA.

Con Mercedes y su padre.

CONDE.

¿Yo?

DOROTEA.

Y entonces me dijiste
Que no era ya nuestro viaje
Al castillo, sino aquí,

Porque nuestros esponsales
Se anticipaban...—Parece
Que oyes unas novedades
Extrañas, según se pinta
La sorpresa en tu semblante.

CONDE.

Prosigue esa relación.
(*Aparte*. Rabio de celos aparte.)

DOROTEA.

Pues ¿no te acuerdas?

CONDE.

De nada.

DOROTEA, *aparte*.

(Si es un capricho, sigámosle;
Si es distracción, pasará.)

LAÍN, *aparte*.

(¿Habrá también dos galanes
Como hay dobles mayordomos?)

CONDE.

Haz que mi ansiedad acabe.

DOROTEA.

Marchamos á la parroquia...
Allí, puedo asegurarte
Que no sé qué me pasó.
Mi felicidad tan grande,

Mi mérito tan humilde,
Tu nobleza, los desaires
Con que un día recelosa
Hice de tu amor examen...
¡Oh! mil recuerdos á un tiempo,
Con repetidos ataques,
El corazón asaltaban,
Sólo por tí palpitante.

CONDE.

Al hecho.

DOROTEA.

Desde la iglesia,
Con nuestros acompañantes,
Fuimos...

CONDE.

¿Á dónde?

DOROTEA.

Á tu casa.

LAÍN.

No era hora de pasearse
Á las tantas de la noche.

CONDE.

¿Quieres callar, badulaque?

DOROTEA.

Sobre cena se trató
De venir á este paraje;

Nos quedamos con mi abuela:
Me abrazaba... me abrazaste...

CONDE.

Y tú á mí.

DOROTEA.

¡Gracias á Dios
Que te acuerdas de algo!

CONDE.

¡Infame
Traición!

DOROTEA.

¿De quién?

CONDE.

De quien pudo,
Con incomprensibles artes,
Mi persona suplantar,
Desbaratando mis planes.
Ni anoche te hablé, ni tengo
Por aquí mis heredades,
Ni soy tu esposo.

DOROTEA.

Esa farsa,
Señor Conde, ¿qué carácter
Tiene?

CONDE.

Terrible, señora,
Porque ha de acabar con sangre.

Mi amor, si al principio niño,
Creció entre dificultades,
Y elévase con los celos
Amenazador, gigante.
Ven á la quinta conmigo;
Ven, y á mi rival señálame;
Señálame el pecho vil
Donde este acero se clave.

DOROTEA.

Basta, hombre pérfido, basta:
No más en fingir te canses;
Con tus iras, que no creo,
Tu intención me revelaste.
Ya te comprendo: deseas
De tu lado separarme,
Porque mi amor te parece
Afrenta de tu linaje.
Yo te debí conocer:
Bien es que mi yerro pague.
Te complaceré: ya nunca
Me verás.

CONDE.

Escucha.

DOROTEA.

Apártate.

CONDE.

No.

LAÍN.

Señora...

DOROTEA.

No me sigas.
Que me eres insoportable. (*Yéndose.*)

LAÍN.

Señor Conde...

CONDE.

Nada oigo
Hasta que logre vengarme.
(*Siguen á Dorotea.*)

Otro cuarto de la misma posada. Una cama y una mesa de cabecera. Á un lado una ventana.

ESCENA IX.

EL POSADERO, tres MOZOS de la posada.

POSADERO.

Tenedme bien servido este cuarto, que es el que me da de cenar.

UN MOZO.

¿Cómo es eso, nuestramo?

POSADERO.

Verás. La tía Marizápalos era, ó es si vive, una bruja de muy mal genio, y tenía una hija de peor genio que la madre; y la hija se casó con un mozo de esta posada, que era más bárbaro que Pichote.

MOZO.

Pichote me llamaban á mí en mi lugar.

POSADERO.

Pues aún era más animal que tú, que, con este calor, andas arropado en la manta. Una noche, antes de cenar, se encerraron en este cuarto la tía Marizápalos, la hija y el yerno: el yerno, que había empinado bien el codo, quiso apalear á las dos, y desaparecieron los tres.

MOZO.

¿Sin salir por la puerta?

POSADERO.

Dejándola cerrada. Desde entonces, todos los caminantes que toman este cuarto pagan el gasto con anticipación; se olvidan de pedir la cena, y se marchan no se sabe por dónde.

MOZO.

Y la cena es pa usté y el ama.

POSADERO.

Por eso digo que este cuarto me da de cenar.

ESCENA X.

DON LAÍN; dichos.

LAÍN.

Posadero, yo me quedo aquí, y he pagado ya la asistencia al ama.

POSADERO.

Bien está, señor. ¿Nos manda usted algo?

LAÍN.

Si se me ocurre, ya llamaré.

POSADERO.

Cuando usted quiera.

(*Vanse el posadero y los mozos.*)

ESCENA XI.

DON LAÍN.

Se ha empeñado el Conde en que no le acompañe: pernoctaré en esta posada, paradero ó venta, que de todo tiene algo. Vamos echando cuentas. En la vida habíamos conocido mi amo ni yo ese par de gemelos que tan de repente se nos han agregado: con que no debe ser cosa natural, sino brujería. ¿No ví yo al mismo maese vidriero convertirse en la tía Marizápalos? Ahora bien; la mismísima Zápalos, la sola inquilina que se salió con no pagarme un cuarto, me enseñó un conjuro para casos como el presente: pongámoslo en práctica, á fin de saber quiénes son nuestras duplicidades y restablecer la unidad. (*Llama.*) ¡Posadero! El conjuro se reducía á cortar dos tiras de papel, colocarlas en cierta forma debajo de una mesa de cabecera, pronunciar entre dientes una palabra mágica y echarse á dormir.

ESCENA XII.

EL POSADERO, con una linterna encendida; DON LAÍN.

POSADERO.

¿Quiere usted cenar ya, caballero?

LAÍN.

Hombre, no: es muy temprano. Déjeme usted esa linterna.

POSADERO.

Traeré un candelero.

LAÍN.

No hace falta: váyase usted.

POSADERO.

Como usted guste. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON LAÍN.

El mueble para el caso... (*Abre, mira y vuelve á cerrar la puertecilla de la mesa.*) Está en regla. Papel... Yo lo traigo. (*Saca uno del bolsillo y corta dos tiras.*) Muy bien. Ahora... esto se debe mazcullar entre dientes... Rople-lam-dralón. (*Pone los papeles debajo de la mesa.*) Está hecho: aguardemos el resultado. ¡Posadero! (*Se quita la casaca.*)

ESCENA XIV.

EL POSADERO, DON LAÍN.

POSADERO.

¡Señor!

LAÍN.

Ya puede usted llevarse la linterna.

POSADERO.

Buenas noches, mi amo. (*Coge la linterna; pero la vela se queda en la mesa.*) Si quiere usted un gorro para dormir, ahí tiene usted varios.

LAÍN.

Al caso hacen. Pero, hombre, ¿no se lleva usted esa luz?

POSADERO.

Si tengo la linterna en la mano.

LAÍN.

Pero ha dejado usted la vela en su sitio.

POSADERO.

¡Mire! Y es verdad. Me la llevaré, me la llevaré. (*Coge la vela y se encamina á la puerta; pero queda otra luz en la mesa.*)

LAÍN.

Por esta ventana se cuela un remusguillo... (*La cierra; pero la puerta se abre por el lado exterior. Se pone*

un gorro, y se le va de la cabeza, quedándose en el aire.) ¡Eh! (*Al posadero.*) Que se deja usted la luz otra vez.

POSADERO.

Señor, véala usted aquí.

LAÍN.

Señor, véala usted acá. Mas yo la echaré fuera. (*Coge la vela: queda otra.*)

POSADERO.

También á usted se le queda otra.

LAÍN.

También la quitaré. (*Lo hace: brota otra luz.*)

POSADERO.

Hay más.

LAÍN.

Quitaré la que haya.

POSADERO.

Falta otra, mi amo.

LAÍN.

No falta, que sobra. Dormiré con luz: retírese usted.

POSADERO, *aparte.*

(Este huésped es brujo.)

LAÍN, *aparte.*

(El posadero debe ser alumno de Marizápalos.) (*Vase el posadero.*)

ESCENA XV.

DON LAÍN.

(*Se pone otro gorro y también se le va.*) Juraría yo que había cerrado antes esta ventana. (*La cierra; pero la puerta pasa y se abre al otro lado.*) Juraría yo, y votaría, que me había calado un gorro, y luego otro, que son dos gorros en toda tierra de garbanzos, y voto y juro que me hallo sin ninguno. Otro á la cabeza, ya que los hay. (*Se pone otro y también se le escapa.*) ¡Calle, calle! El aire ha abierto otra vez la ventana dichosa: cerraremos de nuevo. (*Cierra: vuelve á abrirse.*) Por tercera vez se me figura que me ha faltado el gorro de la cabeza: vaya el cuarto. (*Se le pone: se le va también.*) ¿Si acertaré á meter en su marco ese infernal postigo? (*Cierra: se abre.*) También el cuarto gorro se me marchó: ¿dónde demontres andan? ¡Ah! ya los veo: no andan, que vuelan: cojámoslos al vuelo. (*Se levantan más en el aire al querer echarles la mano.*) Si, sí: á escopetazos puede que se dejasen pillar; pero de otro modo... *nequaquam.* ¡No hay duda que el conjuro de mi inquilina gratis produce su efecto! Pero ¡qué simple soy! Hecho el sortilegio, debería haberme tendido á la larga, y ¡me entretengo cazando gorritos! Á la cama, á ver si despierto donde me proporcionen medios para deshacerme del otro Laín. (*La cama se va á otro lado, y deja un banco en su lugar.*) ¡Bueno! La cama se me huye, y me regala un banco de roble. Gracias: prefiero la cama al

banco. (*Se acuesta.*) Por fin me veo tendido á gusto. (*La cama se divide por medio: cada mitad echa por su lado, y en cada una aparecen dos figuras de mujer colosales. Don Laín queda tendido en otro banco.*) ¡Con mil diantres! ¿Qué es esto? La cama se ha partido por medio y cada mitad tira por su lado. ¡Ya! Es que estaban acostadas en ella invisiblemente esas dos gigantonas. Pues: aquélla me dice que sí. Siento mucho haber incomodado á ustedes, señoritas... digo, señorazas. ¡Qué hermosura de colchón me ha quedado! No es de roble este banco, pero es de fresno, mullidito como una losa. Fresno antes encima de mis espaldas, y fresno ahora debajo, es cuanto hay que apetecer para descansar. (*Se echa.*) ¡Ay, ay! ¡Ay mi Pascuala! ¡Ay mi yo! Fresno... fresno... fresno para él... (*Duérmese.*)

ESCENA XVI.

EL POSADERO, tres MOZOS; DON LAÍN, dormido.

POSADERO.

Á ver si ha desaparecido ya el huésped.

MOZO.

Él no: lo que ha desaparecido es la cama.

POSADERO.

¡Canario! El uso de la cama lo tiene pagado; la cama no. Lleguémonos á él. (*De la mesa de cabecera sale una fantasma que tiene asido de los cabellos á un joven, cuyo cuerpo rodea una sierpe enorme.*) ¡Huy!

MOZO.

¡Huy! lo que sale allí.

POSADERO.

Aquélla es la tía Marizápalos, peinando á su yerno.

MOZO.

¿Y aquella culebra?

POSADERO.

Todita se parece á su hija. Siempre fué un serpentón. Suben... suben...

MOZO.

Siguen subiendo...

POSADERO.

Se van. ¡Gracias á Dios que se han retirado!

MOZO.

Este huésped es brujo: ¿qué hacemos con él?

POSADERO.

Los que duermen en este cuarto desaparecen por sí: desaparezcamos nosotros á éste, á ver si así aparece la cama.

MOZO, *soltando la manta.*

Prensémosle entre estos dos bancos primero, á ver si la suelta. Puede que se la haya guardado entre cuero y carne. (*Á otro mozo.*) Agarra de ahí.

POSADERO.

¡Mire, mire cómo se ensancha! Estrujarle bien.

MOZO.

Se aplastó. Parece una galleta recortá en figura de hombre, como las que venden los bolleros á los muchachos.

POSADERO.

¡Remojadle para que hinche! Tiradle al estanque.

MOZO.

Ladrón camero de Satanás, al agua vas. (*Envuelven á Don Laín en la manta del mozo, y le arrojan por la ventana.*)

Decoración de selva con rocas.

ESCENA XVII.

GARABITO, EL SECRETARIO; BRUJOS.

SECRETARIO.

Venga usted aquí, señor Don Laín, venga usted á este punto, que es lo más espeso de la Selva de las aventuras.

GARABITO, *aparte.*

(Este fué secretario mío cuando fuí yo archibruja.)

SECRETARIO.

Ha sido una felicidad para nosotros encontrar con usted.

GARABITO.

Siento no poder decir otro tanto.

SECRETARIO.

Usted lo dirá cuando se le informe. Nosotros hemos sido...

GARABITO.

Sí, brujos, y luego ricos, y luego pobres: ya sé.

SECRETARIO.

¿Cómo sabe usted tanto?

GARABITO, *aparte.*

(¿Á que me pierdo por mi imprudencia?)

BRUJO 1.º

Sí, Don Laín fué casero y amigo de la tía Marizápalos.

GARABITO.

Eso es, señor secretario.

SECRETARIO.

¿También sabe usted que fuí secretario?

GARABITO.

Sí tal, del ministerio de Barahona.

SECRETARIO.

Pues, señor Don Laín, el Marqués de Villena, culpándonos de haber ejercido malamente las artes mágicas, nos ha despojado de nuestros bienes y nos tiene presos en esta selva: se trata de salir de aquí, y encerrar al Marqués donde no se nos huya.

GARABITO.

Y ¿qué puedo yo hacer por ustedes?

SECRETARIO.

Cuanto necesitamos y merecemos.

GARABITO.

Y ¿qué merecen ustedes más? ¿Presidio, galeras, horca?

BRUJO 2.º

¿Qué modo de hablar es ese?

GARABITO.

Es una pregunta indiferente, señores.

SECRETARIO.

El Marqués ha tomado la figura del señor Conde de la Biznaga.

GARABITO.

Eso, en hechicería, creo yo que será...

SECRETARIO.

Cosa corriente, sí, señor, y lo mismo el haberle

quitado la dama. Pero ha consentido que ese pillastre de Garabito usurpe la figura de usted.

GARABITO.

Le ha caído en gracia al Marqués el tal Garabito, que no deja de ser mozo de garabato.

SECRETARIO.

Sea de garabato ó de tranca, ello es que usted ha recibido un meneo decente.

GARABITO.

Ya, ya. Orejas y cara se me arden aún.

SECRETARIO.

Pues ¿no le sentaron á usted la tunda en la espalda?

GARABITO.

Cuando me solfean el espinazo, siento yo en los carrillos el escozor. Mi naturaleza es así.

SECRETARIO.

Según nuestras leyes, habiendo golpes queda responsable el poseedor del talismán en fuerza del cual fueron los golpes administrados; pero es menester que el ofendido resigne en nuestro favor su derecho. Cédanos usted su paliza y nos hace felices.

GARABITO, *aparte.*

(Si digo que no, me fríen como ya me lo insinuaron en Barahona.) Los palos de Don Laín son de

ustedes; y si es menester, cada uno se les vuelva catorce.

SECRETARIO.

Gracias infinitas: ya podemos salir libremente de aquí.

GARABITO.

Pues ¿no han salido ustedes para buscarme?

SECRETARIO.

Para buscar á usted, sí; para más no podíamos. Compañeros de proscripción, acordemos ahora el plan de campaña.

GARABITO, *aparte.*

(Bueno es oirlo antes de desertar.)

SECRETARIO.

Aquí, donde, fuera de los interesados, nadie nos ve... (*Aparece una multitud de ojos entre las ramas de los árboles.*)

GARABITO.

Ojos á las márgenes.

BRUJOS 1.º, 2.º Y 3.º

¿Qué es esto?

SECRETARIO.

Burlas del genio de esta selva, inútiles ya para detenernos. El genio se queda aquí y nosotros nos vamos. Nos disfrazaremos de soldados del Archiduque: al Conde de la Biznaga le daremos

cuenta de todo, y le haremos nuestro capitán: yo seré teniente con el misterioso nombre de... Que nadie lo oiga sino nosotros...

GÁRABITO.

Hagamos las orejas chiquitas.

SECRETARIO.

Mi nombre será... Cunigundifredo Raufenrofenrif. (*Aparecen entre los árboles orejas grandes.*)

GARABITO.

Orejas como esas se necesitan para que les quepa ese nombre.

BRUJOS.

¡Demonio!

BRUJO 1.º

Los árboles oyen como las paredes.

SECRETARIO.

No hay que amedrentarse. Lo que importa es que en saliendo de aquí y empezando la persecución al Marqués, ninguno lo huela. (*Narices por todas partes.*)

GARABITO.

No será por falta de narices.

BRUJO 2.º

Ya nos barruntan.

SECRETARIO.

Mucho sigilo, camaradas, mucha reserva. Ha-

blar tudesco, si es necesario; y si no silencio profundo. En boca cerrada no entran moscas. (*Aparecen bocas grandes abiertas.*)

GARABITO.

Pues en esas pueden anidar avestruces.

BRUJOS.

¡Aaah!

SECRETARIO.

Todo será en vano. Venga nuestra numerosa falange á desplegar ante Don Laín su aspecto imponente.

GARABITO.

Yo me asusto de ver malas caras, y me temo que la tropa de ustedes no peque de sobrado bonita: si vienen, que sea con menos luz que hay.

SECRETARIO.

Lleguen los nuestros en medio de una obscuridad como de boca de lobo. (*Llénase de faroles encendidos la selva.*)

GARABITO.

Amigo, le sirven á usted á pedir de boca. Obscuridad más farolera no la he visto en mi vida.

SECRETARIO.

¡Muera el que así nos burla! ¡Muera Villena!

BRUJOS.

¡Muera!

SECRETARIO.

Dé usted el *muera* de Garabito.

GARABITO.

¡Muera ese pícaro que se me parece! (*Aparte.* Por Don Laín lo digo.)

BRUJOS.

¡Muera! (*Salen por todas partes soldados infernales con banda de brujas, tambores y otras de cantineras. Cantan y evolucionan.*)

CORO DE BRUJOS.

Fiera hueste lidiando redima
Los tesoros que guarda el Marqués:
En cadenas le haremos que gima,
En su frente poniendo los pies.

GARABITO, *cantando aparte.*

Mascarones, que al veros da grima,
Perseguid al ilustre Marqués:
Él os plante las botas encima,
Y él os vuelva el pellejo al revés.

ACTO TERCERO.

Gabinete rico, adornado de cuadros en las paredes, con varios muebles alrededor de ellas, y una mesa y dos sillones en medio de la estancia. En el fondo una panoplia.

ESCENA I.

EL SECRETARIO y BRUJOS, en trajes de soldados del Archiduque; cuatro CRIADAS de Don Enrique.

SECRETARIO.

Á ver, niñas, responded á lo que se os pregunte.

CRIADAS, *hablando todas á una vez.*

Pregunte usted.—No tiene usted más que preguntar.—Hable usted.—Diga usted.

SECRETARIO.

¿Cómo se llama este castillo?

CRIADAS, *todas á un tiempo.*

Castillo de la cabeza encantada.

SECRETARIO.

¿Por qué?

CRIADAS.

Yo le diré á usted...—Hay una cabeza...—Es el caso...—Parece que...

SECRETARIO.

Hable una y callen las demás.

CRIADAS.

Calla tú.—Calla tú.—Yo hablaré.

SECRETARIO, *á una.*

Habla tú sola.

CRIADA 1.ª

En este castillo hay una cueva...

CRIADA 2.ª

Un sótano.

CRIADA 3.ª

Un subterráneo.

CRIADA 4.ª

Un edificio debajo de tierra.

CRIADA 1.ª

Y allí hay una cabeza de hombre encantada.

CRIADA 2.ª

No, señor; no es cabeza de hombre.

CRIADA 3.ª

Pero hay muchos hombres allí.

CRIADA 4.ª

Y muchas mujeres.

SECRETARIO.

¿Los habéis visto?

CRIADA 1.ª

No, señor; no los ha visto nadie.

SECRETARIO.

Pues entonces...

CRIADA 1.ª

¿Cómo quiere usted que los vean, si el que entra allí no vuelve á salir?

SECRETARIO.

Pero ¿por quién se saben esas noticias?

CRIADA 1.ª

Alguno de los encerrados lo habrá dicho por algún agujero.

CRIADA 2.ª

Por el pozo de la sala.

CRIADA 3.ª

Porque hay una sala que tiene un pozo.

SECRETARIO.

¿Á quién pertenece ahora el castillo?

CRIADA 1.ª

Antes era de Don Gaspar de Hinojosa; pero se lo ha vendido al señor Conde de la Biznaga.

SECRETARIO.

¿Dónde está el Conde?

CRIADA 1.ª

Salió á paseo con la señora.

SECRETARIO.

¿Cómo se llama la señora?

CRIADA 1.ª

Dorotea.

SECRETARIO.

¿Qué personas concurren aquí?

CRIADA 1.ª

El antiguo amo del castillo, el señor Don Gaspar, y su amigo el señor Don Ramón.

SECRETARIO.

¿Y están aquí todos los dependientes del Conde?

CRIADA 1.ª

Faltan el mayordomo y la mayordoma, que salieron con los señores. Ahí tiene usted al mayordomo y á mi amo.

ESCENA II.

EL CONDE, con uniforme de capitán austriaco; DON LAÍN; dichos.

CONDE.

Señores...

SECRETARIO.

Señor Conde, hemos tenido precisión de penetrar en este castillo por...

CONDE.

Nada importa: ya ven ustedes que yo sirvo también al señor Archiduque-Rey.

LAÍN, *á los criados.*

Podéis retiraros. (*Vanse los criados.*)

ESCENA III.

EL CONDE, DON LAÍN, EL SECRETARIO; Soldados.

SECRETARIO, *al Conde.*

Supongo que habréis oído bien el interrogatorio.

CONDE.

Perfectamente, señor secretario mágico. Lo que usted me ha dicho es verdad: he hecho muy bien en creerle, en unirme á ustedes y en hacerme su capitán. Este es el castillo del hechicero suplantador, y él pasea descuidado sus cercanías.

LAÍN.

Todos los criados le han tenido á usted aquí por el amo, sin extrañar el uniforme.

CONDE.

Saldremos á buscar á ese amigo para apoderarnos de su persona al volver de paseo. ¡Feliz combinación de la suerte! Yo pensé triunfar de Dorotea en este castillo, y en él será mía. (*Al secretario.*) Cunigundifredo, marche usted, que yo me reuno con usted al punto. Quiero antes registrar estas habitaciones. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON LAÍN, EL SECRETARIO; Soldados.

LAÍN.

Señor Don Furibundifredo... vuestro apellido es tan enrevesado, que jamás doy con él.

SECRETARIO.

Raufenrofenrif.

LAÍN.

Es verdad: Rafagón del Rif. Ahora bien, señor Don Gruñitundifredo Martagón del Rif, vos os habéis empeñado en que vos y yo hemos hecho conocimiento en la Selva de las aventuras, y yo no he puesto los pies en la selva. Un duplicado mío, un tal Garabito, ¡á quien ojalá engarabate yo por

el cuello! habrá sido el que haya estado allí, y á un volver de cabeza se habrá escurrido, poniendo en su lugar mi persona.

SECRETARIO.

Si eso fuera cierto, nuestro enemigo sabría ya lo que pasa.

LAÍN.

Sépalo ó no, vos habéis ofrecido á este desparejado esposo restituirle su periclitante mujer, que no está segura donde pueda aparecérsele mi duplicado.

SECRETARIO.

Es verdad.

LAÍN.

Pues, amigo mío, hacedme el favor de entregármela inmediatamente.

SECRETARIO.

Estoy pronto á ello; pero vos en pago habéis de hacer algún sacrificio.

LAÍN.

Estoy pronto á sacrificar... á todos los renteros de mi amo.

SECRETARIO.

Eso ya lo hacíais antes.

LAÍN.

Sacrificaré más á los míos...

SECRETARIO.

El sacrificio que se os pide ha de ser personal.

LAÍN.

¡Ah! bien: oid. Á consecuencia de la paliza que me dió mi representante sin poderes y con poder, ha empezado á encorvárseme el espinazo, y el maese albéitar del regimiento asegura que este bulto, que ahora principia, puede adquirir con el tiempo proporciones descomunales.

SECRETARIO.

Es muy creíble.

LAÍN.

Pues yo, señor Don Rafael Ferriz; yo, por abrazar al punto á Pascuala, sacrifico sin reparo alguno mi joroba naciente, con todo su desarrollo futuro. Empleadla donde mejor os parezca.

SECRETARIO.

Yo la admito; pero como es una alhaja doméstica, no conviene que salga de vuestra casa. Ahí tenéis á vuestra mujer. (*Vase y con él los soldados.*)

ESCENA V.

PASCUALA, saliendo de un reclinatorio desfigurada con una joroba enorme; DON LAÍN.

LAÍN.

¡Pascualita mía! ¡Jesucristo! ¿Qué tiento aquí?

PASCUALA.

¡Virgen Santa! ¿Qué me sucede que no me cabe la espalda en la ropa?

LAÍN.

¡Reniego de los brujos mil veces! ¡Corcovarme mi esposa!

PASCUALA.

¡Yo jorobada! (*Aparece sobre el reclinatorio un espejo.*)

LAÍN.

Mírate allí. (*Se mira de frente al espejo.*)

PASCUALA.

¿Pero soy yo esa? No puede ser.

LAÍN.

Ladéate. (*Pascuala se perfila de un lado y despues del otro.*)

PASCUALA.

Pero, señor...

LAÍN.

Del otro lado.

PASCUALA.

Pero, señor, ¿por dónde ha venido sobre mí este costal? Si yo me he levantado hoy más derecha que un huso.

LAÍN.

Pues cuando te acuestes ponte media docena

de almohadas, porque si no la cabeza se te queda en el aire.

PASCUALA.

Tú eres quien me ha puesto así, ¡infame!

LAÍN.

¡Pascuala! Tú siempre me has tratado de vos.

PASCUALA.

Tú no eres el canalla de mi marido: tú eres Garabito, que por arte infernal has tomado la figura de Don Laín para vengarte de mis desdenes. (*Cogiendo de una panoplia una maza de armas.*) Te voy á matar.

LAÍN.

No, mujer, no; escúchame, atiende...

CONDE, *dentro.*

Un poco de silencio, que estoy aquí yo.

PASCUALA.

He de hacerte pedazos.

LAÍN.

Pero oye, detente; oye, furia del Averno. (*Huye Don Laín, y Pascuala corre tras él.*)

ESCENA VI.

EL CONDE, y después GARABITO.

CONDE.

Hasta mis cartas he encontrado en el cuarto de Dorotea. Pero ¿dónde se han ido los dos que dis-

putaban aquí? (*Llama.*) ¡Laín! (*Sale Garabito por un sillón.*)

GARABITO.

¡Señor! ¡Señor! Acuda usted, que los tudescos han encontrado á nuestro enemigo, y no son bastantes para prenderle.

CONDE.

¡Ah! no se me escapará á mí.

GARABITO.

Á cien pasos del castillo están peleando con él. (*Vase el Conde.*) En pasando la puerta, no es fácil que vuelvas á entrar.

ESCENA VII.

DON ENRIQUE, con un libro; GARABITO.

ENRIQUE.

Ya estamos en casa Dorotea y yo.

GARABITO.

Ya sale el Conde. Ahora levantan el rastrillo.

ENRIQUE.

Se logró perfectamente la estratagema que dispusimos. Tratemos ahora de defendernos.

GARABITO.

¿Con qué gente?

ENRIQUE.

Con parte de la que hay en la cueva encantada.

GARABITO.

¿Pueden salir de ella?

ENRIQUE.

Por pocos días, puede sacarlos uno que no sea yo.

GARABITO.

Mándeme usted: ¿qué tengo que hacer?

ENRIQUE.

Toma este libro, y lee este conjuro en la sala del pozo. Te encargo que pronuncies con claridad y sencillez las palabras, porque si no las dices bien, en lugar de los hombres que necesitamos pueden salir del pozo gigantes, enanos ó monstruos que nos lo echen todo á perder.

GARABITO.

Gente joven es lo que hace falta. ¡Verá usted qué regimiento de pollos le traigo! (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOROTEA, DON ENRIQUE.

DOROTEA.

Conde, ¿qué tropas son esas
De que estamos rodeados?

ENRIQUE.

Son tudescos agregados
Á las armas portuguesas.

DOROTEA.

¿Pensarán acometer
La casa?

ENRIQUE.

Con eso cuento;
Mas yo defenderme intento.

DOROTEA.

¿Y cómo?

ENRIQUE.

Con mi poder.

DOROTEA.

Muy mal en la decisión
De tus criados confías:
Son pocos, y há cuatro días
Que conocidos te son.

ENRIQUE.

Sin embargo, no te azores,
Estás conmigo segura:
La virtud y la hermosura
Siempre tienen defensores.

DOROTEA.

Vaya, tu calma celebro.

¿No es cosa que desatina,
Cuando el riesgo se avecina,
Salirme con un requiebro?
Yo tengo el alma en un hilo.

ENRIQUE.

Ven, dueño adorado, pon
La mano en mi corazón.
¿Ves cómo late tranquilo?
Pues deja el cuidado, hermosa:
Lánzalo del alma luego:
Mal tuviera yo sosiego
Si peligrara mi esposa.

DOROTEA.

Siempre de modo discurres
Que con la tuya te sales;
Pero usas misterios tales,
Que ya, la verdad, me aburres.
Aquí, junto á Portugal,
Me trajiste á ver el Duero,
Sin decir: «Así lo quiero
Por tal razón ó por cual;»
Y sobre lo del mesón,
Que fué bien pesado lance,
No hay forma de que yo alcance
Ni una breve explicación.
Esto, Conde, es una ofensa
Que hace usted á su mujer:
Yo quiero y debo saber
Lo que hace usted, dice y piensa.

ENRIQUE.

Te vas haciendo curiosa.

DOROTEA.

Sí.

ENRIQUE.

Riñes mucho conmigo.

DOROTEA.

¿Merece menor castigo
Quien reniega de su esposa?
¡Atreverse á desmentir,
Atrevérseme á negar
Que juró al pie del altar
Sólo para mí vivir?

ENRIQUE.

No creas que te mintió
Quien en debate prolijo
Esas razones te dijo.

DOROTEA.

¿No fuiste tú mismo?

ENRIQUE.

No.

DOROTEA.

Tú quieres abrir la llaga
Que aún está casi sangrienta.
¿Quién me habló en aquella venta?

ENRIQUE.

El Conde de la Biznaga.

DOROTEA.

Y usted, que así me responde;
Usted, mi esposo, ¿quién es?

ENRIQUE.

Soy un antiguo Marqués...
Muy diferente del Conde.

DOROTEA.

Me estás hablando de broma,
Y yo seriedad reclamo.
¿Cómo te llamas?

ENRIQUE.

Me llamo
Enrique de la Redoma.

DOROTEA.

¿Por qué te has hecho querer
De mí con ajeno nombre?

ENRIQUE.

Por libertarte de un hombre
Que te quiso envilecer.

DOROTEA.

¿Quién?

ENRIQUE.

El Conde.

DOROTEA.

¿Es esto sueño?
Estoy confundida toda.

ENRIQUE.

Con una farsa de boda,
De tí quiso hacerse dueño.
Yo descubrí su intención,
Y aunque me apropié su cara,
Fué legítima en el ara
Mi atrevida usurpación.

DOROTEA.

¿Te apropiaste su semblante?
Ya te miro con espanto.
Travieso eres para santo:
¿Si serás un nigromante?

ENRIQUE.

La magia es mi profesión;
Pero es la blanca, y te aviso
Que la ejerzo con permiso
De la Santa Inquisición.

DOROTEA.

¡Muy bien! ¿Con que me redujo
La suerte á vivir al lado?...

ENRIQUE.

De un hombre rico y honrado.

DOROTEA.

Con sus ínfulas de brujo.
¿Y cuándo te proponías
Que yo el secreto supiera?

ENRIQUE.

Sólo cuando yo estuviera
Cierto de que me querías.

DOROTEA.

¡Ay, qué mago tan bolonio,
Que no sabe conocer
Si le quiere su mujer
En un mes de matrimonio!
Poca habilidad presagia
Duda tal, y de ella infiero
Que cualquier titiritero
Sabrá más que tú de magia.

ENRIQUE.

Te diré, para que adviertas
Que no soy tan ignorante,
Qué piensas en este instante.

DOROTEA.

¿Cuánto va que no lo aciertas?

ENRIQUE.

¿Cuánto va que al suelo humillas,
Al escucharme, los ojos,
Y vivos matices rojos
Asoman en tus mejillas?

DOROTEA.

¿Me he de avergonzar siquiera
De que se me haya ocurrido
Conocer de mi marido
La figura verdadera?

ENRIQUE.

Es que tu deseo esconde
Un temor...

DOROTEA.

¿Yo temer? ¿Qué?

ENRIQUE.

Si como Enrique seré
Más feo que como Conde.

DOROTEA.

Yo no pensaba en tal cosa.

ENRIQUE.

Habla con sinceridad.

DOROTEA.

Y bien, ¿mi curiosidad
No es justa?

ENRIQUE.

Es muy peligrosa.

DOROTEA.

¿Por qué?

ENRIQUE.

Porque si obtuvieres
Que, de tus ruegos vencido,
Te diga donde he vivido,
Cuánto tiempo y cómo; seres
Que viles maquinaciones
Contra mí trazando están
Y pueden mucho, podrán
Sepultarnos en prisiones,
Donde esa belleza tuya,
Con que altos laureles ganas,
Entre arrugas y entre canas
Duro el tiempo la destruya.

DOROTEA.

Esas son ponderaciones
No más.

ENRIQUE.

Por Dios, que me creas.

DOROTEA.

Pues no te doy fe.

ENRIQUE.

No seas
Temeraria, que me expones...

DOROTEA.

¿Á qué?

ENRIQUE.

Á no encontrar el modo
Ya de tenerte á mi lado.

DOROTEA.

Nómbrame tu marquesado
Siquiera.

ENRIQUE.

Si eso es el todo.

DOROTEA.

Dilo, y con resignación
Me sujeto á cualquier pena.

ENRIQUE.

Soy el Marqués de Villena,
Don Enrique de Aragón.

DOROTEA.

¡Huy! ¡Más viejo cinco veces
Que mi abuela Margarita!

ENRIQUE.

Ahora se necesita
Que vayas donde mereces.

DOROTEA.

¿Dónde?

ENRIQUE.

Donde mis cofrades
No te puedan ofender,
Y aprendas á contener
También tus curiosidades.

ESCENA IX.

GARABITO, asomando la cabeza por un agujero abierto en el suelo; dichos.

GARABITO.

Señor, el conjuro me ha salido mal.

ENRIQUE.

¡Calla! (*Se oculta Garabito.*)

DOROTEA.

¿Qué era eso?

ENRIQUE.

Una combinación mágica que disponía y se ha desgraciado.

DOROTEA.

Haz una conmigo. Quiero yo aprender esas cosas también.

ENRIQUE.

Para aprender, hay que ir á estudiar. ¡Á Madrid, á la escuela! (*El gabinete se convierte en una escuela de niñas: Don Enrique desaparece. Dorotea, con gorra y delantal de niña, se queda donde estaba. De los trastos arrimados á las paredes salen las niñas con cartilla de madera en la mano.*)

Escuela de niñas.

ESCENA X.

DOROTEA, NIÑAS.

NIÑAS.

Cri-istus a,-a, a, a, be,-ce, e, e, de,-e,-efe, ge,-hache, i,-jota, Ka,=ele, elle,-eme, ene, eñe,-o, pe, cu,-erre, ese, te, u,-ekis, y,-zeta; a,-e, i, o, u. (*Se levantan y rodean á Dorotea.*) Castigada serás tú.

DOROTEA.

¿Yo, muñecas?

NIÑAS.

Tú, tú, tú.

DOROTEA.

¿Por qué?

UNA NIÑA.

Por lo de siempre. Porque, á pesar de ser la más grandullona, eres la más torpe de la escuela.

DOROTEA.

¡Me alegro de saberlo!

NIÑA.

Y la más desaplicada.

DOROTEA.

Mejor.

NIÑA.

Y la más perseguida de la maestra.

DOROTEA.

¡En buena posición me hallo!

ESCENA XI.

LA MAESTRA; dichas.

MAESTRA.

¿Qué desorden es éste? Cada una á su puesto... Y tú, zángana, ¿qué haces aquí sin labor y sin libros? Dame al momento la lección de memoria.

DOROTEA.

¿Qué lección, si yo?...

MAESTRA.

Mira que si no me la dices bien, te planto en el calabozo de las disciplinas.

DOROTEA.

Pero, señora, si yo estoy aquí por...

MAESTRA.

Por fuerza, ya lo sé, y por fuerza tienes que obedecerme. Á ver si me recitas bien esa fábula.

DOROTEA.

Yo no sé más fábula que la de la alacena.

MAESTRA.

Ni aun esa la sabías antes de ayer. Veamos hoy qué tal me la dices.

DOROTEA, *aparte.*

(Hagamos la niña mientras nos obliguen á ello.)

(*Recita.*) Caminando un Relator
Del Consejo de Ultramar,
Hizo noche en un lugar
En casa de un labrador.
En servicio del viajero
Iba un paje maragato,
Mozo de excelente olfato,
Y excelente majadero.
Cenaron en paz de Dios,
Trataron de madrugar,
Y hubiéronse de acostar
En una alcoba los dos.
Veíanse en los costados
De la estancia frente á frente,
Iguales exactamente,
Cuatro postigos cerrados.
El un par era un balcón,
El otro correspondía
Á una alacena, en que había
Seis quesos de Villalón.
Cogió el sueño tarde y mal
El Relator, y durmiendo
Creyó sentir el estruendo
De un turbión descomunal.
Despertó, y al camarada
Le dijo: «Ved si el Oriente
Clarea, y si da el ambiente
Olor de tierra mojada.»
Saltó el paje de su lecho,
Y á tientas de mano y pie,
Por ir al balcón, se fué
Á la alacena derecho.

Abrió, zampó la cabeza,
Y aunque miró y remiró,
Tan negro el boquete halló
Como el resto de la pieza.
Pero un olor en seguida
Percibió en aquel recinto,
Que le pareció distinto
Del de tierra humedecida.
Y levantando exprofeso
La voz el muy avestruz,
Dijo: «Ni lluvia ni luz:
Está obscuro y huele á queso.»
Así ciega y tontamente
Críticas hacen famosas
Los que no miran las cosas
Desde el punto conveniente.
Tacha de obscuro y condena
Tal concepto Santillana,
Y es que huye de la ventana
Y se asoma á la alacena.

MAESTRA.

Tal cual; pero ¿y la lección de hoy?

DOROTEA.

Si no la he visto, ni á usted tampoco.

MAESTRA.

¡Desvergonzada! ¡Al cuarto del encierro! ¡Al calabozo!

DOROTEA.

¡Señora!...

MAESTRA.

Vamos, ó te llevo de una oreja. Venid vosotras á verle poner la coroza. (*La maestra coge de la mano á Dorotea, y las niñas la siguen cantando en coro.*)

NIÑAS.

La niña grandona es ésta,
¡Bendígala San Antón!
La llevan al calabozo
Por no saber la lección. (*Éntranse.*)

Acampamento.

ESCENA XII.

EL CONDE, EL SECRETARIO; Soldados.

CONDE.

Apartaos, alejaos de mí.

SECRETARIO.

¿Qué haréis sin nosotros?

CONDE.

¿De qué me habéis servido hasta ahora?

SECRETARIO.

Poco se ha perdido por haber evacuado el castillo.

CONDE.

Soldados que me son inútiles, los abandono. Ya que estamos en el cuartel general, renuncio mi

grado: encárguese usted de la tropa, y no se me ponga delante ninguno si no quiere experimentar mi cólera.

SECRETARIO, *aparte.*

(Su orgullo merece que hagamos lo que nos manda: ya le pesará.) Obedezco y nos retiramos. (*Vase y con él los soldados.*)

CONDE, *solo.*

¡Abrazar la vida de campaña sólo con el objeto de apoderarme de Dorotea y de mi rival, y no conseguirlo cuando los tenía casi en mis manos! Donde quiera que halle al pérfido mayordomo, que me hizo salir de la casa para encerrarse allí con mis enemigos...

ESCENA XIII.

DON LAÍN, y después DON GASPAR y DON RAMÓN; EL CONDE.

LAÍN, *dentro.*

Les digo á ustedes que es capitán mi amo.

CONDE.

Su voz es ésta.

LAÍN, *dentro.*

Van ustedes á convencerse... (*Sale.*) Señor, anuncio á usted la llegada...

CONDE, *sacando la espada.*

Yo te anuncio la de tu hora, pícaro. (*Salen Don Gaspar y Don Ramón.*)

LAÍN.

Don Ramón, Don Gaspar; ampárenme ustedes.

CONDE.

Dejadme quitarle la vida.

RAMÓN.

¿Qué te ha hecho ese mentecato?

GASPAR.

Si has tenido alguna reyerta con él, basta mantearle.

LAÍN.

Señor Don Gaspar...

RAMÓN.

Córtale las orejas y no te incomodes.

LAÍN.

Señor Don Ramón...

CONDE.

Me has hecho salir del castillo traidoramente.

RAMÓN.

Hombre, el que te ha hecho salir he sido yo.

CONDE.

¿Tú?

LAÍN.

¿Ve usted cómo soy inocente? Si hasta ahora me he entretenido en recibir palos de mi Pascuala.

RAMÓN.

¿No te acuerdas del favor que te pedí ayer?

CONDE.

¿Cuándo te he visto yo hace mes y medio?

RAMÓN.

¿No hemos pasado juntos toda la mañana?...

CONDE.

¿Yo con vosotros?

GASPAR.

Desde que te vendí el castillo, no hay día que no nos reunamos: con que...

CONDE.

¿Á mí venderme tu castillo?

GASPAR.

Si me lo quieres volver á comprar, por mí no hay reparo: lo cobraré dos veces.

RAMÓN.

Yo presencié el pago.

CONDE, *á Gaspar.*

Tú habrás vendido esa posesión á una persona:

tú (*Á Ramón*) habrás presenciado la venta; pero esa persona no soy yo, no es vuestro amigo, y la prueba es que trataba de destruir la casa que me aseguras ser mía.

GASPAR.

Busca un simple que te dé crédito.

RAMÓN.

¿Cómo puede ser eso verdad?

CONDE.

Como que hay un impostor que ha tomado mi nombre, y que por arte del diablo se parece á mí en términos que todos le equivocan conmigo.

RAMÓN.

Vaya, deja cuentos de niños, y explícanos tu conducta, que es harto contradictoria. Nos encargas que salgamos de Madrid para cooperar á tu matrimonio supuesto, y á las dos horas te casas de veras. Como Don Enrique, apeteces la paz; como Conde de la Biznaga, te haces de golpe capitán al servicio del austriaco...

ESCENA XIV.

DON ENRIQUE; dichos.

ENRIQUE.

El Conde de la Biznaga, aunque disfrazado con este uniforme, ha jurado á Felipe.

RAMÓN Y GASPAR.

¡Dos Condes!

LAÍN.

Como hay dos Laínes.

CONDE.

Al fin te he hallado, ¡traidor! Uno de los dos es preciso que desaparezca. Desnuda la espada.

ENRIQUE.

Veamos qué valor muestra delante de un hombre el que hasta ahora no ha sabido más que perseguir á una dama.

CONDE.

Vas á morir, impostor.

ENRIQUE.

Defiéndete, falsario. (*Se baten.*)

RAMÓN.

¡Señores, señores!

GASPAR.

Deteneos.

LAÍN.

Ahora que se han revuelto, ¿quién conoce al verdadero Conde?

LOS DOS.

Yo soy.

LAÍN.

Quedamos enterados. Nada, el mejor medio de salir de confusiones es dejar que se mate uno:

iempre les queda á ustedes su amigo, y á mí mi
imo.

CONDE.

¿Es esa la ley que me tienes? Te he de atravesar
as entrañas.

ENRIQUE.

Guárdese usted de tocar á mi mayordomo.

LAÍN.

Este es mi amo: el Conde que me protege es el
verdadero Conde.

ENRIQUE.

Ramón, ven á recibir el préstamo que habíamos
tratado.

RAMÓN.

Este es mi amigo: el Conde que presta es el ver-
dadero Conde.

CONDE.

Gaspar, mira que es nula la venta del castillo.

GASPAR.

¿Eso es decir que tendría que devolver el dinero
que ya he gastado?

ENRIQUE.

La venta es válida, Gaspar.

GASPAR.

El Conde que compra es el verdadero Conde.

CONDE.

Ramón, Gaspar, escuchadme: ved que el engaño que padecéis puede seros funesto.

ENRIQUE.

En el castillo nos espera un banquete. Seguidme.

GASPAR.

Sigámosle. El Conde que convida es el verdadero Conde.

(*Vanse todos menos el Conde.*)

ESCENA XV.

EL CONDE, y luego EL SECRETARIO y soldados.

CONDE.

¡Soldados! Ninguno me oye. No podía haberlos mandado retirar á peor tiempo. ¡Soldados! (*Salen el secretario y soldados.*)

SECRETARIO.

¡Señor!... (*Aparte.* Ya sabía yo que me llamarías.)

CONDE.

Vamos á asaltar el castillo. No ha de quedar en él piedra sobre piedra.

SECRETARIO.

Podríamos volarle.

CONDE.

Perecería Dorotea entre sus ruínas.

SECRETARIO.

Dorotea no está ya en él.

CONDE.

¡Oh! entonces destruyamos el asilo del hechicero.

SECRETARIO.

Preparad vosotros la mina. (*Húndense dos soldados.*) Venid, Conde: no se libra de ésta nuestro contrario. (*Vanse todos.*)

Vista exterior del castillo.

ESCENA XVI.

DON ENRIQUE, DON GASPAR y DON RAMÓN, en las murallas del castillo; criados armados.

ENRIQUE.

El enemigo se acerca.

RAMÓN.

Manda retirar la avanzada. (*Tocan á retirada.*)

GASPAR, *acabando de beber una botella.*

Ahora que vengan cuando gusten á acometernos. En destripando yo un par de botellas, no me queda títere por delante.

ENRIQUE.

Yo os estimaría que os volviéseis á vuestras casas. Con mis dependientes y con los labradores que se han venido aquí, tengo bastante para escarmentar á mis enemigos.

RAMÓN.

Nosotros no te abandonamos.

GASPAR.

Ni en la mesa ni en el peligro.

ESCENA XVII.

GARABITO montado en un cerdo, mandando un pelotón de monos ridículamente vestidos y armados; dichos.

GARABITO.

Quise hacer pollos elegantes, y á poquito que me descuidé se me volvieron monos; quise mandar á caballo mi fuerza, y no encontré más que este animalito de la cabaña de Cerdán establecida en Guarromán y en Porcuna. Se quedó manco el pobre de una sangría que le hicieron para improvisar unas morcillas extremeñas. ¡Paso, el paso!... ¡Hileras á la izquierda, alto! ¡Prevénganse... Como primera fila! (*Los monos sueltan las armas, y rodean á Garabito llevándole á un lado y á otro.*) ¡Insubordinados, rebeldes!... Soltadme para que os forme consejo de guerra.

UN CENTINELA DE LAS MURALLAS.

¡El enemigo, el enemigo!

GARABITO.

¡Á las armas! (*Los monos cogen las carabinas, se las ponen por caballito, y se van unos por un lado y otros por otro, para subir á las murallas.*) Mi tropa se volvió de caballería: que los mande un jefe de su arma. (*Éntrase.*)

ESCENA XVIII.

EL CONDE, EL SECRETARIO; Soldados; dichos.

CONDE.

Rendíos, si queréis salvar las vidas: el castillo está minado.

GASPAR.

Esta es nuestra respuesta. (*Le tira una botella.*)

ENRIQUE.

¡Fuego! (*Descargas de ambas partes.*)

CONDE.

¡Fuego!

GASPAR.

Ladrillazos en ellos.

CONDE.

¡Perros! ¡Cómo se defienden!

SECRETARIO.

Apelemos al último recurso. (*Explosión de la mina: arruínase el castillo.*)

TODOS.

¡Oh!

LOS DEL CONDE.

¡Victoria, victoria! (*Penetran por la brecha y desarman á los defensores de Don Enrique: éste se retira peleando.*)

ACTO CUARTO.

Portalón destruído en parte, con una chimenea á un lado. Muebles y efectos que se han sacado de entre las ruínas del castillo.

ESCENA I.

EL CONDE, EL SECRETARIO; Soldados.

CONDE.

Gracias, generosos amigos, mil gracias.

SECRETARIO.

Vos quedáis servido y nosotros vengados.

CONDE.

¿Con que era el mismo Don Enrique de Aragón, el famoso Marqués de Villena?

SECRETARIO.

El propio. Nos tuvo algún tiempo confinados en la Selva de las aventuras, y nosotros le hemos obligado á sepultarse vivo en la Cueva de la cabeza encantada.

CONDE.

Y ¿no es fácil que salga de allí?

SECRETARIO.

Él por sí no puede escapar, y es casi imposible que otro le redima. Respecto á su esposa, va á llegar al punto. El Marqués había tomado vuestra figura: vos, con ella y su nombre, podéis ahora usar el derecho de represalia.

CONDE.

Es lo que anhelo más. Mi triunfo verdadero es ese. Y el maese vidriero, pizarrero y plomero, ¿dónde ha ido á parar?

SECRETARIO.

Ese tunante, según lo que se le ha visto hacer, debe manejar alguna prenda mágica de su amo: de modo que conviene mucho apoderarnos del tal Garabito.

ESCENA II.

DON LAÍN; Soldados; dichos.

LAÍN.

Allá nos aguarde por muchos años.

CONDE.

¿Ha muerto ese maula?

LAÍN.

Queda hecho moneda segoviana, es decir, cuartos, á la orilla del río... No precisamente á la orilla, más acá.

UN ECO, *dentro.*

¡Cá!

LAÍN.

¿Quién deletrea por ahí?

SECRETARIO, *aparte.*

(Este eco no es natural.)

LAÍN.

Á la *K* respondo yo con la *B*. Al que no crea la muerte de Garabito, le diré tan sólo: «Ve á verle, ve.»

SECRETARIO, *al Conde.*

Venid á prepararos para recibir á Dorotea en esa parte del castillo que ha quedado en pie. (*Vanse el Conde, el secretario y los soldados.*)

ESCENA III.

PASCUALA, DON LAÍN.

PASCUALA.

Don Laín, Don Laín, ¿es verdad lo que dicen de Garabito?

LAÍN.

Sí, hija mía: se ha roto el duplicado, y queda solito el original. Mi yo se ha reducido á mí.

PASCUALA.

¿De veras le han muerto?

LAÍN.

Se han empleado todos los medios oportunos contra los tunos. Ibamos dándole caza á lo largo del Duero; ve que ya le podía alcanzar una bala, y ¡zas! Embócase de cabeza en el río, y húndese al fondo.

PASCUALA.

¿Y no hubo entre vosotros un alma capaz de socorrerle?

LAÍN.

Sí tal: Becker y Straus se arrojaron al agua tras él, esos dos muchachos que son dos tiburones...

PASCUALA.

¿Y consiguieron?...

LAÍN.

Sacarle á la orilla.

PASCUALA.

¿Vivo?

LAÍN.

No lo parecía; pero en la duda de sí ó no, aquí estos amigos desenvainaron las charrascas, le trincharon por mayor en un periquete y colgaron de los árboles las partijas, para escarmiento de usurpadores fisionómicos.

PASCUALA.

¡Oh inhumanidad! ¿Y tenéis valor para decírmelo?

LAÍN.

¿Si te parecerá que no siento yo que haya muerto de esa manera?

PASCUALA.

Callad: tenéis peor intención que un tigre.

LAÍN.

Yo no he conocido más tigre que el del Retiro, que se murió de un sofocón porque le dijeron que un usurero de la calle de Tentetieso era más tigre que él; pero en cuanto á sentir la muerte de Garabito, digo la verdad. El señor teniente Zurriburrifredo, Trapalón feliz...

PASCUALA.

Yo no tengo que ver con ningún teniente.

LAÍN.

¡Pues no faltaba más!... ¡Vaya! Digo, pues, que el señor teniente del nombre y apellido largo tenía á Garabito una tirria atroz...

PASCUALA.

Bien, ¿y qué?

LAÍN.

Y como el señor apellidado en *if* es un mágico de los más aprovechaditos de la orilla del Rhin, había descubierto el único medio posible para que recobrases tu derecha y hermosísima espalda.

PASCUALA.

¿Y cuál es?

LAÍN.

La cosa más sencilla del mundo. Arcabucear á Garabito, que vareó la mía. No le arcabucearon éstos por no creerme, y te has quedado con tu joroba.

PASCUALA.

¡Sacrificar á mi talle la vida de un hombre! Á tal precio, más quiero permanecer siempre así.

LAÍN.

Pues yo no lo aguanto. Los infiernos y sus arrabales he de revolver, si es preciso, hasta conseguir, ¡voto á cien carretadas de Satanases!...

PASCUALA.

No blasfeméis. Temed el castigo del cielo.

LAÍN.

¡Qué tontería! El cielo... (*Trueno horroroso.*) ¡Hola! Guardémosle respeto, porque habla gordo. (*Sigue tronando y relampagueando.*)

PASCUALA.

Sobre vos debían caer esos rayos.

LAÍN.

¡Santa Bárbara bendita! Esa pared que amenaza ruína, retiembla.

UN ECO.

¡Tiembla!

PASCUALA.

¿Habéis oído? La pared os ha amenazado.

LAÍN.

Es un eco simplón, que no sabe lo que se dice. El miedo que tienes te alucinó.

ECO.

No.

PASCUALA.

¿Lo veis ahora?

LAÍN.

No veo, pero oigo.

PASCUALA.

¿Si será un alma en pena quien os habla así?

ECO.

Sí.

PASCUALA.

Yo me ahogo de susto.

LAÍN.

Serenidad, no hay motivo para amedrentarse. Yo dirigiré la palabra al eco y nos entenderemos: los hay muy corteses y bien criados. Un eco hay en Andalucía que cuando le dicen: «Dios le guarde, amigo,» contesta al momento: «Pa zervir á ozté, camará.» (*Aparte.*) (Hagamos de tripas corazón.) ¿Qué quieres de nosotros, ente invisible que nos remedas? ¿Quién eres? Dilo, que yo me holgara...

ECO.

Gara...

LAÍN.

Yo te invito.

ECO.

Bito... (*Don Laín y Pascuala hablan casi á un tiempo.*)

LAÍN.

Ha dicho *Gara...*

PASCUALA.

Ha dicho *Bito...*

ECO.

Gara... Bito.

LAÍN.

¡Garabito! ¿Aun después de hecho cinco ha de perseguirme? Tal tenacidad en un muerto me admira.

ECO.

Mira... (*Caen las piernas de Garabito por la chimenea.*)

PASCUALA.

¿Qué es aquello que ha caído por la chimenea?

LAÍN.

Alguna media canal que estaría al humo. (*Llégánse los dos al hogar.*)

LAÍN.

¡Las piernas del maestro plomero!

PASCUALA.

¡Qué horror! (*Huye.*)

LAÍN.

Muerto más ágil no lo he visto en mi vida. (*Caen los brazos y después el cuerpo.*) Un brazo... dos. El hombre se me viene aquí por menor, para darme un susto con cada remo. Pero falta lo principal. Apostara á que alguna bruja se ha llevado ya la cabeza para arrancarle los dientes.

ECO.

Mientes.

LAÍN.

¡Mientes! ¡Qué urbanidad gasta el eco de aquí! ¡Mientes! Lo que yo veo es que la prenda capital no asoma.

ECO.

Toma. (*Cae la cabeza.*)

LAÍN.

Tómela el peluquero de Lucifer para el escaparate de su tienda. ¡Cabo de guardia! ¡Soldados!

ESCENA IV.

LOS SOLDADOS; dichos.

UN SOLDADO.

¿Was ist das? (*Se pronuncia ¿Vas is tas?*)

LAÍN.

¡Ay tudescos amigos! ¡Qué falta me habéis hecho tan grande!

SOLDADO.

¿Warum? (*¿Varúm?*)

LAÍN.

Porque necesitaba repartir con vosotros una dosis de miedo, sobrado fuerte para mí solo. Mirad.

SOLDADO.

¿Was giebts? (*¿Vas guipts?*)

LAÍN.

Mirad lo que se ha descolgado por esa chimenea.

SOLDADO.

¡Was wunder! (*¡Vas vúnder!*)

LAÍN.

¿Sabéis lo que estoy pensando? Que el señor Arroz-con-perdiz no me dijo que para desenmochilar á mi esposa fuese necesario arcabucear á ese hombre en vivo. Un difunto que se cuela en el hogar doméstico chimenéicamente, bien merece media docena de almendritas de plomo... y puede que el efecto sea el mismo. ¿Qué se pierde en probar?

SOLDADO.

Nichts. (*Nijts.*)

LAÍN.

Manos á la labor. El deseo de ver á mi mujer, tal y como era antes de sus averías, me infunde

un aliento... que ni el de Don Juan Tenorio con el Convidado de piedra. (*Á los soldados.*) Traedme pieza por pieza ese mueble, y yo lo iré ensamblando arrimadito á la pared. Aquí hay unas escarpias: atando á ellas un pañuelo... ó mis ligas... (*Los soldados hacen lo que Don Laín les indica, y él arma el cuerpo de Garabito cantando en el ínterin.*) Principiemos la obra por los cimientos. ¡Lo que puede el amor conyugal! Esto ya se tiene. Vengan más materiales. Adelante. Prenderemos los brazos con unos alfileres. ¡Guapo! La cabeza es la que da en quedarse torcida. Nada, hasta lo último ha de salir con la suya. ¡Válgate un!... Muchachos, al avío: preparad los chismes; aquí no hay necesidad de descabezar el Credo.

EL CABO.

¡Achtung! (*¡Aj-túnk! Quiere decir ¡atención!*) (*Los soldados preparan las armas.*) *¡Legt-an!* (*¡Lek-tán! Apunten.*) (*Los soldados apuntan.*) *¡Feïer!* (*¡Féyer! Fuego.*) (*Los soldados hacen fuego; pero los fusiles se les doblan por la mitad, y la descarga se hace en el suelo. Garabito echa á andar.*)

LAÍN.

¡Dios todopoderoso!

SOLDADOS.

¡Diesen verräther! (*¡Dísen ferréter! Este es traidor!*) (*Huyen los soldados y sale Pascuala.*)

PASCUALA.

¡Garabito! ¡Ah! ¡Vives aún! ¡Gracias al cielo!

GARABITO, *á Pascuala.*

Me fuiste desleal: te arrepentiste.
Vuelve á ser tan derecha como fuiste.
(*Desaparece la joroba de Pascuala.*)

PASCUALA.

¡Ah!

LAÍN.

No me la seduzcas, galopín.

GARABITO, *á Don Laín.*

Mira el anuncio de tu horrible fin.
(*Aparece entre las ruínas un burro ahorcado.*)

PASCUALA.

Huyamos, Don Laín.

GARABITO, *á Don Laín.*

El de un asno traidor será tu fin.
(*Vanse.*)

Sala del castillo: en medio de ella un pozo con un brocal esculpido.

ESCENA V.

EL CONDE, DOROTEA.

CONDE.

Pero, Dorotea...

DOROTEA.

Dejadme, dejadme...

CONDE.

Después de las satisfacciones que acabo de darte, debería ser mejor tratado.

DOROTEA.

Señor Marqués, vos me habéis tratado peor. ¡Tenerme encerrada tanto tiempo en una escuela de chiquillas, como si yo fuese una muñeca!

CONDE.

Porque no corrieras peligro aquí...

DOROTEA.

Para una mujer de bien no hay peligro junto á su esposo: más puede haber estando lejos.

CONDE.

Cerca, cerca te quiero yo... Te aseguro que en adelante... (*Va á abrazarla.*)

DOROTEA.

Aparta. Ahora la que no quiere hallarse cerca, soy yo.

CONDE.

Dorotea, yo había llegado á creer que me amabas...

DOROTEA.

Yo había llegado también á creer que no serías capaz de... de...

CONDE.

¿De qué?

DOROTEA.

De pasarte al partido del Archiduque. Defendías contra él este castillo, te le han arruinado sus tropas y te has alistado en ellas. ¡Bueno está eso para lo que me decías cuando vinimos aquí! Yo creía que los magnates de Don Juan II eran menos volubles que los del día.

CONDE.

Yo podré ser inconstante en otros afectos, pero no en el que me inspiran tus ojos. Vamos, Dorotea, hermosa mía, celebremos las paces.

DOROTEA.

No lo merecías; pero...

CONDE.

¿Qué he de hacer yo para desenojarte del todo?

DOROTEA.

Por ahora dejarme sola... Me hablas, me miras de un modo... que... no me gusta.

CONDE.

¿Pues cómo te he de hablar?

DOROTEA.

¿Cómo? En lenguaje antiguo, como hablaste á tu primera mujer.

CONDE, *aparte.*

(¡Demonio! Mi talismán no se extiende al cono-

cimiento del arcaísmo.) No vas á entender lo que diga.

DOROTEA.

¡Oh! sí: allá en la escuela de Madrid he leído estos días el Laberinto de Juan de Mena.

CONDE, *aparte.*

(¡En buen laberinto me pones tú!) Es lenguaje de muy mal gusto.

DOROTEA.

En gustándome á mí...

CONDE.

Si apenas me acuerdo.

DOROTEA.

¡Si me acuerdo yo solamente de una lectura! Fabladme, pues, á la vuestra usanza; platicad connusco, el mi esposo, el mi muy mucho regalado dueño. Ya ves que te doy pie.

CONDE.

Fermosa mía...

DOROTEA.

Adelante.

CONDE.

Aunque non me guste...

DOROTEA.

No se dice *aunque;* se dice *magüer.*

CONDE.

Magüer lo faga contra mi voluntad.

DOROTEA.

Contra mi voluntad es *amidos*.

CONDE, *impaciente y ya desatento.*

¡Dorotea!...

DOROTEA.

¡Ah! ¡No sois mi Enrique! ¡No sois mi esposo! ¡Vos sois el Conde!... Fascináis mi vista; mi corazón no se deja engañar.

CONDE.

Dorotea, sea yo quien fuere, yo soy tu dueño: tú propia lo has dicho.

DOROTEA.

No lo seréis nunca. ¡Marqués! ¡Enrique!

CONDE.

Enrique está en esa cueva, de la cual no se sale; y tú te ves aquí, donde todas las puertas han quedado cerradas.

DOROTEA.

Las puertas, sí; el piso, no. ¡Abismos, dad amparo á mi honra! (*Arrójase en el pozo.*)

CONDE.

¡Dorotea! ¡Se arrojó á la cueva encantada! ¡La

perdí para siempre! ¡Cunigundifredo! ¡Cunigundifredo!

ESCENA VI.

DON LAÍN, EL SECRETARIO; Soldados, y en medio de ellos GARABITO preso; EL CONDE.

LAÍN.

Aquí viene Don Riqui-Roque Ruiz con Garabito preso.

GARABITO, *aparte.*

(Se me cayó de la faltriquera el librito de mi amo, y caí en manos de la brujería tudesca.)

CONDE.

¿Á qué vienes tú por aquí, mal vidriero?

GARABITO.

Á ver si me paga V. S. los vidrios que le puse en Madrid.

SECRETARIO, *al Conde.*

Para pagarle todo lo que le debéis, recordad lo que os tengo dicho. Éste es el que rompió la redoma donde estaba en infusión el Marqués; por éste supo vuestros amores con Dorotea.

CONDE.

Y en consecuencia de ese chisme se apropió el Marqués mi figura.

SECRETARIO.

Y os usurpó la novia.

LAÍN.

Y Garabito, con mi apariencia y nombre, me hartó de leñazos. ¡Bendito sea, que tan á tiempo se nos descuelga por acá!

CONDE.

A muy buen tiempo ha sido, pues con la pérdida de Dorotea necesito desahogar en alguien mi furia. Laín, págale á Garabito su cuenta; divertíos en hacerle rabiar un rato, y arrojadle después á ese pozo, donde, aunque no es de temer la caída, no es posible salir.

GARABITO.

¡Señor Conde! ¡Señor Conde de la Biznaga! (*Vase el Conde.*)

ESCENA VII.

DON LAÍN, GARABITO, EL SECRETARIO; Soldados.

LAÍN.

El Conde te condena, y nosotros no deseamos más que enviarte con los condenados: resígnate por fuerza si no puedes por voluntad. Me parece que importaba tu cuentecita...

GARABITO.

Ochenta pesos.

LAÍN.

Y ¿cuánto rebajas de los ochenta? Mira que te vamos á echar al pozo encantado, por lo cual debes considerarte *in articulo mortis.* Mira que tus cuentas han sido siempre como las del Gran Capitán. Rebaja en conciencia.

GARABITO.

Rebajo la mitad. Me contento con cuarenta pesos.

LAÍN.

Ya que tú has rebajado, voy á rebajar yo. Tú te contentas con los cuarenta: yo no me contento sino dándote veinte.

GARABITO.

Corte usted como quiera: usted es el carnero y yo el cuchillo...

LAÍN.

¿Cómo?

GARABITO.

Al revés lo quise decir. Deme usted los veinte pesos, y en paz.

LAÍN.

Enhorabuena. Pero nosotros te vamos á empozar con los encantados, que para nada necesitan dinero: ¿no podías rebajar también los veinte del pico?

GARABITO.

Sí pudiera, pero no quiero.

LAÍN, *á los soldados.*

Y decid vosotros, muchachos: ya que nos ha facultado el Conde para que nos divirtamos á costa de Garabito, ¿no pudiéramos divertirnos en darle palos pesados, equivalentes á pesos de ley?

SOLDADOS.

Ja wohl. (*Ya vol.*)

GARABITO, *al secretario.*

¿Qué quiere decir eso de *ya vol?*

SECRETARIO.

Que sí por cierto.

GARABITO.

¿Sí? Pues yo *no vol.* Elijan ustedes otro género de diversión, y cedo á beneficio de todos los presentes los veinte de la cuenta.

LAÍN.

Bien, hombre.

SECRETARIO.

Gracias.

SOLDADOS.

Ich, danke, wir danken. (*Ij tánke, vir tánken.*)

GARABITO.

¿Estanques? Me conformo con un estanque: será menos profundo que el pozo.

SECRETARIO.

Os dicen: «Lo agradezco, lo agradecemos.»

LAÍN.

Ahora bien, insigne Garabito, Pascuala queda libre de su mochila; y en tirándote al sumidero, quedo seguro de que ya no falsificarás mi persona: la tirria que te tuve puede conceder lugar á la benevolencia. Dicen que á los encantados en ese pozo los obligan allá abajo á cantar para despedirse del mundo, y á esto llaman *el canto del cisne*. Diviértenos tú con el tuyo aquí arriba, que si no es de cisne será de ganso.

GARABITO.

¿Esa es toda la benevolencia con que usted quiere favorecerme?

LAÍN.

Como pudiéramos divertirnos en desollarte...

SOLDADOS.

Singen sie, singen sie etwas. (*Sínguen sí, sínguen sí etvas.*)

GARABITO.

¿Á quiénes dicen éstos que pringuen sin yerbas?

SECRETARIO.

Os dicen que les cantéis algo.

GARABITO.

¿Qué gana he de tener de cantar, cuando van ustedes á enterrarme en vida?

LAÍN.

¿No has visto las óperas del Buen Retiro, donde los grandes héroes de la antigüedad se mueren cantando? La princesita Doña Ifigenia, cuando la van á degollar, gorgoritea como la mejor calandria de los campos de Móstoles.

GARABITO.

Eso es verdad. Y habiendo yo nacido en Móstoles, héroe calandrio debo ser, mejor aún que la Doña Esfinge de Armenia. Atiéndanme ustedes... (*Preludio de música dentro, imitando graznidos.*) ¿Qué música de gallinero es esa que se oye?

SECRETARIO.

Es un coro de gansos para acompañar vuestra voz.

GARABITO.

Me alegro; porque si canto por boca de ganso, no cantaré solo. (*Canta.*)

Miedo tuvo la verdad
Y en un pozo se escondió:
¡Ojalá que en éste se halle!
Y ¡ojalá la encuentre yo!

Coro de graznidos de ganso.

GARABITO, *canta.*

Si es que doy con la verdad,
Mucho preguntarle quiero;
Y es porque en el mundo de hoy
Hay muchísimo embustero.

Coro de gansos.

GARABITO, *canta.*

Si es que salgo de la cueva,
Ya diré lo que descubra;
Si es que por allá me quedo,
Buenas noches, y hasta nunca.

(*Mientras ha cantado Garabito han ido saliendo fantasmas del pozo, que cantan después lo siguiente:*)

CORO DE FANTASMAS.

Al canto de este
Bobalicón,
Por él salimos
Del pozo Airón

GARABITO.

¡Calle! ¿Es éste el pozo Airón? Yo creía que el tal pozo estaba en otra tierra.

SECRETARIO.

¿No habéis oído qué fuerte sopla el viento allá abajo?

GARABITO.

Yo no.

SECRETARIO.

Pues llegaos al brocal.

GARABITO.

Á ver. (*Acércase al pozo y aplica el oído.*)

SECRETARIO Y LAÍN, *á los fantasmas.*

¡Ahora! (*Los fantasmas cogen á Garabito.*)

CORO DE FANTASMAS.

Somos mandados,
No hay remisión,
Al pozo, al pozo,
Al pozo Airón.
Vamos, Don Garabito,
Al pozo Airón.

GARABITO, *canta.*

¡Ay mi Pascuala!
¡Qué compasión!
Me echa esta gente
Al pozo Airón.
Vente, mi Pascualita,
Al pozo Airón.

(*Arrójanle al pozo, húndense tras él los fantasmas y vanse los demás.*)

Cueva de la cabeza encantada. Á los dos lados del proscenio dos estatuas tendidas sobre pedestales: la una tiene atadas las manos; la otra sueltas. Un asiento informe en medio del teatro; una lámpara encendida sobre una repisa; en otro lado una antorcha apagada.

ESCENA VIII.

DOROTEA, DON ENRIQUE.

DOROTEA.

¡Esposo mío! (*Se abrazan.*)

ENRIQUE.

¡Hervida sin par! ¡Ídola del tu esposo!

DOROTEA.

No he reparado en sacrificar mi vida á mi honor.

ENRIQUE.

Non padesce daño quien por ese pozo se lanza: guárdale la vida el encantamento para que más pene que si moriera.

DOROTEA.

Cesa de hablarme así: tú no necesitas probar quién eres. Tú eres mi esposo, tú eres mi Enrique: por eso he querido participar de tu triste suerte.

ENRIQUE.

Pero ¿sabes qué has hecho? ¿Sabes que acaso no volverás á ver la luz del día? ¿Que puedes convertirte en estatua como esas?

DOROTEA.

¡Qué! ¿No podremos huir de aquí á favor de tu talismán?

ENRIQUE.

Á todo alcanzará menos á eso. Imposible es la salida si no descubrimos...

DOROTEA.

¿Algún resorte, alguna puerta secreta? Yo veo bien.

ENRIQUE.

El encanto de esta cueva consiste en una adivi-

nanza, compuesta de tres renglones, de los cuales es necesario acertar el primero.

DOROTEA.

Y ¿dónde están escritos?

ENRIQUE.

En las paredes de la cueva.

DOROTEA.

No descubro letras por ningún lado.

ENRIQUE.

Ese es el secreto. Se han de imaginar y pronunciar aquí las palabras de uno de los tres renglones, sin ningún antecedente.

DOROTEA.

¡Virgen de Atocha!

ENRIQUE.

Entre las infinitas combinaciones que se pueden hacer con las voces de un idioma, ya ves si será difícil atinar con las que estén ahí trazadas, las cuales no aparecerán hasta que haya quien las adivine.

DOROTEA.

Pues ya es empresa.

ENRIQUE.

Sólo á la casualidad se puede deber ese descubrimiento. Yo compré el castillo por tener la gloria

de desencantar á los moradores de esta caverna; pero todos mis cálculos han sido inútiles, y por lo mismo nunca me había atrevido á pasar sus umbrales. Aquí permaneceremos encarcelados... sabe Dios hasta cuándo.

DOROTEA.

La mansión no es muy agradable; pero teniéndote á mi lado, no echaré menos los magníficos salones de arriba. El amor todo lo embellece. Me compondrás versos, me recitarás todos los tuyos, y conversaremos con nuestros hermanos de cautiverio.

ENRIQUE.

Ellos podrán oirte, pero no responder.

DOROTEA.

¿Solamente nosotros estamos en el uso de la palabra?

ENRIQUE.

Gracias á mis privilegios científicos, que no sé cuánto durarán; pues como entregué á Garabito mi libro mágico, talismán de primera clase, Garabito es el que puede hacer mucho por sí ó por otra persona: yo, nada. ¡Ay Dorotea!

DOROTEA.

¿Qué tienes, Enrique?

ENRIQUE.

¡Perdidos somos! ¡Piedra seremos!

DOROTEA.

¿Pues qué sucede?

ENRIQUE.

Vuelve la vista allí.

DOROTEA.

¡Ay! Veo una porción de estatuas que andan... que vienen acercándose...

ENRIQUE.

Vienen á recoger á sus compañeros de suerte.

DOROTEA.

¡Á nosotros!

ENRIQUE.

Vienen á oir nuestra despedida del mundo.

DOROTEA.

¡Cielos!

ENRIQUE.

¡Musa de mi juventud, inspira mi labio por la última vez!

ESCENA IX.

ENCANTADOS, convertidos en estatuas; dichos. Al compás de una música lúgubre y sorda vienen dos hileras de estatuas marchando lentamente. El Marqués se siente abatido. Dorotea se sienta en el suelo, á los pies del Marqués: las estatuas los cercan. Dos de ellas tocan liras, y á su son declama el Marqués.

ENRIQUE.

Venid, conmorantes del negro edeficio,
Venid, y escochadme trovar sin praser,

En antes que añude fatal maleficio
La lengua que grida su grido postrer.
¡Oh dulce, fermosa, grandífica España,
Que pugna intestina pequeña te faz!
Iscamos daquesta prisión soterraña
El día en que fuljan tus glorias en paz.
Trascatan mis ojos la edad bienfechora,
Que paso ante paso el tiempo conduz.
¡Cuitados nosotros, nascidos agora!
¡Bien haya el que estonce resciba la luz!

(*Van apareciendo sucesivamente en el foro seis cuadros que representan los seis principales puntos de esta profecía.*)

Las alas del ave, los homes furtando,
Ternán por su vía la sfera sotil,
É casas inormes irán regilando
En somo de fierros, en liso carril.
Do quier que un sospiro se da gemebundo
Piadad conortante volando le acud:
Abarcan dos Reignas el ceptro del mundo,
La sciencia splendente, la sancta virtud.
Cobriendo la tierra concorde familia,
Solaz é ventura su seno hinchirán:
Será todo rico varón sin mancilia,
É non habrá pobre sin cama ni pan.
Glaciente friura ya en mí señorea...
Me corta la fabla... me duerme los pies...

DOROTEA.

Abrázame, esposo.

ENRIQUE.

¡Adiós, Dorotea!
Es largo este sueño... eterno non es.

(*Quédanse adormecidos Enrique y Dorotea. Las estatuas, sin mover casi los pies, hacen con manos y cabeza movimientos como de baile mágico, pausado y triste, durante el cual los dos esposos se van cubriendo de piedra tosca. Después las estatuas se retiran poco á poco, y el grupo de los recién petrificados se hunde ó se empotra en la pared.*)

ESCENA X.

GARABITO.

Se me figuró que había oído música por aquí; pero ya no siento ruido ninguno. Esta es seguramente la Cueva encantada: así me lo dijeron los fantasmones que me soplaron en ella; pero desaparecieron en seguida, y no se halla un encantado para un remedio. Adelante, hasta que tropiece con alguien. (*Tropieza y cae.*) ¡Patapún! Lo que es el tropiezo, ya lo he tenido: ¡se me ha desquiciado toda la columna vertebral! ¡Vaya, y lo que valía el libro de mi amo! Por él averigüé que Don Laín se ha de ahorcar antes de cuatro días; por él me dejé ahogar sin daño ninguno... Me estaban cortando una pierna, y yo me reía por la uña del dedo gordo... Pero á lo mejor se me escurre el libro, me cogen, me traen al castillo, y me embocan en el pozo encantado. Un pozo con un paracaídas mágico, de lo mejor que se puede ver... bien que

yo no lo he visto, porque á estas honduras parece que ni siquiera se gasta candil. ¡Qué será de mí en esta soledad, entre estas tinieblas! ¿Á qué bodegón acudiré cuando sienta apetito? ¡En lo que han venido á parar las esperanzas que concebí cuando me dijo mi amo en Barahona: «Discurre cosas en tu magín, y siendo tres, pide lo que quisieres!» (*Se oyen dos fuertes golpes en metal, y aparecen en el muro, resplandeciendo como si estuvieran formadas con piedras preciosas, estas palabras en letra gótica:*)

Pide lo que quisieres,
Haz el bien que pudieres
Y obtendrás lo que merecieres.

(*Garabito continúa.*) Ese ruido... ese letrero... No hay más: he dado con la adivinanza, sin pensar en ello. ¡Y mi amo, que andaba volviéndose loco! Sí; pero ahora falta que yo sepa usar del descubrimiento con fruto. (*Lee.*) «Pide lo que quisieres.» En lo de pedir me iré con tiento; no tengamos otro apéndice al hueso sacro, como cuando los tres deseos. Lo primero que quiero, y que no tiene duda que me conviene, es no estar á obscuras. Una luz. (*Viene volando un cuervo con una mecha en el pico, enciende la antorcha que hay en el teatro y vuela.*) Gracias, amigo. Póngame usted á los pies de la señora; besitos á los chiquitines. Ahora útil será examinar el terreno. No veo mas que dos estatuas. Estos personajes serán á la cuenta dos campeones cuyas proezas habrían excitado la envidia de algún encantador pérfido... y cátelos usted convertidos en bultos de pórfido. En efecto, son hombres de

armas tomar, porque aquí se les conservan las suyas. Si lograse desencantarlos, me hacía con dos aliados formidables. Éste tiene un chafarote, y el otro... un arma de fuego cortita. ¡Calle! ¡Si están aquí sus nombres! (*Lee.*) «Bernardo.» ¡Cómo! «Ambrosio.» ¡Vóto va!... Ya caigo. Éste es el de la espada que ni pincha ni corta, y aquél el que cargaba la carabina con cañamones. ¡Buen refuerzo esperaba yo! La espada de Bernardo me serviría lo mismo que la carabina de Ambrosio. Continuemos ejerciendo el derecho de petición; y para no equivocarlo... fuera circunloquios... Quiero que inmediatamente se me ponga.. (*Sale un monstruo rugiendo, y se dirige á Garabito furioso.*) ¡Santo Cristo de Móstoles! ¿Qué animalucho es éste? Parece un murciélago, pero ¡de qué tamaño! Señor murciélago mayúsculo, no se incomode usted: no iba á pedir que me pusieran en libertad, como usted se habrá figurado: iba á decir... que me pusieran la mesa para cenar. ¡Pues estamos bien! «Pide lo que quieras,» y cuando pido lo que más principalmente me importa, por poco no me sorbe el murcielagón! (*Sube por un escotillón una mesa aparada, debajo de cuyo tablero hay dos osos como sosteniéndole; la mesa trae consigo un banco largo.*) ¡Hola! Parece que de puertas adentro no se opone nadie á que regale yo mi individuo. Sea enhorabuena: los duelos con pan son menos. Así como así, me voy convenciendo de que, contra todas las reglas de la encantaduría, en esta tierra hace hambre. Y guisan muy bien por allá abajo, porque el olorcillo convida. En verdad que donde hay quien guise, podía ha-

ber quien sirviera. (*Los osos salen de debajo de la mesa y se ponen en dos pies á los lados de la mesa, cada uno con una servilleta al hombro.*) ¡Vaya un par de camareros! ¡Qué atrocidad! Háganme ustedes el favor de no atarearse por mí. ¿Oyen ustedes? (*Viendo que no le hacen caso.*) ¡Eh! ¡Mozo! Con usted hablo... y con usted. Que se larguen ustedes de aquí y que no vuelvan hasta que suelten el pelo de la dehesa. Lo quiero. (*No hacen caso.*) Lo pido. (*Se van los osos.*) Ya desaparecieron: vamos á comer. Lo primero un huevecito pasado por agua, que en esto no pueden haber ingerido ningún jarope. ¡Oh! y parece fresco. (*Abre el huevo y sale de él un pájaro.*) ¡Sí, recientito estaba por Dios, y tenía un pollo volandero! ¿Y por qué me pringo yo en tal fruslería, habiendo aquí un pastelón de liebre, que es mi plato de preferencia? (*Toma un cuchillo y trincha.*) ¡Qué tierna está! La liebre es el animalito más inocente y... (*Sale de ella un gato.*) Pero, señor, ¡que no ha de haber un hostelero que no encaje gato por liebre! Bien dicen que tienen siete vidas los gatos: éste reservó la séptima para librarse de que yo le trinchara. Como sigamos así, voy á cenar opíparamente. Veremos si este par de perdices está de recibo. (*Trincha.*) Lo que es ésta se deja partir sin oposición. Vamos, esto es perdiz, verdadera perdiz, como no se ve en las mejores pastelerías del reino. Y sin embutidos heterogéneos ni cuerpos exóticos... La destrocé. ¡Con qué gusto voy!... Pero antes de satisfacer el apetito, principiemos las obras de misericordia por la última: rogar á Dios por vivos y muertos. (*Hace oración en silencio:*

mientras tanto las dos estatuas van levantándose lentamente y se llegan á la mesa hasta sentarse en el banco, una á cada lado de Garabito.)

ESCENA XI.

BERNARDO, AMBROSIO, GARABITO.

GARABITO.

Ahora, cenemos. (*Toma con el tenedor una presa y Ambrosio le detiene.*) ¡Válgame el relicario del Escorial! ¡Dos convidados de piedra! (*Huye.*) Señor Don Bernardo... señor Don Ambrosio... permítanme ustedes les diga que eso de sentarse á mi mesa de mogollón, sin decir oste ni moste, ni tus ni mus, ni hache ni erre... ¿Eh? Nada: como si hablase con dos estatuas.

(*Ambrosio llama con la mano á Garabito.*)

GARABITO.

¿Qué? ¿Que vaya?

(*Ambrosio dice con la cabeza que sí.*)

GARABITO.

¿Sí? Pues á eso contesto yo que *nikis* en alemán. (*Hace con la cabeza señal negativa.*) Si tiene usted algo que decirme, desde aquí puedo oirlo.

(*Ambrosio dice por señas que Bernardo y él quieren comer y beber.*)

GARABITO.

¿Qué pretende usted dar á entender con toda

esa pantomima? ¿Que quieren ustedes jamar y trincar?

AMBROSIO.

Que sí.

GARABITO.

¿Sí? ¿Y yo?

(*Ambrosio señala á Garabito el letrero.*)

GARABITO.

Me señala el letrero. (*Lee.*) «Pide lo que quisieres, haz el bien que pudieres...» Tiene usted razón, debo hacer bien. Dispongan ustedes de mi cena.

(*Ambrosio hace á Garabito notar que Bernardo tiene las manos sujetas.*)

GARABITO.

Y es verdad que el otro tiene atadas las manos. Soy un pollino.

(*Bernardo y Ambrosio hacen señal afirmativa.*)

GARABITO.

Celebro la uniformidad de dictámenes. La sexta redimir al cautivo. Cadenas de piedra fácilmente se hacen saltar. (*Mete un cuchillo por dentro de un eslabón, y rompe la cadena.*) Está usted libre, señor Don Bernardo. Coma el hambriento y beba el sediento.

(*Bernardo y Ambrosio dan gracias.*)

GARABITO.

No hay de qué. (*Les hace plato y les echa de beber: las estatuas comen y beben. Trincha Garabito la otra per-*

diz.) Por la libertad de usted, mi señor Don Bernardo. (*Llena dos vasos: las estatuas se los beben; llena otros dos: se los beben también.*) Señores, yo también quisiera brindar.

AMBROSIO Y BERNARDO.

Que no.

GARABITO.

¿Que no? ¿Se van ustedes á chiflar todo el vino?

LOS DOS.

Que sí.

GARABITO.

¿Y si se emborrachan ustedes?

(*Los dos se encogen de hombros.*)

GARABITO.

¿No importa, eh? Es que yo me quedo sin ración.

(*Ambrosio y Bernardo cogen las botellas y amenazan á Garabito.*)

GARABITO, *aparte.*

(Si me arriman un manotón berroqueño, me deshacen la cara. Suframos con paciencia las flaquezas ó robusteces de nuestros prójimos.)

(*Bernardo y Ambrosio se beben el resto de las botellas.*)

GARABITO.

¡Cómo tragan los mazacotes! Deben tener unas entrañas tan secas, que primero que las remojen...

(*Bernardo y Ambrosio dejan caer la frente sobre las manos, apoyadas en la mesa.*)

GARABITO.

¿Les entra á ustedes sueño?

LOS DOS.

Que no. (*Sin alzar la cabeza.*)

GARABITO.

¿Se sienten ustedes malitos?

LOS DOS.

Que sí.

GARABITO.

Lo creo. (*Aparte.* Tal habéis empinado.) ¿Es cosa de hacer cama?

LOS DOS.

Que sí.

GARABITO.

Pues allí tienen ustedes las suyas. (*Señalando sus lechos de piedra.*)

LOS DOS.

Que no.

GARABITO.

¡Oiga! ¿Las quieren ustedes más blanditas?

LOS DOS.

Sí.

GARABITO, *alzando la voz.*

Á ver: un cuarto con dos camas para estos caballeros. (*El monstruo acomete á Garabito.*) Adiós:

otra vez me acomete el murcielaguísimo. ¿Cómo pediré yo de modo que éste no se me irrite? Yo quiero dar posada á estos dos peregrinos. Un cuarto con dos camas para mí, que sean para ellos, como ha sido para ellos mi cena. (*Aparece en el fondo una alcobita con dos camas: colchones y almohadas sin ropa.*) Eso sí. Esto es. Ya tienen ustedes dónde descansar. Vamos, señores.

(*Ambrosio y Bernardo se levantan para ir á la cama, y cada uno apoya un brazo en el hombro de Garabito.*)

GARABITO.

¡Ay! me hunden ustedes los hombros, me descoyuntan. Esto es echarme dos cruces á cuestas: en ley de Dios basta con una.

(*Bernardo y Ambrosio dan profundos gemidos.*)

GARABITO.

¿Gimen ustedes de dolores?

LOS DOS.

Que no.

GARABITO.

¿Es de pesadumbre?

LOS DOS.

Sí.

GARABITO.

Pues yo gimo de peso. Consuélense ustedes. El hombre debe ser crudo y duro, y ustedes no tienen mucho de blando. Ánimo, que Dios abrirá ca-

mino... y á mí me van ustedes abriendo en canal. Tienen ustedes un frío que me hiela... y allí en las camas no veo ropa. Si con esta casaca mía hubiera para los dos... (*Se la quitan: tiran de la casaca Bernardo y Ambrosio, y salen de ella dos mantas grandísimas.*) Sí que hay, sí. Están ustedes aviados, y yo voy á buscarles un médico topo, quiero decir, subterráneo. Acostarse y descansar. (*Bernardo y Ambrosio se entran en la alcoba y ésta se cierra.*)

ESCENA XII.

GARABITO, con el Monstruo.

GARABITO.

De camino que busque al facultativo, comeré algo, porque todavía no he probado cosa de lo que se me trajo. Este salchichón me parece... (*La mesa se hunde y el salchichón se convierte en un palo largo.*) ¡Bueno! La mesa se me ha ido y el salchichón se me ha vuelto un garrote: me hará más falta pegar que comer. Vamos allá. (*El monstruo se interpone.*) Hágame usted el favor de dejar libre el paso, que voy á hacer una obra de caridad; ó si no, véngase usted conmigo y acompáñeme á cuidar á esos dos pobres enfermos de piedra, y aprenderá usted lo que no sabe. (*El monstruo ruge.*) Ese prolongado rugido supongo que en lenguaje monstri-murcielaguero será una injuria atroz. (*El monstruo hace una señal afirmativa.*) La perdono; pero le aconsejo á usted que se enmiende y le tendrá cuenta. (*El mons-*

truo acomete furioso repetidas veces á Garabito.) Amigo mío: cumpliendo lo que se me ha mandado en aquel letrero, he practicado en pocos instantes doce de las catorce obras de misericordia; me faltan dos: corregir al que yerre y sepultar un muerto: el muerto va á ser usted, corrigiéndole de este modo. (*Le da un palo en la cabeza, que se le convierte en la de un dragón que vomita fuego. Golpes de tamtán dentro; truenos. De los pedestales de las estatuas salen otros monstruos que se mueven y sacuden las alas.*) ¿Qué significa este estrépito? ¿Es para alentarme ó para detenerme?

Dentro.

¡Á él!

GARABITO.

¿Á él? Esta debe ser la cabeza encantada.

VOCES, *dentro.*

¡Á él! ¡Á él!

GARABITO.

¡Palo cruel! (*Da otro al monstruo y cae la cabeza de dragón al suelo. El monstruo cae también convertido en un sapo, que coge la cabeza de dragón y se la lleva en la boca. Los monstruos de los pedestales se hunden.*)

SECRETARIO, *dentro.*

Se rompió el encanto de esta morada. El Marqués de Villena ya es libre.

VOCES, *dentro.*

Huyamos.

GARABITO.

Huid á novecientas leguas de aquí.

OTRAS VOCES, *dentro.*

¡Libertad!

Transfórmase el subterráneo en un salón magnífico del Alcázar de la Ciencia. Los encantados aparecen en él con trajes elegantes.

ESCENA XII.

DON ENRIQUE y DOROTEA ocupan un solio; GARABITO.

ENRIQUE.

Garabito, ven á mi lado; ven á gozar tu triunfo. Á tí te debemos todos la libertad.

GARABITO.

Señor amo, ¿qué edificio es éste?

ENRIQUE.

El Alcázar de la Sabiduría.

DOROTEA.

Que da entrada al Templo de la Virtud.

GARABITO.

En tal casa cualquier sitio es bueno. ¡Así tuviera muchos más vecinos!

(*Al público.*) «Tres deseos lograrás,»
Me dijo el mago marqués,

Y ustedes vieron después
Aquel percance de atrás.
No corre mi anhelo más
De loca fortuna en pos;
Aquí la busco *inter vos:*
Cada oyente cortesano
Tiene mi dicha en su mano,
Si arma ruido con las dos.

ÍNDICE.

	Páginas.
Los amantes de Teruel	7
Doña Mencía	131
La redoma encantada	287

Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Manuel Tello, el día
25 *de octubre*
del año de
1888.

V

BINDING LIST NOV 1 194

21204
Hartzenbusch, Juan Eugenio
Teatro.
LS
H338t

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED